

Grupo Editorial
Portal



Dueño de mi Corazón

HERMANOS VAUGHN LIBRO I

JÉSSICA MACEDO

J É S S I C A M A C E D O

Dueña de mi
Corazon

LOS HERMANOS VAUGHN • LIBRO I

 Grupo Editorial
Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Copydesk

Patty Trigo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

[Resumen](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Capítulo treinta y siete](#)

[Capítulo treinta y ocho](#)

[Capítulo treinta y nueve](#)

[Capítulo cuarenta](#)

[Capítulo cuarenta y uno](#)

[Capítulo cuarenta y dos](#)

[Capítulo cuarenta y tres](#)

[Epílogo](#)

[Informazioni sull'autore](#)

[Leggi anche:](#)

[Social network \(dall'editore\)](#)

Sinopsis

Abandoné todo después de una gran decepción; dejé atrás mi vida y todas las comodidades que venían con la fortuna de la familia para salvar soldados en el campo de batalla. Me distancié, me aislé y me convertí en un hombre aún más frío de lo que ya era.

Pasaron años hasta que mi padre me llamó de vuelta. Estaba viejo, necesitaba jubilarse y quería que yo asumiera los negocios familiares. Me convertiría en el director del hospital y volvería a ejercer como cirujano cardiorácico. Sin embargo, el pasado que me había hechoirme era el mismo que volvería a atormentarme.

Cristal Castilho era todo lo que quería evitar. Tras nuestra ruptura, ella hizo que perdiera la fe en las personas y me cerrara para siempre. Deseaba no volver a verla jamás, hasta que un día llegó al hospital con un grave problema en el corazón. Eso revivió mi pasado e hizo que mi vida se diera vuelta.

La odiaba, pero descubrí que teníamos una hija juntos y que solo conocía la mitad de la historia. Yo era el culpable de todo lo que había pasado; cometí errores que podrían ser irreparables al confiar en quien no debía. Pero para poder redimirme, necesitaba salvarla.



John

Capítulo uno

Escuchaba el sonido de las bombas y los fragmentos volando mientras atendía al soldado en la camilla. Ahí, en pleno campo de batalla y con condiciones precarias, lidiaba con la vida y la muerte constantemente.

—¡Pinzas! —Extendí la mano, esperando a que el enfermero me entregara el instrumento.

Intentaba salvar la pierna de aquel, pero mis dedos se hundían cada vez más en la sangre.

—Necesito dos bolsas de AB negativo. La arteria femoral del soldado Dickens ha sido perforada y está perdiendo sangre muy rápido.

Había recibido un disparo en la pierna derecha y lo trajeron de inmediato al campamento para que lo atendiera. Luchaba por mantenerlo con vida, pero ya estaba acostumbrado a días de tensión como ese desde que me enlisté para servir en Afganistán.

—Diez segundos... —avisó el enfermero que me ayudaba en la operación.

—Ya está. —Terminé la sutura y corté la línea negra justo cuando el paciente finalmente se estabilizó.

—¡Uf! —exhaló el enfermero aliviado.

Terminé de cerrar la herida y de evaluar al soldado antes de alejarme para lavarme las manos y la cara. Estaba acostumbrado a lidiar con ello, pero eso no significaba que no experimentara un subidón de adrenalina cada vez.

—Doctor Vaughn. —Oí una voz detrás de mí y me giré en la dirección de la llamada para ver quién era.

—¿Capitán West? —Me quedé mirando al hombre de rango que tenía detrás mientras se secaba la mano en una toalla blanca.

—Alguien quiere hablar contigo.

—¿Alguien? —Fruncí el ceño, extrañado. Después de aislarme en este rincón del mundo, lo último que quería era hablar con alguien. Creía que manteniéndome alejado, podría evitar mi pasado y espantar los fantasmas que me perseguían.

—Su padre.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté con tono áspero.

—Solo dijo que quería hablar con usted.

Quería negarme a tomar la llamada, pero una de las promesas que le hice cuando decidí irme de casa fue no fingir que había desaparecido ni negarme a dar noticias sobre mí.

Asentí y seguí al capitán hasta un despacho donde había un teléfono vía satélite. El hombre me indicó el teléfono y me dejó solo en la habitación.

—¿Hola?

—¿John, hijo? —la voz de mi padre sonó al otro lado de la línea y me trajo recuerdos de casa, de la que a menudo intentaba escapar, a pesar de llevar fuera casi cinco años.

—Papá, ¿ha pasado algo?

—En realidad, sí.

—¿Con mi madre?

—No, Mary, está bien. Soy yo quien te necesita.

—¿Me necesitas? —Me tensé.

—Mi salud ya no es la misma. Dejé de operar incluso antes de que te fueras, pero ahora el consejo del hospital está presionando para que me retire. Quieren que deje la presidencia. Tu madre está de acuerdo; dice que debería pasar más tiempo en el campo de golf o acompañándola de compras, en lugar de ahogarme en la burocracia del hospital.

—Todo el mundo se merece un momento de descanso y puede que el tuyo haya llegado.

—Me alegro de que estés de acuerdo.

—No es que no me importe tu salud, sabes que sí.

—Lo sé, pero has estado fuera de casa demasiado tiempo...

—No discutamos por eso —le interrumpí.

—Exactamente por eso te llamé, hijo mío, necesito que vuelvas.

—Ya lo hemos hablado, no pertenezco a Chicago.

—Te equivocas. Tu lugar siempre ha estado aquí, hijo mío. Te di espacio para dar un paso

atrás y pensar las cosas, pero ahora debes volver y ocupar tu lugar en la familia y en el hospital. Con mi retiro, otro Vaughn debe asumir la presidencia para mantener nuestro legado.

—James...

—Tu hermano es un excelente cirujano, pero nunca ha sido bueno con la burocracia.

—Quizás haya llegado la hora de que el neurocirujano de cabecera se ocupe de un poco más de burocracia.

—John, sabes que este es tu trabajo, siempre esperé verte en este puesto algún día. Sean cuales sean tus razones para irte, es hora de volver a casa y ocupar tu puesto.

—Papá...

—Cinco años fueron suficientes para escapar. Ahora tienes que afrontarlo. Espero tu regreso.

Respiré hondo mientras sostenía el teléfono. Quería decir que no iría, que nada me haría dar marcha atrás y volver a la vida que había abandonado en Chicago. Sin embargo, la orden implícita en el tono de voz de mi padre decía que no tenía elección. Aunque odiaba la idea de regresar, él había apoyado mi partida bajo la promesa tácita de que volvería cuando me necesitara. Siempre fue quien más me ayudó, y no podía darle la espalda, por más que lo deseara.

—Está bien. Tengo que hacer los trámites para mi salida, podría tardar.

—Te espero en casa.

No respondí. Solo colgué. Más que asumir la presidencia del hospital, tendría que enfrentar las razones que me llevaron a irme en primer lugar.



Cristal

Capítulo dos

Estacioné el coche junto a la acera, rodeé hasta la parte trasera y abrí la puerta para ver a mi hija en su sillita. Ella me miró con esos ojos verdes y torció los labios antes de romper en llanto.

—Jennie, princesa, va a ser divertido.

—No quiero ir.

—Mamá te promete que harás muchos amigos, tendrás una maestra muy buena y te la pasarás increíble.

—¡Abuela!

—No puedes quedarte con la abuela para siempre. Tienes que ir a la escuela. —Aparté un mechón de mi cabello que se había pegado a mi cara por el calor sofocante de ese inicio de otoño, que más bien parecía una extensión del verano.

—¡Escuela, no!

La saqué del arnés y la cargué en brazos. Mi niña se aferró a mi cuello con fuerza, llorando sin parar. No era fácil ser madre soltera, tener que enfrentar sola todos esos altibajos. Aunque mis padres me ayudaban, la responsabilidad total sobre ella recaía en mí. Sin embargo, después de todo lo que había pasado, veía a Jennie como mi mayor regalo.

Sin ella, no sé cómo habría soportado la traición, el rechazo y el abandono.

—Todo va a salir bien, mi amor. —La bajé frente a la puerta del colegio y limpié sus lágrimas con el dorso de la mano, sonriéndole para calmarla.

—¿Segura?

—Sí, todo irá bien. —La besé en la frente, haciéndola sonreír.

—¿Helado?

—Eres una pequeña tramposa. —Reí al darme cuenta de su intento de negociación—. Te compro helado si te portas bien en la escuela, pero no quiero oír que la maestra se quejó porque lloraste toda la clase y no dejaste que los demás se concentraran.

—De acuerdo.

—Vamos, Jennie. —La maestra apareció en la entrada y le extendió la mano.

—Ve, Jen. —Le di un empujoncito en los hombros, y al fin siguió a la maestra.

Justo antes de perderse de vista, se dio la vuelta y me saludó con la mano. Tenía lágrimas en los ojos y reconozco que no fue la única que sufrió en ese momento.

Desde que descubrí que Jennie crecía dentro de mí, no ha habido nada más difícil que separarme de mi hija.

—¿Primer día?

Me di la vuelta, al ver que otra madre estaba a mi lado para conversar, y me limité a asentir.

—Siempre es muy difícil.

—Ni me digas.

—Menos mal que tu esposo no vino. Es más complicado cuando van los dos. Lo digo por experiencia, el año pasado mi pequeño George y yo lloramos un montón.

—No tengo marido —dije en un tono áspero que la desconcertó.

—Ah... los divorcios siempre lo complican más.

—Soy madre soltera.

—Oh, lo siento. —Frotó las manos en su pantalón de jean, nerviosa, antes de guardarlas en los bolsillos.

—Está bien. —Giré la llave del coche en mis manos y le sonreí de manera forzada.

A menudo la gente esperaba que el padre de Jennie apareciera de la nada para ayudarnos, pero eso no iba a suceder. Nos teníamos la una a la otra, y sobrevivíamos bien así.

—Con permiso, debo ir a trabajar.

—Claro, que tengas buen día.

—Gracias.

La saludé con la mano y me dirigí a mi coche, aparcado junto al bordillo. Di media vuelta y subí. Encendí la radio para escuchar las noticias locales mientras conducía hacia el centro de

Chicago, donde se encontraba el edificio en el que llevaba años trabajando. Puede que no fuera el mejor trabajo del mundo, pero tenía amigos que eran casi de la familia y un sueldo razonable que me permitía criar a mi hija.

Nunca tuve oportunidad de ir a la universidad. Soy hija de inmigrantes latinos, crecí en un barrio pobre del sur de Chicago, y jamás tuve dinero para pagar una carrera. Tampoco fui lo bastante destacada en la escuela como para conseguir una beca. Ser recepcionista en un edificio comercial era uno de los mejores empleos que podía aspirar a tener, y me sentía satisfecha con él.

Todo era perfecto, bueno o no tan perfecto... Sacudí la cabeza, intentando centrarme en la dirección cuando mi mente me llevaba por un camino peligroso que solo me traía dolor y recuerdos contradictorios.

Llevé el coche al aparcamiento, lo dejé en el sitio habitual y tomé mi bolso antes de cerrarlo y subir en el ascensor hasta la recepción. Me arreglé el pelo en el espejo y me retoqué el pintalabios. Tenía que estar perfectamente alineada si no quería recibir una reprimenda de mi supervisor.

En cuanto se abrieron las puertas metálicas, me dirigí al mostrador y sonreí al ver a mi amiga Donna.

—¡Buenos días!

—Buenos días, Cristal. —Sonrió mientras jugueteaba con su pelo rizado antes de encararse a mí.

Era una mujer afroamericana con una sonrisa cautivadora que se había convertido en mi mejor amiga desde el momento en que empezamos a trabajar juntas. Ella también era responsable de mis altibajos, pero yo creía que todas las amistades tenían momentos así.

—Hoy estás radiante. —Me miró mientras rellenaba unos datos en la pantalla del ordenador.

—¿De verdad?

—Sí.

—No lo creo. —Guardé mi bolso en el locker bajo el mostrador.

—¿Fue difícil?

—Lloró mucho.

—Jennie es fuerte. Estoy segura de que pronto afrontará el colegio con normalidad y ni siquiera se acordará de que tiene que volver a casa.

—No exageres.

—Lo digo en serio. Los niños son así.

—Ajá, ¿y cuántos hijos tienes tú, eh?

—Ninguno... todavía —dijo, frunciendo los labios con irritación fingida, aunque pronto volvió a sonreír—. Tobias y yo estamos planeando eso, ya llegará el momento.

—Quiero ver si sigues tan optimista cuando pases noches cambiando pañales.

—¡Oye! ¡No me tires mala onda!

Me encogí de hombros y ella se rió.

—¿Qué te parece si salimos a tomar algo después del trabajo? Hoy es un día que merece la pena celebrar. ¿Cuánto hace que no sales conmigo?

—No hablemos de eso. —Corté el tema rápidamente. Era una de las pocas cosas de las que prefería escapar, y Donna lo sabía. Siempre encontraba la manera de cambiar de tema.

—Pensaré en otro plan.

—Mejor disfruta de tu marido y déjame tranquila.

—Pero también quiero disfrutar de mi amiga.

—Tengo que recoger a Jennie de la escuela.

—¡Está bien! No dije nada.

Antes de que pudiéramos seguir hablando, un grupo de personas se acercó al mostrador, obligándonos a concentrarnos en atenderlos.



John

Capítulo tres

A veces creemos que podemos huir de todo, borrar una parte de nuestra existencia y fingir que no nos afecta. Pero la verdad siempre cobra su precio, tarde o temprano, y llega un momento en que hay que enfrentar que no podemos seguir escapando para siempre. Me decía a mí mismo que debía hacer lo mejor posible por esos soldados al otro lado del mundo, pero en realidad lo único que estaba logrando era esconderme.

Cuando sonó la señal del cinturón de seguridad en el panel del avión, giré la cabeza y me di cuenta de que el vuelo comercial había llegado a su destino: Chicago. La ciudad donde nací y crecí. El hogar de los Cubs, mi equipo de béisbol favorito al que seguía por Internet incluso cuando estaba fuera. El hogar de mi familia, de mi vida y de todo lo que una vez había sido.

De ser un cirujano famoso había pasado a ser médico de un campo de guerra y había abandonado todas las comodidades y lujos con los que me había criado para vivir en tiendas de campaña y comer lo que había. No me arrepentía. Ese tiempo fuera de todo me había hecho mucho bien y pensaba que había cultivado la fortaleza necesaria para enfrentar mis fantasmas.

—Señor, ¿va todo bien? —Una azafata se me acercó, me llamó la atención y me hizo darme cuenta de que todos los pasajeros ya habían abandonado el avión y yo era el único que quedaba.

—Sí. —Me levanté de la butaca y abrí el compartimento superior para tomar mi equipaje de mano.

—Espero que haya tenido un buen viaje. —Me sonrió.

—Lo tuve.

En el campo de batalla había dejado todo atrás, incluso los momentos de coqueteo con otras mujeres. Después de lo que había pasado, me había cerrado por completo, convencido de que ninguna valía la pena ni mi tiempo.

—Si necesita algo...

—Estoy bien —dije con dureza antes de que la mujer pudiera terminar, haciéndola tragar saliva y fruncir el ceño.

—Gracias por elegir volar con nosotros. —Le oí decir mientras bajaba del avión y no dije nada más.

Atravesé la sala de llegadas del aeropuerto hasta el aparcamiento, donde encontré a un hombre conocido junto a un coche aparcado. Marvin había sido el chófer de la familia durante casi veinte años y tenía exactamente el mismo aspecto desde que yo me había marchado.

—Buenos días, señor Vaughn.

—Buenos días.

Se acercó a mí y me ofreció su mano para agarrar mi maleta y meterla en el coche.

—¿No trae más equipaje?

—Eso es todo.

—¿Cómo vivió cinco años con tan poco?

—Solo necesitaba un uniforme.

—¡Ah!

—Vámonos. —Indiqué la puerta trasera del coche y la abrí sin demorar la conversación.

—Claro. Su madre está muy emocionada de verlo, de hecho, toda la familia y el personal lo están.

—Ya me lo imagino. —Sacudí la cabeza, apoyándola en el cristal, indicando que no quería volver sobre el tema.

No estaba seguro de poder decir lo mismo ni de sentirme entusiasmado por verlos a todos. Me había acostumbrado demasiado a mi vida lejos, y la idea de regresar me provocaba un nudo difícil de tragar. En Chicago era un príncipe: heredero de una de las familias más ricas de la ciudad, un médico reconocido, con el mundo a mis pies. Sin embargo, lo único que podía pensar era en escapar de nuevo.

Mi familia poseía una mansión en el barrio más caro del norte de la ciudad. Desde que mi bisabuelo había fundado el hospital, el imperio Vaughn no había hecho más que crecer. Nuestra sangre era la de los médicos y yo no era una excepción, pues dedicaba mi vida a salvar la de los demás. Esta era una de las partes que más me gustaban y que mejor sobrellevaba, pero no siempre todo salía como esperaba.

Después de cruzar el portón, el coche recorrió el camino de la entrada y se detuvo justo al pasar junto a la fuente del jardín. A mi madre le encantaba ese lugar, sobre todo en primavera,

cuando los canteros estaban llenos de flores.

—Señor... —Marvin abrió la puerta del auto y bajé sin prestar atención a mi maleta; sabía que él la llevaría por mí. Entré en la casa como si pisara territorio hostil. Después de cinco años, el lugar me resultaba ajeno, aunque todo seguía exactamente donde lo recordaba.

—¡Hijo!

En cuanto entré en el salón, oí la voz de mi madre. Mary Vaughn se levantó del sofá y vino corriendo hacia mí, echándome los brazos al cuello y dándome un fuerte abrazo.

—Te extrañé tanto...

Permanecí en silencio y me limité a devolverle el abrazo.

—No sé si debería haber vuelto.

—Claro que sí, siempre has pertenecido a este lugar. —Se apartó un poco, acariciándome el rostro con suavidad.

Respiré hondo y solté el peso de mis hombros.

—Has estado fuera demasiado tiempo, John. No sabes lo duro que es para mí como madre preocuparme por ti en medio de la guerra y de todo lo que puede pasar.

—No estaba en la línea de fuego.

—Aun así, escuchaba mucho sobre bombardeos en los campamentos.

—No deberías creer todo lo que oyes, mamá.

—Lo importante es que has vuelto. —Volvió a abrazarme, como si no quisiera soltarme.

A pesar de sus palabras, la idea de estar de vuelta me dejaba un nudo en el estómago y una sensación urgente de querer huir otra vez.

—Mira quién está aquí.

La voz me tomó por sorpresa y me giré hacia el hombre que estaba parado cerca de las escaleras que llevaban al piso superior.

—El hijo pródigo regresa.

—¡Maldito! —Resoplé como un perro rabioso cuando mis ojos se cruzaron con los de mi hermano menor. Si había algo que quería evitar en esa casa, era encontrarme con él.

—¡John! —Mi madre me sujetó fuerte, evitando que me lanzara sobre Jason, quien sonreía con una expresión burlona.

—Deja que venga, mamá. Vamos a ver lo que aprendió en Afganistán.

—¡Jason!

—Mi vuelta fue una muy mala idea. —Retrocedí mientras intentaba evitar arruinar la cara de mi hermano de una forma que ni el mejor cirujano plástico podría arreglar.

—John, por favor —me suplicó mi madre.

—Sí, regresa allá —insistió Jason, provocándome aún más.

—¡Silencio! Son adultos, no niños. Lo que pasó ya quedó atrás, y no voy a dejar que esa mujer destruya más esta familia.

—Díselo a John. —Jason se encogió de hombros y siguió tomándose el pelo.

—¡Cállate! —gruñó mi madre—. Vete a tu apartamento. Este no es el momento para que estés aquí.

—Ahora que ha vuelto el favorito, ¿me vas a echar de casa?

—No hay favoritos.

—Cuéntame otro chiste. —Jason resopló antes de darse la vuelta y salir de la sala. No tardé en oír el chirrido de los neumáticos, que indicaba que había salido del garaje.

Aunque se había marchado, tenía la sensación de que esta no sería nuestra última pelea.

—Debería haberme quedado en Afganistán.

—No digas eso. Tienes que dejar de pelear con tu hermano por culpa de esa mujer.

—Puede que sea una zorra, pero Jason no tenía derecho a hacer lo que hizo. —Elevé la voz, dejando que la rabia contenida brotara de golpe.

—Ya pasó, hijo. No hay necesidad de pensar en lo que pasó.

—Tal vez.

La dejé atrás y subí a mi antiguo cuarto, esperando encontrarlo tal como lo había dejado. Si quería evitar más roces con mi hermano, necesitaría encontrar pronto un espacio propio.



Cristal

Capítulo cuatro

Hace seis años...

—Menos mal que no tienes coche y tomas el transporte público.

—No entiendo adónde quieres llegar con esto, Donna. —Fruncí el ceño mientras miraba a mi mejor amiga. Estábamos guardando nuestras cosas en las bolsas, esperando a que los recepcionistas del turno nocturno llegaran para poder irnos.

—No tienes excusas, hoy vienes conmigo a tomar algo.

—Mis padres...

—Ni empieces. —Me interrumpió pasándose el dedo por los labios en un gesto de silencio—. Ya eres mayor de edad, así que puedes divertirte de vez en cuando. ¿No es justo eso lo que quieres hacer?

—Embriagarme no es exactamente mi plan ideal.

—Eso podría ser solo una parte de la velada.

—Estás loca. —Moví la cabeza negativamente y me pasé la mano por la frente.

—Solo quería divertirme un poco y ¿qué culpa tengo yo de pensar tanto en mi mejor amiga que quiero llevármela conmigo?

—Me has convencido.

Se rió en mi cara mientras se colgaba el bolso al hombro cuando Gilbert llegó para ocupar nuestro puesto.

—Buenas noches, chicas.

—Que te vaya bien.

Pasé junto a él y le di un beso en la mejilla antes de caminar con Donna hacia la calle, frente al edificio donde trabajábamos. La avenida estaba siempre llena de movimiento, rodeada de oficinas y con un enorme hospital en la esquina: el Chicago Life Medical. Era un lugar muy conocido, con ambulancias y autos entrando y saliendo sin parar. Nunca había tenido que entrar allí, ni me había dado curiosidad, aunque la gente siempre hablaba del hospital.

—¿Adónde vamos? —Dejé de distraerme mirando el caos de la avenida para enfocarme en Donna, que sonreía a un chico que pasaba en bicicleta.

—Al bar de Julius.

Donna siempre fue una mujer guapa y mucho más extrovertida que yo. Mientras yo intentaba hablar lo menos posible, ella se empeñaba en conocer a todo el mundo y a veces me arrastraba. No podía decir que odiaba esas salidas, pero a veces me sentía incómoda.

—Pensé que buscaríamos algo más emocionante.

—Ese lugar es divertido.

—Si tú lo dices... —Me encogí de hombros.

Como era un pub cercano al trabajo, había muchas posibilidades de que nos encontráramos con gente que trabajaba en el edificio o con la que nos cruzábamos continuamente. Sin embargo, también era un lugar en el que ya había estado antes y un terreno conocido del que podía huir si algo salía mal.

Entramos en el bar y nos dirigimos a una mesa del fondo. Estaba vacía y nos instalamos allí, en un punto estratégico desde el que podíamos ver casi todo el entorno. A Donna le encantaba evaluar la zona y estudiar posibles presas. Era increíble lo bien que se llevaba con los chicos.

Yo, en cambio, tenía la cabeza en otro lado, más enfocada en consolidar mi trabajo que en buscar pareja. Solo tenía veinte años; ya habría tiempo para eso cuando lograra mi propia casa y auto.

—¿Quieren tomar algo? —Una camarera se acercó a nosotras.

—Dos martinis —pidió Donna sin esperar siquiera mi opinión.

—Ya los traigo.

—Gracias.

—Podría empezar con un refresco.

—Eso es bebida para niños.

Hice una mueca y Donna se rió.

—Viniste para acompañarme, ¿no?

—Está bien. —Apoyé los codos sobre la mesa y solté un suspiro largo.

Estaba moviendo los ojos hacia el mostrador de madera oscura cuando lo vi entrar. Llevaba una camisa polo gris y jeans, como cualquier tipo, pero había algo en él que me llamó la atención.

Tenía los ojos verdes, el pelo rubio y un cuerpo bien definido bajo la ropa. En cuanto se movió, acabó mirándome directamente y me hizo sacudir la cabeza, apartando la mirada para que no pareciera que lo estaba mirando fijamente, pero no estoy segura de haber conseguido disimularlo bien.

—Precioso, ¿verdad?

—¿Quién? —pregunté distraídamente, como si mi mente se hubiera desconectado de mi cuerpo durante unos segundos.

—Vamos, Cristal, no te hagas. Sé que lo viste.

—¿Sabes quién es? —No pude reprimir mi curiosidad ni escapar al impulso de mirar fijamente al tipo.

Hermoso parecía una palabra demasiado modesta para describir al hombre. Intenté no poner cara de asombro, por mucho que su presencia me hubiera impactado. Había visto a otros tipos guapos en aquel bar, pero este era el que extrañamente más me llamaba la atención.

—¿No lo sabes? —Donna me miró como si hubiera cometido un crimen.

Negué con la cabeza.

—Solo a ti te pasa esto. —Rió.

—No es como si fuera una celebridad.

—Amiga, tienes que salir más.

—¿En serio, Donna? —Fruncí el ceño y aparté la mirada. No quería que el tipo se diera cuenta de que lo estaba mirando y que la situación fuera aún más incómoda.

—Es John Vaughn, además de ser un médico súper sexy, es uno de los herederos del hospital.

—¡Ah! ¿Cómo lo sabes?

—Salí un tiempo con uno de los enfermeros.

—Ah, con razón... ¿Y qué estará haciendo aquí?

—Es el bar más cercano al hospital, seguro vino a relajarse, igual que nosotras.

—Sí, debe ser eso.

Intenté no prestar más atención al tipo. Si antes parecía inalcanzable, después de que Donna me dijera quién era, pensé que lo mejor era centrarme en mi amiga y divertirme un poco antes de volver a casa.

—Aquí están las copas. —La camarera se acercó con una bandeja y colocó los vasos sobre

la mesa.

—Oye, no hemos pedido margaritas. —Donna alternaba la mirada entre los vasos y la mujer que nos servía.

—Son cortesía de los caballeros de la mesa doce. —La mujer señaló discretamente hacia donde estaba el médico, y mi corazón se aceleró cuando nuestras miradas se cruzaron de nuevo.

Lo acompañaba otro tipo, que nos saludó y Donna le devolvió el saludo, lo que me avergonzó aún más cuando su actitud bastó para que los dos vinieran a sentarse con nosotros.

Me preguntaba qué podía pasar por la cabeza de tipos como ellos para encontrarnos siquiera remotamente interesantes. Mientras yo apenas había terminado el bachillerato, ellos se habían gastado miles de dólares para obtener un título en una de las profesiones más prestigiosas del mundo.

—¿Podemos sentarnos aquí? —La voz gruesa me hizo estremecer y dejar de pensar en por qué no le interesaba a ese tipo.

—Por supuesto. —Aparté un poco mi silla y él se acomodó con su amigo.

—John. —Me tendió la mano.

—Cristal. —Respondí al saludo, sintiendo mi palma húmeda al tocar la suya.

—Bonito nombre, ¿eres latina?

—Mis padres lo son.

—Genial.

—Eric. —El otro también me tendió la mano, aunque también era guapo, no me causó el mismo efecto que John.

Donna me dio una patada por debajo de la mesa y me di cuenta de que estaba paralizada, congelada, como si algo o alguien me hubiera hipnotizado.

—Es un placer conocerlos —dije torpemente, mirando al suelo y al techo, lo que me desconcertó aún más.

—El gusto es nuestro. —Eric sonrió con amabilidad.

—Le decía a John que sería interesante conversar un poco con ustedes.

—Sí. —El rubio asintió, como dejando claro que lo habían arrastrado hasta ahí, lo cual me decepcionó un poco.

Tomé la copa de margarita y di un sorbo, intentando ocultar mi expresión de frustración.

—Espero que les guste la margarita. —Eric señaló los vasos.

—Cuanto más dulce, mejor, ¿verdad, Cristal? —Donna me miró con picardía, y yo solo asentí.

—¡Perfecto! —El médico de rasgos asiáticos le guiñó un ojo a Donna, quien respondió con una sonrisa coqueta.

Cada vez estaba más segura de que Donna no dormiría sola esa noche y me alegré por ella.

—¿Te gustan los dardos?

—¿Eh? —Tardé un rato en darme cuenta de que John me hablaba a mí.

—Dardos. —John señaló el tablero en una de las paredes del bar.

—Ah, sí. —Me pasé una mano por el pelo torpemente y miré los adornos de la pared por encima de su hombro para no tener que mirarlo directamente.

—¿Quieres jugar?

—Le encantaría. —Ni siquiera tuve tiempo de contestar, porque Donna prácticamente me tiró encima del tipo.

—Vamos. —Se levantó y me ofreció su mano, y no vi nada malo en aceptarla y dejar que me guiara.

John se acercó al tablero, retiró los dardos y me entregó los amarillos, quedándose él con los verdes.

—Las damas primero.

—No sabía que eras tan caballeroso.

—Puede que te sorprenda. —No sabía si era en sentido positivo o negativo, pero su frase me produjo escalofríos.

—Entonces empezaré. —Miré fijamente al objetivo, intentando disimular mi vergüenza.

Apunté al centro, dando en el tercer círculo, bien lejos del centro.

—Será para la próxima. —Me encogí de hombros, cediéndole el turno.

John apuntó y le dio justo en el centro.

—¡Wow! —Exclamé sin poder evitarlo.

—Necesito ser preciso debido a mi trabajo.

—¿Cosas de médicos?

—Más bien de cirujano.

—Ya veo. Quizás eres solo un poquito presumido.

—¿Yo? —Alzó sus cejas rubias como indignado.

—Sí, tú.

—No soy presumido.

—Solo un poco fanfarrón, entonces.

—Qué indignación. —Su expresión exagerada me hizo reír—. ¿Y tú a qué te dedicas, señorita...?

—¡Castilho!

—¿Señorita, verdad?

—Sí.

La pregunta había sido discreta y más sobre cómo debía tratarme, pero me avergonzaba pensar que me estaba preguntando si tenía o no una relación con alguien.

—Te toca jugar.

—Sí, claro. —Cerré los ojos y lancé el dardo sin pensarlo mucho, sorprendida al ver que cayó cerca del suyo.

Salté celebrando y me giré hacia él, pero me sorprendí al darme cuenta de que John estaba parado justo detrás de mí. Sin querer, mis manos chocaron contra su pecho. Levanté la cabeza y nuestras miradas se encontraron, haciendo que una oleada de calor recorriera todo mi cuerpo.

—Lo siento. —Di un paso atrás y acabé golpeándome la espalda contra una mesa que no estaba demasiado lejos.

—No te preocupes.

Intenté acomodarme, pero mi sonrisa nerviosa y la incomodidad eran evidentes.

—Tienes hoyuelos cuando sonríes.

—¿Yo? —Me froté las mejillas, completamente torpe.

—Sí. Me gusta.

Miré alrededor y noté que Donna ya no estaba. Al día siguiente la iba a matar por dejarme sola con él.

—Creo que debería irme.

—¿Por qué? —Inclinó su cuerpo hacia mí y, torpemente, retrocedí otro paso.

—Lo necesito.

—Está bien. ¿Dónde vives?

—¿Por qué quieres saber dónde vivo?

—Pensé en llevarte. A menos que hayas venido en auto.

—No tengo coche —respondí demasiado rápido para arrepentirme al segundo siguiente—. Pero no tienes por qué llevarme. —Traté de arreglar la situación, aunque solo empeoré las cosas.

—No dejaría que una mujer se fuera sola.

—No hay por qué preocuparse. Vivo en el sur. Es peligroso para alguien como tú.

—Yo te cuido, si tú me cuidas a mí —dijo, guiñando un ojo y dejándome aún más nerviosa.

—John...

—Insisto. —Tomó mi mano, y sentí cómo mi corazón volvía a acelerarse. El contacto entre nosotros fue como una descarga eléctrica. Sabía que no debía aceptar la oferta de un extraño, pero al mismo tiempo, quería quedarme cerca de él.

—De acuerdo.

Guardó el resto de los dardos y me hizo un gesto para que me adelantara.

—¿En qué trabajas, Cristal? ¿Puedo llamarte así?

—Sí, claro. —Tomé aire antes de soltarlo—. Trabajo como recepcionista en el Olimpos.

—¿Ese edificio? —indicó.

—Sí.

—¡Qué interesante!

—No tan interesante como ser médico.

—Todo tiene sus ventajas y desventajas.

—Imagino que sí.

Seguimos caminando hasta pasar por la caseta de vigilancia del estacionamiento. John saludó al guardia y avanzamos hasta detenernos frente a un deportivo azul.

—Hermoso auto.

—Gracias. —Desactivó la alarma y abrió la puerta del pasajero para mí.

Sonreí mientras me acomodaba antes de que él se diera la vuelta y subiera al asiento del conductor.

—Puedes poner la dirección. —Señaló la barra de búsqueda del GPS en el tablero.

—De acuerdo.

Ingresé los datos mientras él maniobraba para salir del garaje y atravesar la barrera que lo separaba de la calle.

—¿Cuántos años tienes? —me atreví a preguntar.

—Treinta.

—Ah, genial.

—¿Y tú?

—Veinte.

—Aún comenzando la vida.

—¿Tú no?

—Podríamos decir que sí. —Sonrió mientras apartaba la vista del tráfico para mirarme—. He pasado buena parte de mi vida estudiando y solo ahora me he convertido en especialista en cirugía cardíaca.

—Seguro te está yendo bien.

—Mi padre está orgulloso.

—El mío también, pero venimos de mundos muy diferentes. —Puse cara de fastidio, y él soltó una risa.

—Pero coincidimos en el bar.

—Por casualidad.

—No creo en las coincidencias.

—¿En qué crees?

—Creo que algunas cosas pasan porque tienen que pasar.

—¿Como el destino?

—Tal vez.

—Pensé que como médico serías un poco más científico.

—Puede que sea culpa de mi madre. Era terapeuta holística.

—Ya entiendo. —Fruncí el ceño, y su risa volvió a llenar el auto.

Me di cuenta de que el coche se había detenido y miré hacia fuera, dándome cuenta de que estaba delante del edificio donde vivía con mis padres.

—Gracias por traerme.

—No hay de qué.

Me desabroché el cinturón, pero antes de que pudiera salir, John agarró mi mano, obligándome a mirarlo. Sentí cómo el aire empezaba a faltarme de nuevo, atrapada en su mirada.

—Tengo que irme.

—¿Estás segura? —Levantó la mano y acarició mi rostro. El cinturón se soltó, pero el sonido no me asustó; no podía hacer otra cosa más que quedarme mirándolo.

Me quedé quieta y John se inclinó hacia mí. No creí que fuera a hacerlo, pero su boca no tardó en envolver la mía y me di cuenta de lo mucho que deseaba aquel beso. Con una mano en mi cara, la otra fue a mi muslo y subió hasta mi cintura.

Debería haberme apartado antes de hacer alguna locura, pero me dejé llevar por el sabor de su lengua. El beso, que empezó lento, fue ganando intensidad, volviéndose feroz, y yo quedé completamente atrapada. No recordaba haber probado una boca tan deliciosa, aunque tal vez fuera la combinación de todo lo que él era.

Sin dejar de besarme, John hizo retroceder el asiento del conductor, me rodeó la cintura y me jaló hacia su regazo. Sus labios abandonaron los míos, recorriendo mi cuello y subiendo hasta mi oreja, provocándome escalofríos.

Me froté contra él, mientras mis manos apretaban sus hombros. Solo me di cuenta del sinuoso camino por el que me estaba llevando cuando sentí la erección en sus pantalones. Con lo guapo que era aquel hombre y lo caliente que me ponía, no podía hacer eso en la puerta de mi casa, en un coche.

—Detente. —Me aparté, interrumpiendo el beso.

—¿Qué pasa? —preguntó, sorprendido por mi reacción.

—Estamos frente a mi casa.

—Puedo llevarte a otro sitio.

—No es así como funciono.

Frunció el ceño y me miró fijamente.

—¿He hecho algo mal?

—No, es solo que... no puedo hacerlo así.

—Si lo que necesitas es una cama, puedo arreglarlo.

Me escapé de su regazo, volviendo al asiento del copiloto, y abrí la puerta para salir.

—No es eso. Es que no puedo...

—¿Por qué? —John me sujetó la muñeca, sin dejarme escapar antes de dar una respuesta más clara.

—Nunca lo he hecho y la primera no puede ser con alguien que ni siquiera conozco.

—¿Nunca? —Abrió los ojos, sorprendido.

Los chicos con los que me relacionaba en la escuela o en mi entorno nunca eran lo bastante interesantes ni me daban ganas de entregarme hasta ese punto. Unos besos, unas caricias y un apretón de manos era todo lo que me había permitido y no me sentía preparada para cruzar esa línea.

—Tengo que irme. —Salí del coche torpemente, acomodándome el bolso al hombro, pero su correa me pareció más resbaladiza que nunca.

—¡Espera! —John salió rápidamente del asiento del conductor y dio la vuelta al carro para alcanzarme.

—Gracias por traerme. —Me pasé una mano por el pelo y bajé la mirada para fijarla en sus zapatos de cuero fino.

—No hay de qué.

—Ahora sí que tengo que entrar. —Indiqué el edificio.

—¿Segura?

Sacudí la cabeza, asintiendo.

—Entonces toma mi tarjeta. —cSacó su billetera y me entregó un pequeño papel—. Si quieres, podemos tomar algo otro día... o lo que tú quieras.

—Está bien.

—Nos vemos cuando quieras.

—¡Nos vemos!

Lo vi subir al coche mientras yo entraba en el edificio con el corazón aún acelerado y las piernas temblorosas. Resistirme a él había sido un gran desafío y me preguntaba si había hecho lo correcto.

¿Qué otra oportunidad tendría de pasar una noche con un hombre así?

John Vaughn era, sin duda, alguien fuera de mi alcance, y apenas estaba por descubrir lo desastrosa que podría ser mi historia con él.



John

Capítulo cinco

Hoy en día...

Todas mis pertenencias seguían en el mismo sitio. La vieja pelota de béisbol que había ganado autografiada en un partido de los Cubs seguía dentro de la vitrina en un soporte en la estantería junto con otros recuerdos. Una foto mía y de James en uno de los simposios de cirugía más importantes del mundo, donde habíamos ido a hablar como los cirujanos más jóvenes en realizar operaciones de alto riesgo y tener éxito.

La medicina había estado en nuestra familia durante generaciones y no había nada que nos impidiera tener éxito. Para ser sincero, era lo único en lo que realmente destacábamos, porque en el resto de las áreas de la vida éramos un desastre.

Junto a la foto estaban mi diploma y varios certificados.

—Hacía falta que volvieras.

Me di la vuelta y vi a mi madre en la puerta del dormitorio.

—Los soldados en batalla también me necesitaban.

—No más que los pacientes del hospital y sus familias.

—No creo que Jason esté de acuerdo con eso.

—Ustedes lo resolverán.

—Tal vez...

Mi relación con mi hermano nunca había sido buena, incluso antes de que todo se fuera al carajo. No esperaba que cambiara de la noche a la mañana solo porque había decidido volver. Aun así, me guardé ese comentario. Mi madre, Mary, siempre había soñado con tener una familia unida, pero no todas lo son, y la nuestra menos que ninguna.

—Tengo que cambiarme.

—¿Vas a salir hoy? —Ella arqueó las cejas y no pudo ocultar su asombro ante mi revelación.

—Voy al hospital.

—¡Ah!

—¿No es para eso que volví? Seguro que mi padre está allí esperándome.

—Puedes descansar hoy e ir mañana. Ha sido un largo viaje y seguro que estás agotado. Después de comer puedes echarte una siesta y mañana pensar en la burocracia del hospital.

—No quiero aplazarlo.

—John.

La miré con seriedad, y mi madre se dio por vencida al instante.

—De acuerdo. —Ella asintió y salió de la habitación.

Fui al armario y busqué un traje. No sabía si mi ropa vieja aún me quedaba bien. Había perdido un poco de peso debido a las condiciones del ejército, pero el entrenamiento físico me había proporcionado más músculos que equilibraban mi composición corporal.

Después de cambiarme, fui a un cajón y lo abrí. El documento de mi coche y la llave seguían allí.

Darme cuenta de una vez por todas de que nada había cambiado me angustió aún más. Quería decir que el tiempo fuera había sido suficiente para dejar de preocuparme por nada, pero sería una gran mentira. Las heridas seguían ahí y parecían más abiertas que nunca, listas para empezar a sangrar con el estímulo adecuado.

Todavía no podía aceptar lo que me había hecho. Y quizás nunca lo haría. Abrí mi corazón por completo para esa mujer, hice todo lo que pude por ella, y aun así, me traicionó cuando menos lo esperaba.

Sacudí la cabeza, tratando de sacarla de mis pensamientos, y ajusté la corbata. Si no lograba superar esas heridas, sería imposible seguir viviendo en esta ciudad.

Conduje hasta el hospital. Había pasado el tiempo, pero aún recordaba perfectamente la ruta, casi como si el vehículo condujera solo.

Entré en la avenida y, sin quererlo, miré hacia el edificio Olimpos. La estructura seguía allí, a pesar de que durante años había deseado que desapareciera, como si los problemas pudieran volar lejos, llevados por el viento.

Me concentré en conducir, acelerando cuando pasó a verde el semáforo.

Me esforzaba por recordar que había vuelto por mi padre y necesitaba recordarlo antes de que las mismas razones que me habían hecho marcharme me alejaran de nuevo de la ciudad. Pero era inevitable pensar en ella y en lo mucho que temía volver a encontrarla.

Me acerqué al garaje y el hombre de la garita se acercó a comprobar quién conducía, sorprendido de verme. Su cara me resultaba lo bastante familiar como para pensar que trabajaba allí desde los tiempos en que yo aún estaba en el hospital.

—¡Señor Vaughn!

—Buenos días.

—¿Todo bien, señor?

—Perfectamente bien.

—Escuché algunos rumores...

—No te preocupes por eso. — Lo corté antes de que pudiera continuar.

—Claro. —Me dedicó una sonrisa nerviosa—. Bienvenido de vuelta.

Asentí y aceleré en cuanto levantó la barrera. Estacioné en mi lugar de siempre, que estaba vacío, como si nadie más hubiera ocupado ese espacio en mi ausencia.

Debería haberme alegrado, pero no sabía si ése era el sentimiento más intenso que albergaba en ese momento.

Fui al ascensor que llevaba a recepción. No tenía mis credenciales y ni siquiera sabía si funcionarían.

Encontré extraño el tumulto que vi cuando se abrieron las puertas del ascensor. Había fotógrafos, reporteros y figuras públicas, todos rodeando un pequeño estrado donde mi hermano estaba tras un podio.

—Ha sido un gran paso para nosotros, pero un pequeño avance hacia el futuro. El método quirúrgico Vaughn provocará un cambio muy positivo en la forma de operar el cerebro y aumentará las posibilidades de recuperación de las víctimas de tumores.

Los reporteros comenzaron a bombardearlo con preguntas, y James las respondió con cortesía. Él siempre fue el más carismático y llamativo de todos nosotros. Cada vez que había cámaras y flashes, ahí estaba él. Pero eso no significaba que no fuera un neurocirujano brillante. Desde que estaba en la especialización, había logrado lo impensable más de una vez, y no era ninguna novedad verlo hacer historia.

Me quedé en un rincón, intentando pasar desapercibido para que los periodistas no me notaran y desviarán la atención de él. No quería que desperdiciaran espacio en papel o internet especulando sobre el regreso del primogénito de los Vaughn. La prensa no tenía idea del porqué de mi partida, y prefería que así se mantuviera.

Esperé, oculto tras una columna, hasta que todos se dispersaron. Luego me acerqué y lo aplaudí.

—¿Cuántas portadas de revista esta vez?

—¿Unas diez? —respondió con una sonrisa al verme—. ¡John!

James bajó del estrado y me abrazó con fuerza. Permanecimos así por unos segundos más de lo necesario.

—No me lo creí cuando nuestro padre dijo que ibas a volver.

—Si te preocuparas más por el hospital que por salir en las revistas, tal vez no habría tenido que irme.

—Este es tu sitio, hermano. Además, es mucho mejor tratar con los fotógrafos que con la junta directiva.

—Si tú lo dices —contesté, encogiéndome de hombros.

—Me alegro de verte. —Volvió a apretarme hasta que me aparté.

—¿Dónde está nuestro padre?

—En su oficina. Jaqueline debe estar en la UCI Neonatal.

—Realmente se convirtió en una gran obstetra.

—Lo habrías visto tú mismo si no hubieras desaparecido.

—Ya estoy de vuelta.

—Esa es la mejor parte. —James me dio una palmada en la espalda y me condujo a la entrada, pasamos por el torniquete con su placa y nos dirigimos al ascensor que llevaba a la planta donde se encontraba el despacho del presidente—. ¿Cómo fue tu tiempo fuera? —preguntó mientras subíamos.

—Bien.

—¿Solo bien?

—¿Quieres que te lo cuente con lujo de detalle?

—Es mejor que solo “bien”.

—Déjame en paz, James.

Hizo una mueca y luego se echó a reír.

—¿Y bien? ¿Dejaste alguna extranjera embarazada por allá? —Puse los ojos en blanco—. Podrías haberte ido sin preocuparte.

—Lo último que quería eran problemas con las mujeres.

Lo miré frunciendo el ceño, y eso lo hizo retroceder un poco.

James y yo nos llevábamos apenas un año. Yo tenía treinta y seis y él estaba por cumplir treinta y cinco. A diferencia de Jason, nuestra relación era cordial la mayor parte del tiempo. James siempre buscaba ser el ejemplo perfecto, el hermano impecable y el más brillante, y casi siempre lo conseguía.

Cuando las puertas del elevador se abrieron, nos dirigimos a la oficina de presidencia. La secretaria nos anunció, y al instante nos dejaron entrar.

—¡John! —El viejo Vaughn se levantó de su silla y vino hacia mí en cuanto me vio.

—Papá.

—Es tan bueno tenerte de vuelta.

No podía decir que yo sintiera lo mismo, pero decidí no expresar lo que pensaba. Mi familia se había indignado por lo que había sucedido, pero no compartía mi dolor. Para ellos, todo era tan sencillo como pensar que me había dejado engañar por una mujer que no valía nada y que me había dejado destruir por eso.

En cierto modo era un hecho, estaba destrozado, la odiaba tanto como la había amado. A veces había momentos en que me olvidaba de ella, pero bastaba un recuerdo para que todos los sentimientos volvieran como una terrible avalancha.

—Te necesité, hijo —dijo mi padre mientras volvía a abrazarme.

—Ya estoy aquí.

—Esa es la mejor parte. —Nos miró a los dos—. ¿Ya han almorzado?

—Podríamos aprovechar para comer antes de que le pidas a John que enfrente a la junta —bromeó James con una risita.

—Llamemos a Jaqueline —añadió mi padre y James estuvo de acuerdo.

Me quedé quieto, dejando que me llevaran donde quisieran.

Había esperado que la guerra me endureciera, que me volviera más frío para enfrentar lo que viniera, pero no era exactamente así como me sentía. Iba a necesitar mucho más esfuerzo si quería dejar el pasado atrás y asumir mi lugar en ese hospital como era mi deber.



Cristal

Capítulo seis

—Buenas noches. —dije a mis padres mientras abría la puerta del salón y dejaba a mi hija en el suelo.

Jennie corrió a abrazar a su abuela, que dejó de tejer para tomar en brazos a la niña, que apoyó la cabeza en el hombro de mi madre y se abrazó a su cuello.

—¿Cómo te fue en la escuela, cariño?

—Genial.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y qué hiciste?

—Brenda dice que va a ser mi amiga.

—¿Ya hiciste una amiga en tu primer día?

—¡Sí!

—Me alegra mucho.

Mi pequeña estaba acurrucada en el regazo de su abuela mientras yo iba a la habitación donde dormíamos juntas. En aquel momento había dos camas individuales, pero una de ellas había sido una cuna cuando Jennie era más pequeña. Cuidarla había sido uno de mis mayores

retos desde que mi mundo se había derrumbado.

Quería mantenerme lo más lejos posible de su padre y de todo lo que representaba esa familia, pero Jennie era mi mayor tesoro. A pesar de que complicó un poco las cosas, haciéndome dividirme entre el trabajo y ser madre, nunca me arrepentí. Después de muchas discusiones, mis padres comenzaron a ayudarme con ella, y yo hacía todo lo posible por aportar económicamente en la casa.

Dejé mi bolso sobre la vieja cómoda y me quité el blazer de mi traje. Estaba exhausta, necesitaba un baño urgente.

Estaba a punto de ir al baño cuando mi madre apareció en la puerta del dormitorio, mirándome.

—¿Dónde está Jennie? —pregunté antes de que ella dijera algo; no había nada que me preocupara más que mi hija.

—Se desplomó en el sofá. Supongo que había sido un día agotador para ella.

—Me siento aliviada de que haya podido quedarse en el colegio. Lloraba mucho cuando la dejé por la mañana. Se me rompió el corazón.

—Ya sabes que podrías seguir dejándola conmigo.

—Va a ser bueno que vuelva a hacer sus manualidades, mamá. Además, Jennie también necesita estar con otros niños, es importante para que crezca bien.

—Tienes razón. —Mi madre me dedicó una sutil sonrisa—. ¿Y qué tal el trabajo?

—Lo mismo de siempre, aunque me pasé el día preocupada por Jennie y resistiendo las ganas de llamar a la escuela para saber cómo estaba.

—Todo irá bien.

—Ya está yendo bien. —Dejé escapar un suspiro profundo.

—Eso es lo que más importa. Ahora ve a bañarte, luego despertaremos a la niña para que haga lo mismo. He hecho pasta para cenar.

—Gracias, mamá. —Le di un beso en la mejilla y pasé junto a ella hacia el baño.

Me quité la ropa, doblándola y dejándola sobre la tapa del inodoro. Corrí la cortina del baño para evitar que el agua salpicara demasiado y abrí el grifo, dejando que el agua caliente recorriera mi cuerpo.

Abrí el grifo y dejé que el líquido caliente recorriera mi cuerpo. Estaba tensa y mis músculos parecían haberse bloqueado durante el día, pero pude relajarme con la sensación del agua bañando mi piel.

Quisiera decir que ya no pensaba en él, que había logrado superar la humillación y el dolor, pero era imposible. Esos ojos verdes seguían apareciendo en mi mente, invadiendo mis pensamientos como un veneno. Peor aún, cada vez que veía a Jennie, era como si él estuviera ahí. Mi hija era más parecida a su padre de lo que habría querido, y aunque la amaba con toda mi alma, no podía dejar de odiar al hombre con quien la había tenido.

No importaba cuánto tiempo hubiera pasado, la rabia seguía ahí, como una herida abierta

que nunca sanaba. Me sentía humillada y despreciada. Quise mantenerme alejada de él incluso cuando descubrí que estaba embarazada. No quería imaginar las acusaciones ni las dudas. Esa niña era mía, y la cuidaría como lo había hecho desde el momento en que nació.

Las caídas, las cicatrices y todo el dolor me habían hecho más fuerte y firme. Aprendí que los cuentos de hadas no existían. En la vida real, los príncipes y las plebeyas estaban condenados a la tragedia.

Cerré la ducha y me envolví en una toalla antes de vestirme y salir del baño. Caminé hacia la sala y encontré a mi pequeña dormida sobre un cojín, profundamente sumida en un sueño tan sereno que daba pena despertarla.

Me arrodillé al lado del sofá, pero antes de tocarla escuché la voz de mi papá.

—Deja que Jennie siga durmiendo.

—Necesita ducharse y comer.

—Puedes hacerlo más tarde.

—Ay, papá, si la despierto después le arruino la rutina.

—Pobrecita.

—Luego vuelve a dormirse —le respondí antes de girarme hacia mi hija y tocarle el hombro—. Mi angelito, despierta.

Murmuró y se movió, pero no abrió los ojos.

—Jennie, pequeña, vamos a despertarte, tienes que bañarte.

—No quiero —murmuró mientras se removía en el sofá, empujándose con desgano.

—Pero tienes que hacerlo.

—¡No!

—Vamos, no querrás que piensen que eres una cochinita...

—¡Cochinita! —me interrumpió con una risita somnolienta.

—Una pequeña mentirosa, eso es lo que eres. —La levanté del sofá, y aunque resopló en protesta, al final abrió los ojos, dándose cuenta de que no iba a librarse del baño.

La puse de pie en medio de la habitación y empecé a desnudarla mientras mi niña se frotaba los ojos con el dorso de la mano y bostezaba.

—Bañémonos y cenamos. Luego mamá te deja volver a dormir.

—¿Comer?

—Sí, ¿no quieres?

—Sí quiero —contestó asintiendo con energía.

—Pues vamos. —La llevé al baño, la metí bajo la ducha y agarré la esponja para lavarla.

Mi pequeña extendió las manos, pidiéndome la esponja, y la dejé que se frotara sola un rato. Jennie era así: dependía mucho de mí, pero al mismo tiempo quería hacer todo por su

cuenta, intentando demostrar que ya era una niña grande.

Cuando terminó, revisé que no hubiera dejado áreas sin lavar y la enjuagué. Luego la saqué del agua, la envolví en una toalla con capucha de panda -una de sus favoritas- y la sequé con cuidado.

—¿Mamá? —me llamó mientras la secaba.

—¿Qué pasa? —Levanté la cabeza para mirarla.

—¿Cuándo voy a conocer a mi papá?

—¿De dónde salió esa idea, Jennie?

—En la escuela todos hablaban de sus papás, pero yo no, porque no lo conozco.

—Mira, hija mía. —Puse ambas manos sobre su carita y la acaricié con suavidad y cariño—. Tu papá se ha ido muy lejos y no volverá.

—¿Nunca?

—No, mi amor.

—¿Ni aunque se lo pidiera?

—Desafortunadamente no, mi amor.

—Eso está mal.

—Lo sé, lo sé. —La rodeé con mis brazos y la abracé fuerte—. Sé que es duro, pero no te preocupes. Nos tenemos la una a la otra y pase lo que pase mamá siempre estará aquí para ti.

—¿Siempre?

—De por vida.

Jennie me devolvió el abrazo y permanecimos así por un rato. Sabía que mientras más creciera, sería más difícil contestar esa pregunta y evitar que pensara en su padre, pero yo solo quería protegerla del dolor.

Me alejé despacio y llevé una mano a mi pecho, sintiendo cómo el corazón me latía desbocado. De repente, me faltaba el aire.

—¿Mamá? —Jennie puso sus manitas sobre mí.

—Estoy bien, hijita.

Intenté que mi respiración se normalizara, pero me llevó un rato. Miré fijamente a Jennie hasta que me puse de pie.

—¿Vamos a cenar?

—¿Estás bien?

—Sí, mi amor, mamá está bien. —Le sonreí.

—Bueno.

—La abuela hizo pasta.

—¡Iuju!

Mientras ella saltaba de alegría, yo sentía que mi cuerpo pesaba toneladas. Estaba agotada. La rutina diaria estaba acabando conmigo, pero sabía que con el tiempo encontraríamos un equilibrio. Solo era cuestión de acostumbrarnos a este nuevo ritmo.



John

Capítulo siete

Estaba en mi consultorio, revisando el expediente de un paciente, cuando mi celular vibró. Al verlo, me sorprendí al notar que era un mensaje.

Desconocida:

¡Hola!

John:

¡Ey!

Desconocida:

Soy Cristal. No sé si debería haber enviado este mensaje.

John:

Esperaba que lo enviaras.

Cristal:

¿De verdad?

John:

Sí.

Cristal:

Después de lo de anoche...

John:

No te preocupes por eso. Quiero verte. Dime a qué hora puedo pasar por tu trabajo.

Cristal:

¿No tienes un turno o algo que cumplir?

John:

Estaré libre en cuatro horas.

Cristal:

Yo también.

John:

De acuerdo.

Me senté en la cama, jadeando y empapado en sudor, mientras regresaba a la realidad. Las imágenes de esa conversación seguían apareciendo en mi mente con una claridad perturbadora. Habían pasado seis años, pero algunas memorias seguían tan frescas como si hubieran ocurrido ayer.

Quisiera decir que he aprendido a ignorarlas, pero cuanto más lucho, más fuertes se vuelven. Haber estado en Afganistán me ayudó, me alejó de los recuerdos que me conectaban con ella y con todo lo que significó en mi vida.

Me levanté de la cama, fui al baño, me eché agua fría en la cara y luego me sequé con una toalla. No creía probable que pudiera volver a conciliar el sueño aquella noche. La verdad era que temía que, de algún modo, acabara siendo arrastrado a recuerdos aún peores que aquel, como el día en que toda mi vida se derrumbó y descubrí que la mujer a la que creía amar no valía ni el suelo que pisaba.

Bajé a la cocina, caminando en la oscuridad hasta que encendí la luz. Abrí el refrigerador, saqué una caja de leche medio vacía y bebí directamente de ella mientras me sentaba en un banco junto al mesón.

Sin duda era más fácil lidiar con la preocupación de los soldados que con el silencio de aquella casa, que me carcomía poco a poco.

Oí un ruido que me hizo removerme en el asiento.

De repente, un ruido llamó mi atención. Me quedé inmóvil por un segundo, pero luego relajé la postura al ver que era mi madre quien entraba en la cocina.

—¿John? —Parecía sorprendida de verme, pero tuve la sensación de que me había seguido y estaba allí para intentar sacarme alguna información nueva. Sin embargo, no tenía nada más que decir.

—Hola, mamá.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Bebiendo leche. —Levanté la caja.

—¿Tienes problemas para dormir?

—Tal vez. —Me encogí de hombros.

—Imagino que viste muchas cosas terribles cuando estuviste en Afganistán. Cuántos soldados vuelven a casa traumatizados y no pueden recuperarse. Le dije a Donald que dejarte ir fue una pésima idea. Hay pérdidas que no se recuperan jamás.

—Tienes razón, mamá. —Saqué el cartón de leche y bebí otro sorbo.

Hubo pérdidas que realmente fueron irreparables, pero en lo que a mí respecta no tenían nada que ver con la guerra, sino con algo que había perdido en Chicago y que no podía dejar de echar de menos. Algunos dirán que era un idiota, y la mayor parte del tiempo era exactamente así como me sentía.

No había otra palabra para describir lo que la situación me había hecho.

—Tú y tu hermano tienen que superar esto —dijo, tocando un punto que hubiera preferido evitar.

—Claro... —bufé, sarcástico.

—Jason me dijo que fue ella la que lo buscó. Sabes cómo son algunas mujeres, se deslumbran con cualquier cosa...

—¡Mamá, basta! —la interrumpí, antes de que me enfadara aún más.

—Querido...

—Me fui por una buena razón.

—Esa mujer arruinó a nuestra familia. —Apretó los dientes.

—No actúes como si Jason fuera un santo en esta historia. Independientemente de lo que Cristal pueda haber hecho. No hay carne débil para justificar el comportamiento de mi hermano.

—Ya es cosa del pasado. Esa mujer no tiene nada que ver con ustedes ahora.

—Claro, ya pasó... —murmuré, como si decirlo pudiera convencerme de ello.

No debería estar pensando en ella, y mucho menos soñando con ella después de todo.

—Hay un terapeuta en el hospital...

—Buenas noches, mamá. —Me levanté del banco, pasé junto a ella, le di un beso en la mejilla y me dirigí a mi habitación.

Todavía había una parte de mí que no quería aceptar lo que había pasado, que fingía que nunca le había entregado mi corazón a esa mujer ni que ella lo había destrozado. Pretender que nada me afectaba era la única forma en la que podía seguir adelante.



Cristal

Capítulo ocho

Llegué al trabajo con la misma falta de aire que sentía desde el día anterior. Pensé que se me pasaría en cuanto descansara un poco, pero quizá tardaría más de lo previsto.

—¡Amiga! —Donna se acercó apenas me vio dejar la bolsa sobre el mostrador y respirar profundo.

—Hola.

—¿Te encuentras bien?

—Cansada.

—¿Y Jennie?

—La dejé en el colegio antes de venir aquí. Estaba mucho más animada que ayer, parece que le ha gustado conocer a niños nuevos.

—Sabía que se adaptaría sin problema.

—Hasta yo estoy más tranquila. —Sonreí.

—Eso está bien.

Me tapé la boca con los dedos cuando sentí un poco de náuseas. Lo único que me faltaba era empezar a vomitar.

—¿Cristal? ¿Qué es lo que pasa?

—Fatiga, dolor en el pecho y náuseas. Al principio pensé que era solo agotamiento, pero ahora estoy empezando a creer que puede ser una gripe o algo así.

—¿Gripe? —Donna me miró con suspicacia y luego soltó una risita—. ¿Con quién andas saliendo que no me contaste?

—¿Saliendo? —fruncí el ceño mientras me colocaba detrás del mostrador—. No estoy saliendo con nadie.

—¡Ay, sí, claro! Está clarísimo que estás embarazada.

—¿Yo? ¿Embarazada? —Guardé la bolsa debajo del mostrador y solté una carcajada.

—Mareos y náuseas... ¿te acuerdas de cómo te sentías cuando estabas esperando a Jennie?

—Donna, para estar embarazada necesito tener sexo.

—¡Por eso quiero un nombre ahora!

—No hay nadie.

—¿De verdad crees que puedes ocultarlo? —Cruzó los brazos e hinchó el pecho, bajando la mirada en la posición imponente de alguien que no descansaría hasta sacarme la información que creía necesitar.

—No escondo nada. Después de todo lo que he pasado, no quiero meterme en líos.

—No todos serán como él.

—Tengo que criar a mi hija.

—Entonces, lo del embarazo...

No tuve tiempo de responder para aclarar que era imposible, porque todo se volvió negro y lo último que escuché fue a Donna gritar mi nombre.

Me palpitaba la cabeza como si me la hubiera golpeado en algún sitio. Quizás con el escritorio.

Levanté la mano y palpé un vendaje.

—¡Cristal!

—¿Donna? —Abrí los ojos lentamente y su rostro fue tomando forma frente a mí. Detrás de ella, los letreros de emergencia y algunos avisos dejaban claro que no estábamos en la recepción del trabajo.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital. Te traje aquí después de que te desmayaras y te golpearas la cabeza. Te vendaron y estaban esperando a que te despertaras para hacerte más exámenes.

—No hacía falta, me habrían podido dejar en la sala de descanso y me habría despertado sola.

—¿Qué clase de amiga sería si no me preocupara?

—Lo has hecho muy bien.

Un hombre abrió la cortina y se acercó a la camilla. Llevaba una bata de médico, y en su camisa estaba bordado el nombre "Dr. Willians". Debía ser quien me había atendido.

—Gracias por ayudarme. —Le sonreí—. ¿Ahora puede decirle a ella que volvamos al trabajo?

—Un momento, señorita Castilho. —Me sujetó el hombro—. Su amiga me dijo que se sentía mal antes de desmayarse. Quiero hacerte algunas preguntas y pedir unos análisis para descartar cualquier enfermedad o infección.

—Probablemente esté embarazada. —Donna soltó una carcajada que me hizo poner los ojos en blanco.

—Pediré un análisis de sangre completo y entonces lo sabremos.

—Gracias, doctor —le respondí, dándole una mirada de advertencia a mi amiga.

Dejé que el médico se acomodara para sacarme sangre. Mientras tanto charlaba conmigo.

—Aparte de las náuseas y los mareos, ¿qué más ha sentido?

—Un poco de dolor en el pecho. También estoy más cansada de lo normal, no sé qué puede haberlo causado, pero hace poco mi hija empezó el colegio y eso ha cambiado un poco mi rutina.

—Esperaremos los resultados del análisis de sangre, pero también voy a pedir un electrocardiograma.

Miré a Donna, que me sonrió como si tuviera toda la razón del mundo. Ella estaba convencida de que era un embarazo, pero si no había ninguna posibilidad de que yo estuviera esperando un bebé, entonces, ¿qué estaba mal en mí?



John

Capítulo nueve

Me estaba acostumbrando a la oficina que mi padre me había dejado. Apenas volví, él ya había recogido sus cosas y me había entregado el lugar, junto con su cargo como director del hospital. Nos habíamos reunido con el consejo y los principales administradores, quienes dejaron claro lo que esperaban de mí. No tenía mucho tiempo para adaptarme antes de que intentaran poner a otra persona en el puesto que siempre había sido de los Vaughn.

Había vuelto para ocupar ese puesto y lo menos que mi padre esperaba de mí era que lo hiciera lo mejor posible.

Escuché un golpe en la puerta y acomodé un portarretrato con una foto de mis padres antes de permitir que entraran.

—Señor, el doctor Chan está aquí para verlo —anunció Grace, la secretaria que había trabajado casi diez años con mi padre y en quien confiaba como aliada durante esta transición.

—Puedes dejarlo entrar.

Asintió y dejó la sala, justo cuando me levantaba para recibir a mi amigo.

—¡Eric!

—Al fin estás de vuelta —dijo mientras me abrazaba—. Si hubiera sabido que funcionaría, habría echado a tu padre de esa silla hace tiempo.

—Déjate de bromas.

—Veamos si ahora no te inventas más excusas para evitar mis llamadas.

—Estaba ocupado.

—Atendiendo heridas de bala y explosiones, ya lo sé. Pero ahora que estás aquí, por fin podemos trabajar juntos otra vez.

—Si la burocracia me lo permite.

—Sería una estupidez no aprovechar tu talento.

—Ah, claro. Tú solo identificas los problemas para que yo los resuelva.

—Yo te pongo la bola y tú rematas —bromeó Eric, provocando una risa en mí.

—Podría ser.

—¿Cuándo vamos a salir a tomar algo?

—He dejado atrás viejos hábitos. —Torcí los labios en una mueca y mi amigo movió la cabeza negativamente.

—Te invito a un refresco.

—Jugo de naranja.

—De acuerdo.

Oí que llamaban a la puerta, lo que interrumpió nuestra conversación.

—Señores, el doctor Willians de emergencias está solicitando la opinión de un cardiólogo, y el doctor Chan está de guardia.

—El trabajo llama. —Le indiqué la puerta.

—¿Por qué no vienes conmigo? —propuso Eric—. No hay nada de malo en ver un corazón en acción.

—Dudo que ahora mismo vayas a abrirle el pecho a alguien.

—El paciente necesita una evaluación y estoy seguro de que dos mentes piensan mejor que una.

—¿Extrañabas trabajar conmigo?

—No tienes ni idea. —Me guiñó un ojo, haciéndome reír.

—De acuerdo, pero solo esta vez. Luego tendrás que volver a hacer tu trabajo por tu cuenta.

—Trato hecho.

Tomé mi bata de laboratorio, que estaba colgada en el respaldo de la silla, y salí de la oficina para acompañar a mi mejor amigo al servicio de urgencias del hospital.



Cristal

Capítulo diez

—¿Cómo te sientes? —Donna insistió, observándome con evidente preocupación. Aunque ella estaba convencida de que estaba embarazada, en el fondo temía que fuera otra cosa, y eso la inquietaba.

—Mejor.

—Tienes que dejar de asustarme.

—Te dejaré ser madrina otra vez —bromeé con ella, provocando la risa de mi mejor amiga y relajando el breve momento de tensión mientras esperábamos a que volviera el médico.

La cortina se corrió, y vi al doctor Willians acercarse acompañado por otros dos médicos.

—Señorita Castilho, sus exámenes llegaron y el ecocardiograma fue el que me llamó la atención, por eso llamé al cardiólogo de guardia para que la evalúe...

La voz del médico se fue desvaneciendo en mi mente cuando mis ojos se encontraron con los de uno de los acompañantes. Era como ver un fantasma, una pesadilla hecha realidad, y por un momento pensé que debía estar soñando.

—Ahora sí le va a dar un infarto de verdad... —susurró Donna, y me di cuenta de que ese hombre frente a mí no era una alucinación.

Esos ojos verdes me llevaron directo a recuerdos que había intentado enterrar durante los últimos cinco años.

Me vi apoyada sobre el mármol del lavabo, frente a un espejo que cubría toda la pared del lujoso hotel donde me encontraba. Un lugar muy lejos de lo que alguna vez podría haberme permitido, hasta que John entró en mi vida.

Sentí que se acercaba y pronto sus manos subieron por mis brazos cuando me di cuenta de que su nariz se había acercado a mi nuca, provocándome escalofríos.

—John... —Susurré su nombre y salió amortiguado por mis labios.

Él no dijo nada, solo deslizó las manos hasta el nudo del cinturón de mi bata y lo desató. La tela cayó al suelo, dejando mi cuerpo expuesto. La primera vez había sentido vergüenza, pero ahora me sentía completamente cómoda. Parecía que su piel y la mía ya se conocían a la perfección.

Me agarró por la cintura y me hizo girar, haciendo que me detuviera con las manos en su pecho y levantara la cabeza para encontrarme con sus ojos verdes. John bajó la cabeza y acercó su boca a mi cuello, provocándome escalofríos mientras su lengua recorría mi mentón. Moví la cabeza hacia atrás, dejando que me explorara sin reservas. No había nada que deseara más que sus caricias.

Dejé escapar un gemido ahogado cuando sus dedos me agarraron por las caderas y me levantó, haciéndome sentar sobre el lavabo. Sus manos recorrieron mis brazos hasta agarrarme las muñecas, moviéndolas hacia atrás y apretándolas contra el espejo.

Mis entrañas se retorcieron de deseo cuando su mirada depredadora se encontró con la mía. Las palpitaciones en mi pecho y el deseo desenfrenado se hicieron cada vez mayores. Entré en frenesí cuando su boca dominó la mía en un beso intenso y feroz que me robó la cordura y el aliento.

John abrió su propia bata y la tiró al suelo, luego me separó los muslos y me acercó al borde del lavabo, acomodándose entre mis piernas. Dejé caer las manos y arañé el mármol mientras él me penetraba de un firme empujón. Luego las acerqué a su cara y la bajé, haciendo que volviera a mirarme. Vi brillo, fuego y pasión en la forma en que me miraba fijamente mientras se movía dentro de mí.

—Te amo, John —murmuré entre gemidos.

—Yo también te amo, Cristal.

Me llevé la mano al pecho al salir del recuerdo completamente sin aliento. Parpadeé, esperando ver mejor, pero él aún no se había apartado de mi vista y me observaba con la misma expresión de asombro.

—¿Es una broma de mal gusto, Eric? —refunfuñó John a su mejor amigo, que estaba a su lado.

—No esperaba que fuera ella. —El médico de rasgos orientales reaccionó con el mismo asombro.

—No debimos venir a este hospital —murmuré, empujando el brazo de Donna para que nos fuéramos.

—Era el más cercano, y te desmayaste.

—Vámonos de aquí. —Miré a mi alrededor para ver si estaba mi bolso o cualquier otra pertenencia.

—¡Cristal! —Donna trató de detenerme, pero todo lo que quería era huir tan rápido como pudiera.

—Vámonos.

—¡Espere, señorita Castilho! —intervino el doctor Willians, aunque parecía no tener idea del tipo de historia que yo compartía con el heredero de ese hospital, ni de cómo había sido el punto de quiebre en mi vida.

Me levanté, pero antes de que pudiera dar un paso fuera del hospital, John me agarró de la muñeca y me obligó a mirarlo de frente. El calor de su mano presionando mi piel me produjo un escalofrío. Parecía contener un veneno que penetró rápidamente en mis poros, paralizándome. Su mirada seguía ejerciendo una presión alucinante sobre mí. Me di cuenta de que sus pupilas se habían dilatado e imaginé que lo mismo había ocurrido con las mías. La combustión y los efectos de nuestras caricias mutuas seguían siendo intensos e instantáneos, a pesar de que habían pasado cinco años.

Mi corazón se aceleró y me di cuenta de que todo volvía a estar oscuro. Luché contra el impulso de desmayarme, pero era más fuerte que yo, porque él estaba más cerca de lo que debía.

Creí que nunca volvería a verlo, pero la vida tenía esa manera cruel de sorprenderte y mantenerte lejos de cualquier final feliz.



John

Capítulo once

Moví mi cuerpo hacia un lado cuando ella se desplomó y la tomé en brazos.

Había pasado suficiente tiempo lejos como para creer que nuestros caminos no volverían a cruzarse. Mi misión durante los últimos cinco años había sido evitar a aquella mujer, pero en aquel momento estaba en mis brazos, enferma y necesitada de cuidados. Había demasiado rencor y enojo entre nosotros, pero aun así, no podía evitar sentir preocupación al verla en ese estado.

Sintiendo que yo también me desestabilizaba, di unos pasos hacia delante y volví a colocarla en la camilla.

—Has vuelto... —Su mejor amiga me miraba estupefacta.

—No debería estar aquí. —Retrocedí unos pasos, alejándome de la camilla, hasta que tropecé con Eric, que estaba detrás de mí.

—¿Qué tiene? —insistió Donna, claramente decidida a sacarme una respuesta—. Eres médico, puedes ayudarl

—Eric se ocupará de ella. —Le di una palmada en el hombro a mi mejor amigo y me di la vuelta, saliendo de urgencias lo más rápido que pude.

Huí... Me alejé de ella como lo había hecho cinco años atrás.

Estar cerca de Cristal no era bueno para mí, me robaba la cordura y reabría viejas heridas.

No debía estar aquí. Encontrarme con mi exnovia en mi primer día de regreso, y encima

con síntomas de un problema cardíaco, solo podía ser una broma cruel del destino. El karma todavía no había terminado de jugar conmigo.

Entré en un cuarto de baño que había por el camino y me incliné sobre el lavabo, abriendo el grifo y salpicándome la cara con agua fría. Estaba visiblemente inquieto y me costaba controlar la respiración y los nervios para volver a la normalidad.

Arranqué una toalla de papel del dispensador en la pared y me sequé con prisa. Había luchado durante años contra el dolor que Cristal había dejado en mí, pero esa recaída me dejó claro que no la había superado. Tal vez nunca podría hacerlo.

Después de terminar un turno agotador en la madrugada, subí a mi coche. Abrí la guantera y saqué una pequeña caja de terciopelo. Dentro había un anillo, un solitario de diamante que me había costado una cantidad considerable, pero valía cada centavo.

Llevaba casi un año saliendo con Cristal y cada vez estaba más seguro de que era la mujer que quería a mi lado para el resto de mi vida. Puede que mis padres no la considerasen adecuada para mí por sus orígenes, pero desde que la vi por primera vez sentí que estaba destinada a ocupar un lugar especial en mi vida.

Me gustaba su sonrisa, la forma en que me miraba y, sobre todo, cuando la tenía en mis brazos.

Aunque estaba exhausto, sabía que hoy era su día libre y tenía planeado pasar todo el tiempo con ella. Saqué el celular y le envié un mensaje:

John:

Quiero verte.

Cristal:

No puedo.

John:

¿Por qué no?

Cristal:

No estoy en casa.

John:

¿Dónde estás?

El tiempo que tardó en responder me inquietó más de la cuenta.

John:

¿Cristal?

Cristal:

En lo de Jason.

John:

¿Qué haces en casa de mi hermano?

No hubo más respuestas.

Esa falta de respuesta me carcomía. Sentía cómo la angustia y el mal presentimiento se apoderaban de mí. Arranqué el auto y aceleré, manejando a toda velocidad hacia el apartamento de mi hermano menor.

No podía prever lo que me esperaba ni el caos que se apoderaría de mi vida después de aquel momento.

Aparqué junto a la acera, dejando el auto torcido, sin preocuparme por enderezarlo. Un nudo en el pecho me dificultaba respirar. Era como si mi cuerpo me estuviera avisando de que lo peor estaba por suceder.

El portero me reconoció y me dejó pasar. Tomé el elevador y presioné el botón para subir al ático, donde Jason se había instalado y solía organizar fiestas que daban de qué hablar. Mientras el resto de nosotros trataba de seguir la tradición familiar como médicos, mi hermano menor era un imán para los problemas y pasaba más tiempo en centros de rehabilitación que fuera de ellos.

La puerta estaba abierta, así que entré sin tocar. Lo primero que vi fue una camiseta blanca tirada en el piso. Mi corazón se encogió al reconocerla de inmediato, aunque quisiera no hacerlo. Pero eso fue solo el principio de mi caída, porque, al poco rato, la vi caminar hacia mí.

Su cabello castaño estaba revuelto, y sus ojos del mismo tono abiertos de par en par. Cruzaba los brazos sobre su pecho, como si así pudiera cubrir el delgado sostén negro que llevaba. Estaba descalza, y los botones de su jean parecían haberse abrochado a toda prisa.

—John... —Se sorprendió aún más cuando me vio.

—¿Qué haces aquí? —Apreté los dientes.

—¡Hermano! —Jason apareció completamente desnudo, con una sonrisa burlona en los labios—. ¿Te unes a la fiesta?

—¡Maldito hijo de puta!

—Ahí tienes, cariño. —Jason señaló la camiseta que yo sostenía en la mano—. Tu blusa.

—John... —Cristal empezó a llorar mientras me miraba fijamente.

—Creía que me amabas —gruñí como un perro feroz.

—Te amo.

—¿Chupándosela mi hermano? —grité con furia contenida.

—No sé cómo pasó... —Su llanto se volvió más desesperado.

—¿Quieres que le cuente los detalles? —intervino Jason, disfrutando cada segundo. Mi paciencia estaba a punto de romperse—. Fue toda una tigresa.

—¡Cállate!

—Montó sobre mi verga como una experta...

Mi puño cruzó su cara antes de que pudiera decir algo más. El impacto lo hizo tambalearse, y si seguía provocándome, no estaba seguro de poder detenerme.

—¡John! —Cristal me agarró del hombro y me hizo girarme hacia ella.

Me invadió la rabia, tenía el corazón roto y no podía pensar racionalmente.

—No quería creerlo, pero parece que todos tenían razón... —mi voz se quebró en un susurro amargo—. Te metiste en la cama con mi hermano. Pensé que eras distinta, pero al final solo me viste la cara de idiota. Una puta de mierda que solo quería mi dinero.

—¡No soy una puta! —me gritó.

—Lámalo como quieras. ¿Zorra, tal vez? No sé qué nombre prefieras después de haberte revolcado con él.

—John. —Intentó abrazarme, pero esquivé su contacto.

—¡Aléjate de mí!

—Por favor...

Le lancé la camiseta a la cara y me di la vuelta, ignorando su llanto mientras la risa de Jason resonaba a mis espaldas, disfrutando del espectáculo.

Después de aquel día quise alejarme de los dos, pero sobre todo de la mujer que creía que me amaba, pero que no tuvo piedad de destruirme.

—¿Todo bien, doctor?

La voz de un enfermero me sacó de golpe de esa maldita memoria. Lo miré, parado a la entrada del baño, observándome con preocupación.

—Sí —dije, sacudiendo la cabeza para espantar los fantasmas.

Aquel recuerdo era demasiado doloroso y luchaba cada día por dejarlo atrás, pero al volver a ver a Cristal sentía como si lo hubiera vivido el día anterior.

Salí del baño y me dirigí a mi consultorio. Eric se encargaría de Cristal, o al menos esperaba que así fuera. Con un poco de suerte, la derivarían a otro hospital y podría olvidarme de ella de una vez por todas. Al menos, eso era lo que estaba deseando con todas mis fuerzas.



Cristal

Capítulo doce

—John... —Su nombre escapó de mis labios cuando recuperé la conciencia.

Parpadeé, buscando a la razón de mis sueños y pesadillas desde que lo conocí. Lo vi allí, y luego ya no estaba. Por un momento pensé que había alucinado, lo que no sería raro considerando que no era la primera vez que me pasaba.

—Amiga, me alegro de que estés despierta de nuevo. —Donna me tomó de la mano.

—¿Sigo en el hospital?

Sacudió la cabeza, asintiendo.

—¿Qué me pasa, doctor? —Me senté en la camilla, analizando al médico que me había prestado los primeros cuidados.

—Los análisis descartaron embarazo o infecciones, pero el ecocardiograma mostró signos de arritmia. Por eso pedí al doctor Chan que la evaluara.

Miré alrededor de la habitación buscando a Eric y la forma en que me miró me indicó que la presencia de John no había sido solo una ilusión por mi parte.

—¿Entonces tengo arritmia? ¿Es grave?

—Es tratable, pero sin un buen control podría ser fatal. El cansancio, los desmayos y la dificultad para respirar que mencionaste al doctor Williams son síntomas claros. Si se confirma el diagnóstico, vamos a recetarte un medicamento para regular los latidos de tu corazón y

necesitaremos hacer controles periódicos para ver cómo avanzas.

—Tengo una hija que criar —dije sin pensarlo mucho. Jennie era mi prioridad y la persona que más me venía a la mente cuando pensaba que podía ocurrirme algo.

—¿Hija? —Los finos ojos de Eric se abrieron de par en par—. No sabía que estuvieras casada.

—No me casé.

—Nada de dramas familiares ahora, por favor —interrumpió Donna—. Enfoquémonos en la salud de mi amiga.

—Quiero hacer otro ecocardiograma cuanto antes.

—¿Y esos medicamentos que mencionó? ¿Son caros? — Mi preocupación aumentó.

—Te puedo conseguir algunas muestras para empezar.

—Gracias.

Tenía un seguro, pero no era muy bueno, y no sabía cuánto cubriría de los gastos de esa enfermedad. Lo irónico era que ahora, con el corazón enfermo, me reencontraba con la persona que más lo había destrozado.

Todavía recordaba con claridad el día que el hermano menor de John apareció en la recepción del edificio al final de mi jornada. Me invitó a tomar una copa en el mismo bar donde John y yo nos conocimos, diciendo que era una oportunidad para conocerme mejor y entender mis intenciones con su familia.

Yo amaba a John y quería llevarme bien con sus parientes, aunque veníamos de mundos muy distintos. Debería haber seguido mi instinto y rechazado la invitación.

Recuerdo que nos sentamos cerca de la entrada y pedí un trago. Después, todo es borroso, hasta despertar en una habitación que no reconocía. Las paredes tenían decoraciones abstractas y oscuras. La persiana estaba cerrada, y al girarme vi a un hombre acostado a mi lado. Aunque su cuerpo se parecía al de John, supe de inmediato que no era él.

Me levanté de golpe y me di cuenta de que Jason estaba jugueteando con mi teléfono móvil.

—¿Qué haces?! —Le arrebaté el teléfono—. ¿Cómo acabé aquí?

—Tienes unas tetas preciosas. —Se rió y me hizo mirar hacia abajo.

Por reflejo, me cubrí los pechos desnudos con un brazo y la vagina con la otra mano. Estaba completamente desnuda y no entendía por qué.

—¿Qué ha pasado?

—¿De verdad tengo que decírtelo? —Se rió entre dientes.

—Esto no debería haber pasado. —Me agaché para recoger mi tanga del piso, poniéndomela rápidamente. Luego agarré el sujetador y los jeans que estaban sobre una silla.

—Dime algo, ¿quién es mejor? ¿John o yo? —dijo con una sonrisa burlona.

No podía creer que estuviera haciendo esa pregunta, ni que hubiese llegado a involucrarme con el hermano de mi pareja de esa manera.

—Soy mucho más joven que John. Seguro que tengo más energía, ¿no?

—Deja de decir estupideces —respondí, sintiendo cómo la ansiedad crecía dentro de mí.

—Cuando te puse en cuatro... qué espectáculo tu culo.

—¡Cállate!

Fui al salón en busca de mi camiseta y me sorprendió encontrarla en manos de mi novio.

—John... —Me quedé completamente estática cuando mis ojos se encontraron con los suyos furiosos.

—¿Qué haces aquí? —Apretó los dientes, resoplando como un animal.

—¡Hermano! —Jason apareció detrás de mí con aire juguetón, como si no comprendiera la tensión que se había apoderado del ambiente—. ¿Te unes a la fiesta?

—¡Maldito hijo de puta! —Apretó los dientes.

—Ahí tienes, cariño. —Jason indicó la prenda y empeoró aún más el momento—. Tu blusa.

—John... —Empecé a llorar mientras la desesperación me invadía. La situación ya había sido bastante embarazosa y tener a mi novio allí solo la empeoraba.

No sabía cómo explicarle bien lo que había pasado porque ni siquiera yo tenía la noche anterior en la memoria, todo era una terrible e inquietante página en blanco.

—Creía que me amabas.

—Te amo.

—¿Chupándosela mi hermano? —Alzó la voz, haciéndome sobresaltar aún más.

—No sé cómo pasó...

—¿Quieres que le cuente los detalles? —Jason se burló de su hermano, provocando que John saltara sobre él—. Fue toda una tigresa.

—Cállate.

—Montó sobre mi verga como una experta...

John perdió el control y empezó a golpear a su hermano con tal violencia que temí que lo matara allí mismo.

—¡John! —Por impulso, agarré a mi novio del brazo y le hice girarse hacia mí. Su expresión de enfado me aterrorizó, todo el afecto y el cariño que había visto en él durante el tiempo que llevábamos juntos parecía haber desaparecido.

—No quería creerlo, pero parece que todos tenían razón... Te metiste en la cama con mi hermano. Pensé que eras distinta, pero al final solo me viste la cara de idiota. Una puta de mierda que solo quería mi dinero.

—¡No soy una puta! —grité indignada por la ofensa.

—Llámallo como quieras. ¿Zorra, tal vez? No sé qué nombre prefieras después de haberte revolcado con él.

—John. —Intenté retenerlo, que volviera a mirarme a la cara, no iba a permitir que dijera esas barbaridades sobre mí y se quedara así.

—¡Aléjate de mí! —Tiró con fuerza de mi brazo, obligándome a soltarlo.

—Por favor...

Me tiró la blusa y se fue sin decir ni una palabra más.

A partir de ese día, mi mundo y mi corazón se derrumbaron por completo.

—¿Estás segura de que es arritmia, Eric? —La pregunta de Donna me sacó del abismo de mis pensamientos, devolviéndome al presente. Había cosas más urgentes en las que debía concentrarme, aunque el dolor por el fin de mi relación con John seguía pesando en mi pecho.

—Haré más pruebas para confirmarlo, pero es una sospecha.

—Cristal está saludable.

—Teniendo en cuenta que pasan todo el día sentadas, existe cierto grado de sedentarismo, pero la arritmia puede aparecer incluso en personas sanas debido al estrés y otros factores de riesgo, o en deportistas debido al esfuerzo físico.

Donna conocía al doctor Chan bastante bien. Había tenido algo con él tiempo atrás, pero nunca quisieron nada serio. Aun así, lograron mantener una amistad, algo que contrastaba demasiado con la relación tormentosa que yo había tenido con John.

—Vamos a hacer más pruebas.

—Gracias, Eric.

Me sonrió y los ánimos se calmaron un poco. Mientras el cardiólogo me atendía, no volvimos a hablar de su mejor amigo, ni tocamos ningún otro punto que pudiera hacer que mi corazón volviera a perder el rumbo.



John

Capítulo trece

Cerré la pantalla del portátil cuando me di cuenta de que no iba a poder concentrarme en el informe que me habían enviado. Estaba irritado, con un humor de perros. Empezaba a pensar que dejar el ejército había sido la peor decisión que tomé; nunca debí haber regresado. Reabrir viejas heridas solo haría mi vida aún más miserable.

Odiaba a Cristal, sobre todo porque sabía que en el fondo aún la amaba.

No sé cuánto tiempo pasé mirando a la nada, pero volví al presente cuando oí que llamaban a la puerta. Pensé que iba a aparecer la secretaria, pero Eric entró sin esperar respuesta y se detuvo frente a mí.

—Confirmé el diagnóstico de arritmia. Le receté medicación para controlarla y voy a monitorear su evolución. Ya la dejé ir a su casa, y Donna me prometió que estará pendiente de ella.

—No es mi paciente, no tienes que informarme cómo va el caso —dije con un tono cortante y hostil, esperando que acabara de una vez con el tema.

—Deja de fingir que no te importa. —Eric golpeó la mesa con ambas manos y me obligó a mirarle.

—No me importa.

—No seas imbécil.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo? —Levanté la cabeza y lo miré con desprecio. No entendía a dónde quería llegar con eso, pero sabía que estaba entrando en terreno peligroso.

—Intento que abras los ojos y veas que huir cada vez que la encuentras no es la solución.

—¿De qué lado estás? Me engañó, no con cualquiera, ¡sino con mi hermano!

—¡Estoy de tu lado, John! Siempre estaré a tu lado. A veces olvidas que soy tu mejor amigo. Siempre quise que te quedaras aquí, pero en lugar de eso fuiste a arriesgar tu vida en Afganistán.

—No digas estupideces, yo solo estaba en el campamento médico.

—¿Y me vas a decir que nunca los bombardearon?

Tragué saliva y no pude mentirle.

—Verte huir de nuevo solo por encontrártela me hace temer que vuelvas a hacer la misma tontería de antes. Ir allá no resolvió nada y regresar tampoco lo hará.

—¿Qué quieres que haga? —Me incliné hacia él, firme en mi respuesta.

—Quédate y enfréntate a tu guerra en lugar de huir a otra. O la olvidas para siempre o te enfrentas a ella.

—Es más difícil de lo que crees, Eric. —Di un paso atrás, apartando el cuerpo y dejando caer mi peso sobre la silla.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—No puedo perdonarla.

—¿Estás seguro de que es a Cristal a quien tienes que perdonar? —Su pregunta me irritó y me dejó desconcertado al mismo tiempo.

—¿Te olvidaste de lo que pasó?

—La encontraste en la cama con Jason, pero te haré la misma pregunta que te hice hace cinco años y que no quisiste escuchar por estar tan furioso: ¿por qué crees que Cristal se acostaría con tu hermano?

—No lo sé, interés. Jason es un idiota, pero sigue siendo rico.

—Si solo buscaba dinero, eligió mal, porque, hasta donde recuerdo, tú estabas a punto de pedirle matrimonio.

—Quién sabe lo que pasaba por su cabeza.

—¡John!

—¿Qué quieres, carajo?

—Abre los ojos. Conoces a tu hermano, Jason no es bueno.

—¿Insinúas que todo fue una trampa? ¿Qué ganaría él con eso?

—Que te largaras. Pudo haberte matado la guerra. Llevas cinco años lamentándote por lo que pasó y sigues sufriendo por la mujer que perdiste.

—¡No la amo!

—No me vengas con esas, nadie te cree.

—Eric, dame un respiro.

—Soy tu mejor amigo, pero si te niegas a abrir los ojos no puedo hacer nada.

Esperó a que le respondiera, pero al no obtener nada, caminó hacia la puerta.

—Por cierto, tiene una hija.

—¿Hija? ¿Con quién?

Eric se encogió de hombros y salió, dejándome solo con esa bomba cayéndome encima.



Cristal

Capítulo catorce

—No debí haber dejado mi auto atrás —resoplé desde el asiento del copiloto cuando Donna estacionó frente al colegio de mi hija.

—Deja de quejarte y disfrútalo, porque tenerme como chófer privado es algo para raras ocasiones.

—¿No deberías irte a casa?

—Los guardias ya nos relevaron para que pudiera llevarte al hospital. Además, le avisé a Tobias que estaría contigo y que me tardaría un poco en volver.

—¿Está bien con eso?

—Mi marido sabe que hay prioridades. —Donna se rió y yo me reí—. ¿Te sientes bien?

—Lo estaré. Espero que los medicamentos que me dio Eric hagan efecto pronto, y voy a empezar con las caminatas matutinas que le prometí.

—¡Genial! —Donna se desabrochó el cinturón y salió del coche.

Hice lo mismo y caminamos hasta la entrada de la escuelita de Jennie. Pronto vi a mi hija jugando con otros niños en el patio. Estaban montando una torre de madera, que se derrumbó cuando otro niño puso la pieza equivocada. Pensé que mi hija iba a llorar, pero acabó riéndose.

—Creo que se está divirtiendo.

—Me alegro de que se haya adaptado bien. —Sonreí.

Jennie se giró y, cuando nuestros ojos se encontraron, sentí un nudo en el estómago. El recuerdo del reencuentro inesperado con John volvió a mi mente. No quería pensar en el día en que nos habíamos separado, pero se me hacía inevitable en ese momento.

—¡Mamá! —Jennie vino corriendo y la levanté.

—Hola, mi amorcito. ¿Te divertiste hoy?

—¡Siiii!

—Estupendo.

—Adiós. —Saludó a la mujer que controlaba la salida de los niños antes de caminar conmigo hacia el coche—. ¡Tía Donna! —Se inclinó hacia mi amiga, y la dejé cambiarse de brazos sin problema.

—Hola, mi traviesita.

—¿Travi...esita?

—Sí, tú eres una traviesita.

—No soy.

—Sí lo eres.

—¿Me das un chocolate?

—¿Ves? Eres una traviesita —respondió Donna haciéndole cosquillas en la barriga, lo que hizo que Jennie se retorciera de risa mientras la acomodaba en su asiento del auto.

—Nada de dulces antes de cenar, hija.

—¡Oh! —Puso esa carita que siempre me derretía, pero ya me conocía sus trucos y no iba a caer tan fácil.

Donna nos llevó a casa y aparcó en la entrada del edificio donde vivía con mis padres.

—¿No vas a entrar? —pregunté mientras me daba la vuelta para recoger a mi hija.

—Me voy a casa, pero si necesitas algo, lo que sea, ¿me prometes que me llamarás? —Se puso las manos en la cintura y me miró con expresión seria e imponente.

Donna estaba preocupada por mí, y aunque yo también lo estaba, prefería no darle tantas vueltas para no entrar en pánico. Eric había tratado de no alarmarme, pero sabía que esto no era sencillo, y mi cuerpo me enviaba señales claras de que debía mantenerme alerta.

—Te prometo que te llamaré.

—¡Genial! —Giró su cuerpo y se inclinó hacia mi hija—. Jennie, ¿prometes cuidar a tu mamá por mí?

—¿Mi mami?

—Sí, de tu mami. Ella no se siente bien.

—¿Duele...? —Preocupada, Jennie inclinó la cabeza hacia mí.

—No asustes a la niña, Donna —regañé a mi mejor amiga.

—No la estoy asustando.

—Claro... —Chasqueé la lengua mientras abrazaba a Jennie, que ya se había agarrado de mi pierna.

—Todo va a salir bien, Cristal. Siempre sale bien.

Asentí con la cabeza, aunque sabía que no podía darme el lujo de bajar la guardia.

—Gracias por llevarme.

—Llámame si necesitas algo. —Me dio una palmada suave en el hombro antes de alejarse.

—No hay problema.

Con una mano cargué las cosas de Jennie y con la otra la llevé a ella mientras entrábamos al edificio y subíamos hasta el apartamento. Estaba agotada, pero esperaba no volver a desmayarme. Por más que el reencuentro con John seguía pesando en mi mente, no podía dejar que me afectara. Tenía una hija y necesitaba estar bien para cuidarla.

Jennie me había mantenido fuerte después de enterarme del embarazo y seguiría haciéndolo.



John

Capítulo quince

—Voy a subir. —Le advertí al portero, sosteniendo la puerta y lanzándole una mirada que exigía que me dejara pasar.

—Señor Vaughn...

—Sé que mi hermano está ahí arriba.

—Salió hace como media hora. Lo vi por las cámaras yendo al estacionamiento.

—¿Adónde?

—No lo sé, señor.

Resoplé, molesto.

—No importa, lo voy a encontrar. —Salí pisando fuerte. A pesar de que ya eran más de las ocho de la noche, esperaba que Jason estuviera en casa.

Si Jason no fuera tan parecido físicamente al resto de nosotros, estaría seguro de que sería adoptado. Sin embargo, él era la prueba de que la fruta podrida podía nacer en cualquier parte.

Saqué la llave del bolsillo y caminé de regreso hacia mi auto, estacionado en la calle. Apenas me puse el cinturón, pisé el acelerador.

Aunque no solía frecuentar ese sitio, sabía muy bien dónde estaba la discoteca de mi hermano. El antro que mi madre intentaba convencerlo de cerrar tenía una fama terrible y solo

alimentaba los malos hábitos del menor. Sin embargo, cada vez tenía más claro que estaba exactamente donde debía estar.

Tuve que parar el coche más lejos porque no había sitio para aparcar cerca de la entrada. Divisé una enorme cola de gente interesada en entrar en aquella guarida y pasé junto a ellos, abriéndome paso hasta la puerta antes de que me detuviera un guardia de seguridad.

—Déjame entrar.

—Espera, no puedes entrar así como así.

—Mi hermano está adentro y necesito hablar con él. —Gruñí, y el hombre, que tenía el doble de mi masa muscular, no parecía lo bastante intimidante para mantenerme afuera.

Desde la puerta ya se sentía el olor a hierbas y alcohol. Si no fuera por la influencia de mi familia, la policía habría cerrado ese sitio hace tiempo, y Jason estaría preso. Probablemente es lo que en verdad se merecía: pasar una buena temporada en la cárcel para aprender a tener al menos un poco de decencia.

—¡Déjenme pasar!

—Señor Vaughn... —El guardia de seguridad vaciló ante mi reacción.

Antes de que perdiera la paciencia, Jason apareció detrás de él y me saludó con una sonrisa burlona, como si le alegrara verme.

—Deja entrar a mi hermano, Félix.

—Pero, señor... —El guardia de seguridad permaneció cauteloso.

—Estoy seguro de que John solo necesita un trago para calmarse.

El guardia se hizo a un lado, y yo avancé directo hacia Jason, agarrándolo del cuello y soltándole un puñetazo en la cara. Un hilo de sangre asomó en su labio.

—¡Dime la verdad, maldito! —Cerré el puño con tanta fuerza que sentí mis uñas clavarse en la palma. Estaba listo para darle otro golpe, pero el guardia me sujetó, obligándome a soltar a Jason.

Jason se echó a reír mientras se masajeaba la barbilla. Luego se acomodó el blazer como si quisiera alisar las arrugas.

—Cuéntame lo que pasó.

—Aquí siempre pasa algo. —Jason movió la cabeza, mirando a su alrededor, y su tono burlón solo avivó más mi enojo.

—Con Cristal.

—Ah, la hermosa Cristal. —Soltó una risita.

Forcejeé, tratando de zafarme del guardia de seguridad y, si lo hubiera conseguido, habría avanzado sobre mi hermano una vez más.

—¿Le hiciste algo esa noche?

—Hice muchas cosas con ella.

—¡Maldito! —grité con furia, consciente de que varios curiosos nos observaban para entender qué estaba pasando—. ¿La invitaste a salir y ella pensó que sería buena idea acostarse contigo?

—Para que lo sepas, soy mucho más atractivo que mi aburrido y estirado hermano. ¿O piensas que por seguir los pasos de la familia eres más interesante que yo?

Intenté abalanzarme sobre él otra vez, pero el guardia me sostuvo con firmeza, impidiéndome soltarle una paliza.

—Seguro pensaste que te amaba y que tendrían la vida perfecta juntos. Deberías haber visto tu cara cuando me encontraste con ella.

Su respuesta fue suficiente para hacerme escuchar los pensamientos de Eric después de tanto tiempo.

—Planeaste todo desde el principio.

—¿Crees que no podría seducirla? ¡Claro que puedo!

—¿Qué has hecho? —Me retorcí con fuerza mientras mi mente se llenaba de imágenes de esa noche. Recordé el rostro de Cristal y sus lágrimas, y luego la sonrisa cruel de Jason. Aquella vez solo pensé en lo idiota que me había visto, pero ahora entendía que él había disfrutado cada segundo de mi desgracia.

—La invité a tomar y le di un “buenas noches, Cenicienta”. ¿Entiendes? La drogué. Luego me la llevé a mi apartamento...

—¡Eres un animal, tú...!

—Tranquilo. No violé a tu princesita. Solo le quité la ropa. Nada más que eso. Lo demás te lo imaginaste tú.

—Cinco años...

—Fue un placer ver cómo el hijo perfecto se venía abajo.

Jason era un miserable, una serpiente. Tanto, que no me costaba creer que se hubiera acostado con mi novia. Pero jamás imaginé que había planeado separarnos solo para arruinarme la vida.

Intenté atacarlo de nuevo, pero otro guardia apareció y entre los dos me arrastraron fuera de la discoteca. La gente nos miraba, sorprendida por mi furia.

Mi hermano me había arruinado la vida, me había alejado de la mujer que amaba y lo único que podía sentir era rabia.

Cristal...

Después de nuestra ruptura la maldije mil veces, creyendo que todo había sido su culpa. La odié y la traté de las peores maneras. Ahora entendía que el culpable siempre había sido Jason.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para enmendarlo.



Cristal

Capítulo dieciséis

—¿Mami? —Jennie puso su manita en mi pecho mientras nos acomodábamos en su cama.

—Hola, mi amor. —Me di la vuelta para besarle la parte superior de la cabeza, que estaba cubierta de pelo castaño claro.

—¿Dolorida?

—Mamá estará bien.

Frunció los ojitos, preocupada. Donna podía pensar lo contrario, pero Jennie entendía perfectamente la situación y eso la angustiaba.

Tenía que cuidarme. Debía hacerlo porque mi hija me necesitaba. Ya no tenía a su papá, y no podía quedarse sin mí también.

Me abrazó y yo la estreché aún más fuerte. A pesar de todo el dolor, no podía permitirme pensar que de esa experiencia solo quedaban recuerdos negativos. Mi pequeña era mi fuerza, el motivo por el que cada día descubría que podía ser una mejor versión de mí misma.

—¿Me lees un cuento?

—¿Quieres que te lea un libro?

Jennie negó con la cabeza.

—Mamá lo va a buscar.

—Sí.

Me levanté de la cama y me acerqué a la pequeña pila de libros infantiles que había en la cómoda. Elegí un título y volví con mi hija.

—¿Cuál? —Se dio la vuelta para mirar la portada del libro.

—Cenicienta.

—¡Sí!

Sonreí ante su excitación.

Estaba a punto de empezar a leer a mi hija cuando oí que llamaban a la puerta.

—¿Quién es? —Jennie giró la cabeza, buscando mi mirada.

—A esta hora no lo sé, mi amor.

—¿No?

—Voy a ver.

Ella asintió.

Era tarde, mis padres ya estaban dormidos, y no tenía idea de quién podría ser. Por un momento pensé en ignorarlo, con la esperanza de que fuera una equivocación.

—¿Hay alguien? —insistió Jennie, curiosa por saber quién podría ser.

—Mamá va a mirar y tú te vas a quedar aquí.

—Sí.

Me levanté de la cama y caminé hacia la puerta de la sala. Cualquiera que fuese, la situación me puso en alerta. Vivir en una zona complicada de Chicago me había enseñado a ser precavida.

Me acerqué a la mirilla y solo pude ver la mano de un hombre que sostenía un ramo de lirios, mis flores favoritas. Me reí al pensar que, después del susto, Donna me estaba haciendo un favor, pero era mal momento para entregar flores. Iba a mandarle un mensaje al respecto más tarde.

Desbloquéé la puerta y la abrí. Estaba preparada para recibir a cualquier repartidor, pero no a aquel par de ojos verdes.

Aparté la mirada, queriendo evadir la forma en que me observaba. Pero mis ojos no tardaron en recorrerlo: los zapatos de cuero, el pantalón de marca y la camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados, revelando parte de su torso tonificado... Ya había sufrido suficiente, pero no podía engañarme. Era John. Lo reconocí en cada detalle.

—Cristal. —Su voz firme me hizo dar un paso a un lado, balanceándome.

Fue un milagro que no me desmayara allí mismo otra vez.

—¡Vete! —Intenté cerrar la puerta en su cara, pero John la detuvo, empujando su cuerpo hacia adelante y entrando en la sala mientras sujetaba mi cintura con ambas manos.

—Te traje los lirios. —Extendió el ramo hacia mí.

—Fuera de aquí. —Le golpeé en el pecho con las flores, rompiendo algunas.

—Cristal, escúchame.

—Ya te escuché suficiente. Incluyendo cada insulto. No necesitas recordármelos.

—Me precipité...

—¿Te refieres a cuando me llamaste puta o cuando te fuiste sin mirar atrás después de tratarme como basura? —Apreté los dientes, sintiendo la furia que se acumulaba en mi pecho—. ¿Sabes qué? Ya no importa. —Ni siquiera le di oportunidad de responder.

Después de todo lo que había pasado, ya había sufrido demasiado. No quería abrir heridas viejas y dejar que mi corazón volviera a sangrar.

—Venía rezando porque siguieras viviendo con tus padres.

—¿Para asegurarte de que no había salido del agujero en el que me dejaste?

—Con la esperanza de que no te hubieras casado con otro.

—Eso no es asunto tuyo. —Le empujé el pecho, intentando que saliera de la sala.

Cada minuto que John seguía allí, más difícil era para mí mantenerme en pie.

—Jason...

—No quiero hablar de ello.

—Cometí un error.

—Ya no importa. —Retrocedí tambaleando, consciente de que no podría echarlo a la fuerza. Solo quería que se fuera.

En el fondo, claro que importaba. No había logrado olvidar el dolor ni lo mucho que me lastimaba pensar en él. Pero revivir todo solo haría las cosas aún más difíciles, especialmente con la enfermedad que tenía que enfrentar.

Me llevé la mano al pecho, sintiendo cómo se tensaba. No sabía si era angustia o signos de mi enfermedad.

—Cristal, ¿estás bien? —John extendió la mano para tocarme el brazo.

—No me toques. —Lo esquivé, empujándolo—. Estaré mejor cuando te hayas ido.

—Solo necesito que me escuches.

—No quiero seguir escuchándote. Si crees que soy una puta, estás en tu derecho, pero no me lo sigas repitiendo a la cara.

—Lamento todo lo que te dije y lo que hice.

—No tienes que venir aquí y disculparte solo porque estoy enferma. Puedo cuidarme sola. Voy a tomar la medicación que me dio Eric y me voy a buscar otro hospital para que me traten, lejos de ti y de toda tu familia.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí, sí tengo que hacerlo. —Parpadeé, sintiendo que mi cabeza comenzaba a dar vueltas.

No podía permitirme desmayarme en ese momento. No ahora.

—¿Mamá? ¿Estás bien? ¿Quién es ese señor? —Escuché la vocecita de Jennie detrás de mí y mi corazón se aceleró aún más.

Fue un mal momento para que apareciera mi hija.



John

Capítulo diecisiete

Tiene una hija... La voz de Eric resonó en mi mente.

Había pensado muy poco en eso, atrapado en la rabia de que mi hermano me hubiera apartado de la mujer que amaba durante cinco años. Y lo admito, llegué aquí muerto de miedo, temiendo que ella ya tuviera a otro hombre en mi lugar. Cinco años eran tiempo suficiente para que Cristal hubiera aceptado la propuesta de alguien más y dejado nuestra historia atrás.

Lo último que quería era que me mirara y dijera que era demasiado tarde para nosotros. Pero esa niña... Esa niña podía significar que el gran amor de mi vida ya pertenecía a otro hombre. Sin embargo, cuando la vi, mi mundo se desmoronó una vez más.

Tenía los ojos verdes, mis ojos verdes... Pelo castaño claro, un poco más oscuro que el mío, pero aún así muy distinto de los rasgos latinos de su mamá...

Caí de rodillas, como si me faltara el aire y las fuerzas. Mi corazón, por más fuerte que fuera, no pudo soportar el impacto. Me sentía feliz y destrozado al mismo tiempo. Era como si mi alma hubiese salido de mí y flotara sobre nosotros.

—Jennie, vuelve a tu habitación —ordenó Cristal.

—¿Quién es, mamá? —Curiosa, me señaló.

—Un extraño. —Cristal fue dura y mi corazón se derrumbó un poco más—. ¿Qué te dijo mamá sobre los extraños?

—Que no debo hablar.

—Entonces ve a tu cuarto.

Respiré hondo, como si hubiera emergido después de horas ahogándome en dolor y arrepentimiento.

—¿Cuántos años tienes, pequeña? —le pregunté, desafiando la autoridad de Cristal con mi mirada.

Curiosa conmigo, la niña parpadeó y levantó una de sus manos, cerrando el pulgar y mostrando cuatro dedos. *Cuatro años...*

Si Cristal se había quedado embarazada en la época en que rompimos, esa era exactamente la edad que debía tener la niña.

—Es mía. —Me levanté, aún desorientado, y di un paso hacia la niña.

—¡Aléjate de mi hija! —Cristal se acercó a la niña y me puso la mano en el pecho.

—¿Por qué no me hablaste de ella?

—¡Quiero que tú y tu familia se mantengan lejos de nosotras! —espetó con los dientes apretados, como una leona lista para atacar.

—¿Estabas embarazada y no me lo dijiste? —Era mi turno de enfadarme.

—Me enteré después de esa noche —dijo con dureza.

—¡Deberías habérmelo dicho! —Levanté la voz—. ¡Es mi hija! Tenía derecho a saberlo.

—También podría ser de Jason.

Sentí como si me hubieran dado una patada en el estómago. Mi hermano no solo me había quitado a la mujer que amaba, sino también la posibilidad de criar a mi hija. La rabia hacia él me consumía por dentro.

—¿Mamá? —La niña se acercó, confusa por mi presencia y sobre todo por lo que había oído.

Yo era un completo desconocido para mi propia hija, y esa verdad me partió el alma.

—Jennie, ve al dormitorio, cariño. —Cristal se volvió para tocar los hombros de la niña y empujarla hacia el pasillo.

—¿Qué está pasando aquí? —El padre de Cristal apareció en el pasillo, probablemente lo habían despertado los gritos.

—¿Tú? —gruñó, apretando los dientes al verme.

—Papá, lleva a Jennie a su habitación —pidió.

—Ese tipo no debería estar aquí.

—Ya se va.

—No me voy a ninguna parte —dije.

Había ido allí para recuperar el tiempo perdido con Cristal, pero descubrí que había mucho

más que su amor por recuperar.

—¡John!

—Vine a hablar contigo y me entero de que tengo una hija. No me voy sin que aclaremos esto.

—¿Ahora quieres hacerte cargo de la niña? —refunfuñó su padre con desprecio, como si mi ausencia hubiera sido una decisión mía.

—Papá, por favor, cuida a Jennie —le pidió Cristal. Luego me agarró del brazo y me arrastró fuera del apartamento. Solo se detuvo cuando llegamos a la entrada, cerca de donde había estacionado mi auto.

Se sentó en uno de los escalones e inclinó la cabeza hacia delante, haciendo que su pelo oscuro y ondulado cayera hacia abajo, cubriéndole la cara.

—¿Te encuentras bien? —Le toqué el hombro, pero se apartó. Cada vez era más evidente que no quería mi contacto y eso me molestaba.

—Claro que no estoy bien. —Levantó la cabeza y el pelo le resbaló por la espalda—. Acabo de descubrir que tengo una afección cardíaca y, para colmo, mi ex ha vuelto del infierno para atormentar mi vida.

—No hables así.

—¿Cómo quieres que hable, John? —Sus ojos se encontraron con los míos y pude ver las lágrimas que dejaba correr por su delgado rostro—. Un día todo es perfecto y al siguiente me despierto en la cama con tu hermano y mi vida se convierte en un infierno. Una semana después descubrí que estaba embarazada, que te habías ido a Afganistán y que no sabía quién era el padre de Jennie.

—Deberías haber buscado a mis padres, para hacer una prueba de ADN.

—¡Quiero alejarme de todos los Vaughns!

—Jennie habría tenido más...

—He cuidado muy bien de mi hija —me interrumpió dura y furiosamente—. No necesito ni el dinero de tu familia ni sus condenados juicios.

Me senté junto a ella y puse una mano sobre su pierna. Apenas lo hice, me soltó una cachetada que me hizo retroceder.

—Déjame en paz —sollozó, su llanto descontrolado haciéndome sentir una rabia insoportable contra mí mismo y contra Jason.

—Jennie es mía.

—No me vengas con eso ahora. —Bufó, echando su cabello hacia atrás y restregándose los ojos, que ya estaban rojos e hinchados.

—Hoy enfrenté a mi hermano. Jason admitió que te drogó y te llevó a su departamento, pero no pasó nada.

—¿Qué...? —Su voz tembló, y por un momento pareció atragantarse con sus propias

palabras.

—Solo te quitó la ropa.

Cristal apretó los labios con tanta fuerza que comenzaron a temblar. Bajó la cabeza, y su llanto se hizo más fuerte.

Había sufrido demasiado. Durante años, la culpé y la odié, creyendo que me había traicionado de la peor manera posible. Pero no era más que una víctima. En lugar de enfrentar la verdad, me aferré a un odio injusto que solo la castigó a ella.

—Lo siento mucho. —Le puse la mano en el hombro—. Lo arreglaremos.

—No hay nada que arreglar. —Se levantó, alejándose de mí.

—Cristal...

—Estoy mejor sin ti y tu familia.

—Sé que estás enfadada...

Se levantó de un salto y corrió de vuelta al apartamento. Fui tras ella, pero la puerta se cerró de golpe frente a mi cara.

Durante cinco años la había odiado y en ese momento estaba enfadado conmigo mismo.

Me apoyé contra la puerta, dejándome caer hasta que mi espalda tocó el suelo. El peso de mi cuerpo hizo que me deslizara hacia abajo, y me quedé sentado allí, sintiendo el frío de la madera a través de la ropa.

Recordé el sabor amargo de mis lágrimas. Las lágrimas que tanto habían brotado tras descubrir la posible traición me inundaban ahora de tristeza y culpa. Había dejado que mi hermano destruyera mi vida hasta ese momento y necesitaba lidiar con el dolor.

Después de culpar tanto a Cristal, ahora necesitaba conseguir que me perdonara y me permitiera volver a su vida y a la de nuestra hija.

Hija...

La cara de Jennie volvió a mi mente y mis lágrimas se hicieron aún más pesadas.

Me fui... y eso me costó los primeros años de mi hija. Su primera sonrisa, sus primeros pasos, sus primeras palabras. La niña me miraba como si fuera un desconocido.

Devastado, sabía que no me quedaba más opción que recoger los pedazos de lo que había roto y luchar por recuperar mi lugar en sus vidas.



Cristal

Capítulo dieciocho

Cerré la puerta del apartamento mientras las lágrimas seguían cayendo como cascadas. Tenía la boca seca y sentía que me estaba deshidratando, pero no podía dejar de llorar y sollozar.

Creía que la marcha de John había puesto fin a nuestra historia de una vez por todas. Sin embargo, no solo se presentó en el hospital, sino también en mi casa. Tocando temas delicados y recordándome lo mucho que había sufrido desde que me desperté en la cama con Jason.

Perdí al hombre que amaba y tuve que criar a mi hija sola, cargando con la incertidumbre de quién era su verdadero padre. Aunque siempre sentí que John estaba presente en Jennie, esa noche oscura seguía alimentando mis dudas. Tal vez debí presentar a mi hija a los Vaughn, o al menos a Jaqueline, que siempre había sido amable conmigo. Pero no quería exponerme a más humillaciones. Si un test de ADN revelaba que Jennie era hija de Jason y no de John, mi vida se volvería todavía peor.

Puede que no tomara las mejores decisiones, pero siempre pensé en lo mejor para Jennie y para mí. Incluso como madre soltera, hice todo lo que pude para darle una vida feliz.

—¿Hija?

Moví la cabeza al oír la voz de mi madre y me di cuenta de que estaba de pie en el centro de la sala.

—¿También te despertaste?

—Tu padre me avisó.

—No era necesario —dije con una sonrisa incómoda—. Solo quería que él cuidara de Jennie por mí.

—La niña está acostada en la cama, pero no se ha dormido. Dice que te está esperando para que le cuentes un cuento.

—Ya voy. —Me froté los ojos, que ardían por tanto llorar—. Solo quiero tranquilizarme un poco. No quiero que me vea así.

—¿Qué quería ese hombre aquí? —preguntó mi madre. No supe qué responder, y simplemente me eché a llorar otra vez.

—Oh, mi amor... —Me rodeó con el brazo y me atrajo hacia ella, acunándome contra su cuerpo—. Ese hombre ya te ha hecho mucho daño.

—Pensé que se había ido para siempre.

—Todo irá bien.

—No sé, cuando miró a Jennie... —Me estremecí ante la posibilidad de que intentara quitarme a mi hija—. Ella es todo lo que me importa, mamá.

—No pasará nada.

—Si me quitaba a Jennie, me destruiría.

En el fondo, quizá ese había sido siempre mi mayor temor cuando descubrí que estaba embarazada. Ya me habían quitado la cordura, la dignidad, no podían arrancarme a mi bebé.

—Cálmate. —Me miró mi madre con severidad, haciéndome tragar las lágrimas—. Tu hija te necesita.

—Lo sé, lo sé.

—Ve y quédate con ella.

Me levanté del sofá, recomponiéndome lo mejor que pude antes de ir al dormitorio donde dormía con mi hija. Mi padre estaba en la puerta y me abrió paso cuando me vio acercarme.

—¿Te encuentras bien? —Me puso la mano en el hombro.

—Voy a estarlo —respondí con una sonrisa nerviosa.

A pesar de que la situación estaba lejos de resolverse, mis padres me dieron espacio para recuperarme de otra caída. La enfermedad no era lo único que castigaba mi corazón.

—¿Mami?

Sentí que un aire de esperanza me envolvía cuando oí su vocecita.

—Hola, mi angelito. —Me senté en el borde de la cama.

—¿Estabas llorando?

—No. —Negué con la cabeza y me froté los ojos otra vez—. Fue solo un polvito travieso.

—Polvito malo.

—Así es. —Sonreí mientras sujetaba una de sus manitas entre las mías.

—¿Mami?

—¿Qué pasa?

—¿Quién es ese hombre?

—¿El de la sala?

Asintió con los ojos verdes muy abiertos.

Me puso entre la espada y la pared con su pregunta. No era la primera vez que me pedía explicaciones sobre John, pero hasta ahora había evitado la verdad. Podía mentirle una vez más o seguir ocultándole las cosas, como había hecho durante todos esos años. Sin embargo, ya no sabía hasta dónde podían llegar las consecuencias de seguir tapando la verdad.

Las mentiras ya habían hecho suficiente daño en mi vida. No quería que arruinaran también la suya.

—Él es tu papá. —Decidí ser sincera, aun sin estar segura de poder manejar todo lo que esa verdad podría traer consigo.



John

Capítulo diecinueve

Regresé a casa después de pasar varias horas frente al apartamento donde vive Cristal. Sabía que, además del riesgo de que algún vecino llamara a la policía, tampoco tenía ninguna garantía de que ella fuera a abrir la puerta y dejarme entrar. Cristal estaba furiosa, y ya no tenía derecho a culparla por eso, aunque no podía quedarme de brazos cruzados sin hacer nada.

Al llegar a casa no logré dormir. Me la pasé dando vueltas en la cama toda la noche. Por suerte, ningún miembro de mi familia apareció, porque estaba tan enojado que hubiera terminado culpándolos a todos. Me senté en la orilla de la cama y saqué el celular de la mesita de noche.

John:

Necesito recuperar a mi mujer y a mi hija.

Eric:

¿De qué hablas?

John:

Jennie se parece mucho a mí, tiene cuatro años.

Eric:

¿Seguro?

John:

Solo tuve que mirarla. Además, el maldito de Jason no se acostó con ella.

Eric:

¿Entonces ella quedó embarazada y no te lo contó?

John:

Me fui a Afganistán justo cuando lo descubrió y ella pensaba que podía ser de Jason.

Eric:

¡Qué mierda, hermano! Lo siento. ¿Pudieron arreglar las cosas?

John:

No, me odia.

Eric:

Sé que no es lo que quieres oír, pero tiene sus razones.

John:

Sí, Cristal fue víctima del sadismo de Jason.

Eric:

Tuviste tu parte de culpa.

John:

Gracias por el apoyo, mejor amigo.

Eric:

Te lo dije desde el principio, ¿no?

John:

Sí, tienes razón. La cagué. Nunca pensé que Jason fuera tan cabrón, pero ahora necesito arreglar esto.

Eric:

Es el primer paso.

John:

Tienes que ver a mi hija.

Eric:

¿La viste una vez y ya te sientes el papá del año?

John:

No, idiota, lo digo porque es igualita a mí, pero también tiene la chispa y el encanto de Cristal.

Eric:

Muero por conocerla.

John:

Estoy seguro de que te va a encantar.

Eric:

Pásate por el hospital. Vamos a pensar en algo. Aunque siempre te metas en líos, sigo siendo tu mejor amigo.

John:

Qué gracioso.

Eric:

Hasta luego.

Guardé el celular, me levanté y fui al baño para lavarme la cara y cepillarme los dientes antes de prepararme para el trabajo. Todavía estaba adaptándome a los procesos burocráticos del hospital. Al menos mi padre ya había sido dado de alta y podía dedicar su tiempo a jugar golf o viajar con mi madre.

Al salir del cuarto, me encontré con mi hermana que también salía del suyo.

—¡John! —Sonrió mientras se acomodaba el cabello detrás de la oreja.

—Jaque.

Ver su cara era lo único que me aliviaba un poco esa mañana. Solo pensar en Jason hacía que se me revolviera el estómago y me daban ganas de matarlo. Pero sabía que, si lo hacía, terminaría en la cárcel y perdería cualquier oportunidad de regresar a la vida de Cristal y mi hija.

—¿Estás bien?

—Digamos que sí.

—Qué bueno tenerte de vuelta. Te extrañé mucho.

—Yo también te extrañé, hermanita. —La atraje hacia mí y nos quedamos abrazados un momento.

—Oye, ¿me llevas en tu coche? El mío está en el taller.

—Por supuesto. Será un placer tenerte como compañía.

—Perfecto. —Se apartó con una sonrisa—. Así no tengo que pedirle al chofer de mamá que me lleve.

—De acuerdo.

—¿Bajamos a desayunar y salimos?

—Te esperaré en el coche, ¿ok?

—¿Estás seguro de que todo está bien, John?

—Sí, claro —mentí descaradamente, aunque sabía que tarde o temprano ella intentaría sacarme la verdad.

—Ok, ya voy.

Asentí y ambos terminamos de bajar. Ella fue al comedor y yo me dirigí a la cochera.

Por más que deseara que mi hermano menor no estuviera cerca, no quería escuchar nada que lo mencionara porque temía perder el control. Era difícil imaginar a nuestra familia unida después de que Jason arruinara mi vida.

Entré al auto y encendí la radio. Estaban hablando de un concierto de rock que se haría en el Millennium Park. A Cristal le encantaba ir allá. En verano siempre se llenaba de turistas, pero a ella no le molestaban las multitudes. A diferencia de mí, disfrutaba esos momentos de manera genuina, haciendo que yo también me divirtiera como nunca lo había hecho antes de conocerla.

El ritmo de la música era fuerte y Cristal agitaba los brazos y las piernas a mi lado, saltando y vibrando, con una hermosa sonrisa que me contagió.

—¡Baila conmigo!

—Estoy bailando. —Me giré hacia ella y rodeé su cintura, pegándola contra mi cuerpo.

—John...

—Me encanta sentirte así, tan cerca.

Cristal suspiró, visiblemente avergonzada, y escondió la cara en mi pecho, pero no se apartó. Su cuerpo se frotaba contra el mío, y el roce de su piel me encendía aún más. Mis manos recorrieron sus curvas, bajando hasta su culo para agarrarlo con fuerza.

—¡John!

—¿Vas a decir que no te gusta? —Le mordisqueé la oreja, haciendo que se estremeciera.

—Nos van a ver.

—No me importa.

—Ya veremos si sigues diciendo lo mismo cuando alguien nos saque una foto y la suba a internet. El heredero Vaughn...

La silencé con mis labios e hice que Cristal dejara de preocuparse. Solo quería disfrutar del momento con ella.

Sin pensarlo mucho, la tomé de la cintura y la llevé conmigo. Caminamos hasta encontrar una camioneta estacionada en un rincón oscuro, lejos del ruido del concierto. La empujé suavemente contra la pared del vehículo y la besé con intensidad, enredando mis dedos en su cabello. Cristal soltó un leve gemido cuando mordí su labio inferior y deslicé mi lengua en su boca en un beso salvaje.

Mis manos recorrieron su cuerpo con hambre, levantando su vestido hasta tocar su piel directamente. Su cuerpo reaccionó, moviéndose instintivamente contra el mío.

—John... —gimió mi nombre mientras mi boca se deslizaba por su cuello, bajando por la

línea hasta que mordisqueé su hombro. Mientras mis manos viajaban más abajo por su vestido, llegué a su zona íntima—. John... —La hice callar besándola de nuevo con mi lengua.

La apreté contra la superficie metálica y le aparté la tanga. Sus protestas fueron acalladas por el deseo mientras la agarraba y tiraba de ella hacia un lado antes de acercar mi mano a su vulva. Lo toqué directamente. Bordeé su raja con el dedo y el hecho de que estuviera húmeda delató su rendición.

Rodeé mi cintura con una de sus piernas mientras me abría los pantalones. Saqué la verga y moví mi cuerpo hacia el suyo, penetrándola de un solo empujón.

Escondió la cara en el pliegue de mi cuello, avergonzada de que estuviéramos echándonos un polvo en público, pero no me apartó ni permitió que dejara de moverme.

Todavía alimentado por los recuerdos, me llevé la mano a los pantalones, pero antes de que pudiera tocarme o hacer algo, Jaqueline abrió la puerta del coche y se sentó a mi lado.

—Te traje un panqueque y fruta. Sé que no eres fan del desayuno, pero no puedes pasar todo el día sin comer.

—Gracias. —Acepté la comida y me concentré en ella, antes de arrancar el coche para ir al hospital.

Ya estábamos en la calle cuando me detuve en un semáforo y volví a mirar a mi hermana.

—Estoy buscando un apartamento para mí.

—¿Todavía es por lo de Jason? Sé que están peleados, pero...

—Me tendió una trampa para separarme de Cristal, y no solo me costó mi relación con ella, sino años de convivencia con mi hija.

—¿Hija? —Jaqueline casi saltó de su asiento.

—Sí.

—¿Desde cuándo tienes una hija? No sabía nada de eso.

—Cristal decidió no contárselo a nadie.

—John, lo siento mucho. —Mi hermana me acarició el hombro y soltó un suspiro agudo, como si de verdad lamentara lo que me había pasado.

Asentí, concentrándome de nuevo en la calle.

—Jason tiene sus problemas.

—Que se guarde sus problemas para él —gruñí.

—Mamá se pregunta en qué falló, pero no creo que sea culpa suya ni de ninguno de nosotros. Solo espero que tú y Cristal puedan arreglar las cosas.

—Yo también.

Lo que más deseaba era tener con Cristal la familia que debería haberse formado hace cinco años.



Cristal

Capítulo veinte

—¿Mamá? —Jennie me tomó de la mano cuando la dejé en la entrada del colegio, haciéndome mirarla de nuevo.

—Dime, amor.

—¡Ven aquí! —Hizo un gesto con la mano, pidiéndome que me acercara.

Me arrodillé frente a ella y sostuve sus manitas entre las mías.

—¿Cuándo volveré a ver a papá?

Tragué en seco. Sabía que mi hija era muy lista, pero no estaba preparada para preguntas así. Desde que John había reaparecido, las preguntas sobre él se habían vuelto más insistentes. Antes ya era difícil; en la escuela, al ver a sus compañeros con sus papás, Jennie también quería al suyo. Pero la realidad era más complicada.

—Mi amor, tu papá estuvo lejos mucho tiempo. Las cosas van a tardar un poco en arreglarse.

—Pero quiero verlo.

—¿Puedes darle a mamá un poco más de tiempo?

—Sí, puedo.

—Genial. —Me incliné para besarle la frente—. Que tengas un buen día en la escuela.

—Gracias. —Se alejó corriendo hacia la maestra, que la esperaba en la entrada del salón.

Me levanté y volví al coche donde Donna me esperaba para ir a trabajar.

—Gracias por levantarte temprano y recogernos.

—Las amigas estamos para eso. —Giró la llave y encendió el motor mientras yo me acomodaba y me abrochaba el cinturón—. ¿Cómo amaneciste hoy?

—Mal.

—Cristal, creo que será mejor que vayamos a un hospital. A lo mejor necesitas tomarte unos días de descanso.

—No se trata solo de la enfermedad.

—¿De qué estás hablando? —Apretó con más fuerza el volante y frunció el ceño, sorprendida por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—John se presentó ayer en casa.

—¡No me jodas! ¿Vio a Jennie?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—¿Puedes creer que llegó con un ramo de lirios?

—¿De verdad pensó que unas flores arreglaban todas las cagadas que hizo? Debería haberte llevado un jardín entero. —Se rió con sarcasmo.

—Solo quiero que se mantenga lejos —confesé, cruzando los brazos mientras un dolor punzante se instalaba en mi pecho.

—¿Y cómo fue con Jennie? ¿Sabe que es su hija?

—Está seguro.

—¿Cómo lo sabe? —Donna frenó de golpe, haciéndonos sacudir dentro del auto. Un claxon sonó detrás, pero siguió conduciendo sin inmutarse.

—Ten cuidado —refunfuñé.

—Me asustaste. ¿Cómo puede estar seguro si hasta tú crees que puede ser de Jason?

—John me dijo que su hermano me drogó, pero no tuvo sexo conmigo.

—¿Y recién se entera de eso?

—Supongo que sí. —Pasé la mano nerviosamente por el cinturón.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ya tengo suficientes problemas. No quiero a su familia de vuelta.

—¿No quieres que vuelva? —señaló Donna, obligándome a responder a esa pregunta.

—No.

—¿Segura?

—Por supuesto que sí.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros, como quien se desentiende del asunto.

Giré la cabeza hacia la ventana, observando los autos que pasaban. Ya había reconstruido mi vida después de que John me dejó. No quería volver atrás, y la verdad, temía acabar peor de lo que ya estuve.



John

Capítulo veintiuno

Grace entró en la oficina y se acercó a mi escritorio, dejando algunas carpetas frente a mí.

—Estos son los documentos que necesita firmar antes del final de la tarde. El más importante es sobre la reforma del área pediátrica. Hace falta pintar y cambiar algunas tuberías.

—De acuerdo. —Acerqué las carpetas y empecé a analizar los documentos.

—Pensaba programar un almuerzo con uno de los accionistas del hospital...

—¿Algún tema en particular? —Ni siquiera la dejé terminar la frase.

—Una posible donación para la sección de oncología.

—¿Así que debo adular al hombre?

—Un poco.

—¿Va a ser hoy? —Tomé un bolígrafo y empecé a firmar las páginas de la reforma.

—No, me acaban de informar que llegará un corazón para trasplante. Ya avisaron al receptor, y la administradora del quirófano quiere que usted se encargue. Dice que sería una buena oportunidad para que los residentes aprendan.

—Me prepararé.

—¡Estupendo!

La idea de hacer un trasplante me emocionó. Ya había realizado varias cirugías de este tipo, pero mi tiempo en Afganistán me había alejado de la rutina hospitalaria y me había lanzado de lleno a la adrenalina del campo de batalla. Sin embargo, incluso aquí, en Chicago, me enfrentaba a la vida y la muerte, y los pacientes dependían de mi habilidad para tener una oportunidad.

Grace asintió y salió del despacho, dejándome para firmar los papeles. Tras leerlos y comprobar que todo estaba correcto, me giré hacia el ordenador. La curiosidad me hizo abrir un antiguo perfil en las redes sociales. Cristal no lo había actualizado desde nuestra separación, las fotos que habíamos tomado seguían ahí.

Sonreí al encontrar una en la que habíamos ido a una cafetería. Ella había manchado la punta de mi nariz con ketchup y sacó una foto, riéndose como si yo fuera un payaso. Habían sido momentos felices, y lo que más deseaba era recuperarlos.

Además de recuperar a mi hija...

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por un golpeteo en la puerta. Al poco tiempo, mi hermano entró.

—¡James!

—Vi tu nombre en la lista del quirófano. Hoy tienes un trasplante.

—Eso parece.

—Los residentes están peleándose por ver quién te ayuda.

—No necesito mucha ayuda.

—Lo sé. Supongo que la guerra te convirtió en un cirujano todavía mejor.

—Hice lo que pude con lo que tenía.

—Modesto también. —James se rió mientras retiraba la silla que tenía delante y se acomodaba en ella.

—¿Adónde quieres llegar? —Crucé los brazos e incliné el cuerpo sobre la mesa.

—Mamá está preocupada. Has vuelto, pero sigues huyendo.

—Debería estar más preocupada por ese delincuente al que llama hijo. —Resoplé.

—Hermano, supéralo. Es solo una mujer.

Golpeé la mesa con ambas manos, haciendo que James se sobresaltara.

—Ayer descubrí que Jason la había drogado, la había desnudado y me había hecho creer que habían tenido relaciones sexuales.

—¡Qué mierda! Se pasó de la raya.

—¿Pasarse de la raya? —Apreté los dientes.

—Eres un Vaughn, puedes tener la mujer que quieras.

—La única mujer que quiero es Cristal, y ahora me odia por todo lo que pasó.

—Por eso yo no me meto con nadie. —Sonrió con autosuficiencia—. El trabajo es mucho

más satisfactorio.

—Seguro que sí. —No quería seguir discutiendo.

James se levantó y me dio una palmada en el hombro.

—Buena suerte con la operación, avísame si necesitas algo.

—Gracias.

James salió de mi oficina, dejándome nuevamente a solas. Más tarde hablaría con Eric, pero por ahora necesitaba enfocarme en la operación y en la vida que estaría bajo mi responsabilidad.



Cristal

Capítulo veintidós

—Sabes que Jennie va a seguir preguntando por él, ¿no?

—Lo sé. —Me incliné sobre el mostrador cuando la recepción del edificio estaba vacía—. ¿Preferirías que le mintiera a mi hija?

—Eso no es lo que he dicho.

—Es tan complicado. —Vuelvo a ponerme la mano en el pecho.

—¿Te duele? —Mi mejor amiga se acercó.

—El cansancio es lo peor.

—¿Y las medicinas que te dio Eric?

—Las estoy tomando, pero tardarán un poco en hacer efecto.

—Puede ser. Deberías ir a otro hospital y pedir una segunda opinión.

—Creo que lo haré. De todos modos, no quiero continuar mi tratamiento allí.

—Lo entiendo, amiga. Seguro que Eric también lo entenderá y te recomendará un buen cardiólogo en otro hospital.

—Eso espero. —Me crucé de brazos sobre el mostrador, pero pronto corregí mi postura al ver que un grupo entraba en recepción y se dirigía hacia nosotras.

Mientras los atendíamos, nuestra conversación llegó a su fin.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza, pero no podía perder de vista lo más importante: mi salud. No era solo por mí, sino porque tenía que estar bien para cuidar de Jennie. No podía permitir que el regreso de su padre complicara aún más las cosas.

Aun así, por más que quisiera evitarlo, no podía dejar de pensar en el hecho de que John estaba de vuelta y a menos de un kilómetro de mi trabajo. Aunque me sentía humillada y rechazada por la manera en que me había tratado, mentiría si dijera que no había pensado en él durante todo ese tiempo.

A pesar de no recordar bien lo que ocurrió aquella noche, siempre tuve la certeza de que Jennie era hija de John, incluso cuando existía la posibilidad de que fuera de Jason. Lo que John me había confesado sobre la trampa de su hermano menor no hizo más que confirmar lo que mi corazón ya sabía.

Llegué a casa de la farmacia y tiré la bolsa con la prueba de embarazo sobre la cama. Por mucho que los síntomas y el retraso de mi menstruación me hicieran estar casi segura, me preocupaba el resultado.

Me senté en la cama, me froté las manos y me las pasé por el pelo, echándomelo hacia atrás mientras respiraba hondo. El nerviosismo estaba descontrolando mi ritmo cardíaco, pero no podía seguir escapando. Necesitaba enfrentar la verdad.

John era el único hombre con el que me había involucrado. No solo le había entregado mi cuerpo, sino también mi corazón y mi principal fuente de alegría. Era el amor de mi vida, pero se había convertido en una causa perdida.

Quería recuperar mi corazón, las promesas y el futuro que habíamos construido juntos. Él había dudado de mí y nuestra luz se había apagado.

Después de que me encontrara en el departamento de su hermano y se marchara como lo hizo, aún tuve el descaro de buscarlo en el hospital, pero solo encontré a Eric, quien me dijo que John se había ido a Afganistán.

Se fue, llevándose consigo mi esperanza y dejándome vivir con la pena de que aquella realidad se hubiera acabado tan rápido como se había construido.

Tomé la prueba de embarazo y la giré entre mis dedos. Tenía que aceptar que ese podía ser el único futuro que quedaba de mi relación con John.

Fui al baño y seguí todos los procedimientos hasta que saqué la tira reactiva y confirmé lo que ya sospechaba: iba a tener un bebé. Podría haber sido increíble enterarme de que estaba embarazada hacía un mes, pero en ese momento me hizo doler la realidad de que tendría que criar a ese niño sola.

—¡Cristal! —La voz de Donna me sacó de mis pensamientos.

—¿Hola? —Parpadeé, moviendo la cabeza en su dirección, algo desconcertada.

—El documento.

—¿Eh?

Me di la vuelta torpemente y me di cuenta de que había un tipo delante de mí mostrando su documento para que lo registrara y le permitiera entrar en el edificio.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Me dedicó una sonrisa amable—. ¿Has tenido un día duro?

—Un poco.

—Tienes mi número si necesitas algo.

—¿Eh? —Me sorprendí al notar que, junto con el documento, me había entregado una tarjeta—. Está bien. —Avergonzada, me apuré a darle su credencial de visitante—. Puedes pasar. —Le indiqué el torniquete.

—Gracias. —Me guiñó un ojo antes de dirigirse al ascensor.

En cuanto se perdió de vista, Donna se acercó y empezó a empujarme con el codo.

—¡Vaya! ¡Qué guapo! Siempre te echan el ojo.

—No exageres. —Me pasé la mano por el cabello, echándolo hacia atrás, aunque mi vista acabó clavándose en la tarjeta que había dejado frente a mí.

El tipo se llamaba Benjamin Turner y era abogado corporativo. Sin embargo, yo seguía tan distraída pensando en John, en nuestra hija y en lo difícil que había sido todo ese tiempo sin él, que apenas le había prestado atención al otro hombre.

—Podría ser una oportunidad.

—¿Oportunidad para qué? —Torcí los labios.

—De que dejes atrás a John de una vez por todas.

—Tengo otro problema con el corazón que ahora es prioritario. —Me encogí de hombros, abrí un cajón y metí la tarjeta del abogado.

—Mira, no quería decir nada, pero sabes que estoy de acuerdo con la idea de que los problemas físicos siempre tienen una causa psicosomática.

—¿Vas a decir que no necesito un cardiólogo sino un terapeuta?

—No, solo digo que tu corazón ha sufrido mucho desde que tú y John terminaron así. Piensas que no necesitas cuidar tus sentimientos, pero ellos te están enfermando.

—De acuerdo.

—Hablo en serio, Cristal. Nunca has conseguido poner fin a esta historia.

—John lo hizo por los dos cuando se fue.

—No parece que lo hayas aceptado.

—Donna...

—Amiga, es serio. —Extendió la mano para tocarme el hombro, haciéndome mirarla—. Tienes que cuidar tu corazón en ambos sentidos.

—No hay problema.

Donna me dedicó una sonrisa incómoda y dejó que el tema se apagara cuando otra persona se acercó al mostrador.



John

Capítulo veintitrés

Terminé de suturar el corazón y revisé los signos vitales en los monitores. Todo había salido bien, y ese hombre tendría una nueva vida gracias al corazón de otra persona.

—Puedes cerrar —le dije al residente que estaba a mi lado ayudándome con la operación.

Asintió y se dispuso a coser el tórax del paciente. Lo seguí de cerca, comprobando que daba los puntos como debía y, cuando terminó, salí del quirófano y me acerqué al lavabo. Me quité los guantes, que tiré a una papelería que había en un rincón, y me lavé las manos.

Habían pasado horas desde que había iniciado el procedimiento, pero todo había ido bien.

En cuanto salí al pasillo, vi a Eric dando palmas y sonriéndome con picardía.

—¿No deberías estar atendiendo pacientes?

—Organicé mi agenda para asistir a tu operación. No solo los residentes estaban ansiosos por ver el trasplante.

—¿Te ha gustado el espectáculo?

—Es bueno tenerte de vuelta, amigo. —Me abrazó—. ¿No es mejor esto que Afganistán?

—En algunas cosas.

—¿Cuál es tu compromiso ahora?

—Burocracia en el despacho del presidente. —Torcí los labios.

—¿Qué tal si lo dejas para después y vamos a la cafetería? Estoy muerto de hambre, y después de cinco horas en esa sala, supongo que tú también.

—¿Todavía hacen esos pastelitos rellenos de chocolate?

—Ah, sí. —Se rió, tirando de mí hacia el pasillo.

Al llegar a la cafetería, varios médicos y enfermeras se giraron hacia nosotros. Aunque Jaqueline solía ser sociable y frecuentaba ese lugar, la presencia de un Vaughn seguía llamando la atención, especialmente después de haber pasado tanto tiempo lejos del hospital y ahora haber regresado para asumir la presidencia.

—¿Has intentado hablar con ella hoy? —Eric me hizo centrar mi atención en él y olvidarme de los demás.

Negué con la cabeza mientras me acercaba a una de las neveras para sacar una botella de jugo de naranja y un sándwich natural. Eric me siguió y tomó lo mismo.

—No. Ayer fue complicado, ella estaba destrozada.

Elegimos una mesa y nos acomodamos.

—Y con razón.

—Eric...

—Me da pena por ella.

—¿Pena? —Las palabras de mi mejor amigo me parecieron extrañas.

—Cayó en las trampas de tu hermano y terminó criando sola a una hija.

—Lamento todo lo que le pasó. No quería que Cristal hubiera sufrido así.

—Deberías haberlo pensado antes de irte.

—¡Oye!

—Siempre te dije lo que pensaba sobre mudarte a Afganistán.

—Necesitaba un descanso de todo.

—Tu hermano es un hijo de puta, pero tú también tienes parte de culpa. Habrías conocido a tu hija antes si no te hubieras ido.

—¿Vas a culparme?

—Solo te digo la verdad. Cristal vino al hospital después de que te mudaras, habló conmigo y dijo que necesitaba hablar contigo.

—¿Te dijo que estaba embarazada?

—No, imagino que era algo de lo que quería hablarte.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¡Sí lo hice! —Eric golpeó la mesa con ambas manos y se inclinó hacia mí—. Tú fuiste quien me cortó, dijiste que no querías saber nada de ella, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. —Me vi obligado a admitirlo, sintiéndome cada vez más culpable por lo

que había pasado entre nosotros—. Solo quería dejar de pensar en ella.

—Siempre la amaste.

—La amé. Todavía la amo... —No había nada de lo que estuviera más seguro—. Solo quiero que me perdone.

—Espero que pueda hacerlo.

—Si Jason...

—Olvídate de la mierda de tu hermano. Lo que él hizo, Cristal lo va a entender. Tú también tienes que hacerte cargo de tus cagadas y enmendar todo lo que hiciste mal.

—¿Desde cuándo eres consejero del amor? —Me burlé de él.

—Ashley me obliga a ver películas románticas con ella —dijo entre risas al pensar en su esposa—. Supongo que algo se me pega. Y hablando de tus metidas de pata... —continuó—. Aún no te perdono por no venir ni para ser mi padrino de bodas.

—No estaba siendo un buen amigo en ese momento.

—De eso no me queda duda.

Le dio un mordisco al sándwich antes de volver a hablar.

—¿Qué piensas hacer?

—No la quiero presionar.

—¿En serio? —Eric se echó a reír.

—Está lo de su arritmia... y mi culpa. Además, ya me odia lo suficiente por todo lo que pasó.

—Bueno, al menos eso lo puedes arreglar.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño.

—A veces olvido que estoy ante el mejor cirujano cardiorácico del país.

—¿Está sugiriendo que la opere? —Alcé las cejas.

—Los medicamentos solo van a ser un alivio temporal. Tendría que tomarlos de por vida, pero con una ablación...

—Apenas quiere verme, mucho menos dejar que yo la opere.

—Me parece bien. —Eric se encogió de hombros—. Un tema cada vez.

—¿Está tomando su medicación? —Empecé a preocuparme de nuevo cuando el giro de la conversación me recordó que Cristal estaba enferma.

—Imagino que sí.

—¿Sigue trabajando en el mismo edificio?

—No lo sé. No es amiga mía íntima. Y mi relación con Donna no duró mucho.

—¿Pero siguen siendo amigos con Donna?

—Amigos es una palabra muy fuerte. —Le dio un mordisco a su sándwich.

—¿Tienes su número?

—A menos que lo haya cambiado.

—¿Me lo pasas?

Eric asintió y sacó su celular del bolsillo. Lo desbloqueó y me mostró un número que, supuestamente, seguía siendo el de la mejor amiga de Cristal. Lo anoté en mi teléfono y marqué.

Después de dejar Chicago, lo había abandonado todo: mi celular, mis cuentas, todo lo que pudiera conectarme con esa vida que trataba de olvidar. Pero si quería recuperar lo que había perdido, debía actuar.

—¿Quién es? —respondió una voz femenina.

—¿Donna?

—¿Por qué me llamas? —Cuando su tono cambió, me di cuenta de que me había reconocido.

—Solo quería saber si Cristal y tú siguen trabajando en el mismo sitio.

—Será mejor que no sigas insistiendo con tu servicio de ventas o demandaré a esta empresa de telemarketing —dijo en tono áspero y me colgó.

Debería haberme enfadado, pero su comportamiento me indicaba que Cristal estaba cerca, no había otra razón para que fingiera estar hablando con otra persona.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eric con curiosidad.

—Cristal todavía trabaja allí.

—¿Te lo dijo Donna?

—Cambió de tema en cuanto pregunté.

—¿Intentarás hablar con ella?

—Sí.

—Necesitas un enorme ramo de flores para disculparte.

—No funcionó la última vez.

—Entonces, compra uno todavía más grande.

Moví la cabeza negativamente y mi mejor amigo sonrió.

Cristal y yo teníamos una hija, ella todavía vivía con sus padres y no parecía estar involucrada con nadie más, lo que me hizo creer que todavía tenía una oportunidad de recuperarla.

Podríamos ser la familia que debimos formar hace cinco años.



Cristal

Capítulo veinticuatro

Me pareció extraño cómo Donna hablaba por teléfono. Me acerqué y esperé a que colgara.

—¿Quién era?

—Una de esas empresas ofreciendo seguros. Ya sabes lo insoportables que son.

—Te noté rara. —No sonaba del todo convencida, pero tampoco tenía motivos para desconfiar de mi mejor amiga.

—Solo me dejaron de mal humor.

—Sí, siempre son molestos.

—¿Viste? —Rió, guardando su celular en la bolsa.

—Creo que puedo conducir mi coche a casa, no tienes que preocuparte por llevarme. Ya has hecho mucho por mí.

—Cristal...

—Me pondré bien. Ya he empezado con la medicación que me dio Eric y me siento mucho mejor.

—Me preocupas.

—Lo sé, pero pronto estaré al cien por cien.

—Eso es todo lo que espero. —Me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

Las horas hasta el final de nuestro turno pasaron rápidamente. Pronto llegaron los recepcionistas de la tarde y empecé a guardar mis cosas en el bolso.

—¿Estás segura de que quieres ir sola? —volvió a preguntar preocupada.

—Estoy bien. —Me colgué el bolso al hombro y salí de detrás del mostrador.

—¡Buenas noches! —Saludé a nuestros sustitutos y me devolvieron el saludo.

Di dos pasos hacia las escaleras que bajaban al garaje, pero antes de pisar el primer escalón, oí una voz firme y gruesa detrás de mí.

—Eric me dijo que trajera un ramo más grande esta vez.

—John... —Cerré los ojos sin girarme, pero eso solo empeoró las cosas, porque su voz hizo que todo mi cuerpo reaccionara.

—Cristal, sé que no quieres, pero tenemos que hablar.

Seguí dándole la espalda, hasta que sentí su mano en mi hombro. Era el mismo toque firme que recordaba, y eso me hizo girar para enfrentarlo.

Sus ojos verdes me hacían temblar el pecho y su fina boca me hacía salivar. Parecía difícil luchar contra el impulso de lanzarme a sus brazos.

—Son para ti. —Me entregó un ramo que era unas cinco veces más grande que el que yo había destrozado al golpearlo.

—Acéptalo —me susurró Donna, empujándome a cometer la locura.

—John... —Tomé aire delante de él para decir lo que necesitaba.

—Aquí estoy —murmuró, sin dejar de mirarme, esperando pacientemente a que hablara.

—Vete.

—No me voy a ir.

—Ya lo has hecho antes. Puedes volver a hacerlo.

—No sabes cuánto me arrepiento.

—No, no lo sé. —Me giré de nuevo, decidida a irme, pero él atrapó mi muñeca, obligándome a mirarlo otra vez.

Su tacto despertó una corriente eléctrica que partió de la zona donde me tocaba y llenó todo mi cuerpo. Me di cuenta de que sus pupilas se dilataban mientras se me secaba la boca y se me hacía áspera la garganta.

—Fue culpa mía... —susurró, atrayendo mi atención—. Dejé que mi miedo a perderte me hiciera perderte de verdad.

—No tienes que justificarte. —Intenté liberar mi brazo, pero no me dejó.

—No quiero seguir viviendo así.

—Estoy seguro de que encontrarás la manera de vivir bien.

—Es difícil pasar una noche sin ti y ya no quiero.

—John...

Intentaba mantenerme fuerte, pero él estaba tocando mi punto débil y deteriorando las barreras que tanto me había costado construir en los últimos cinco años.

—Suéltame. —Tiré con fuerza de mi brazo, dejando caer el ramo al suelo.

Bajé corriendo las escaleras lo más rápido que pude y salí hacia mi coche. Estaba completamente sin aliento cuando apoyé la espalda en la carrocería. La enfermedad me había quitado la energía y ya no tenía el mismo aliento que antes.

—¡Cristal!

Lo vi aparecer en mi campo de visión, y destrabé el coche, esperando tener tiempo de escapar antes de que me alcanzara. Abrí la puerta del conductor y me senté, pero, antes de que pudiera cerrarla, John la abrió de golpe y me jaló por la muñeca, presionándome contra la carrocería del vehículo.

—Vete... —murmuré entre labios temblorosos.

—Fue culpa mía —repitió—. No quise entenderlo, te traté como no debía...

—Ya no tienes que preocuparte.

Me costaba respirar y no sabía si era por mi enfermedad o porque él apretaba su cuerpo contra el mío.

—Sí, tengo que preocuparme —insistió. Subió mi mano hasta mi rostro, atrapándome con esos ojos verdes de los que tanto quería escapar—. Tengo que explicarte. Fui un cobarde... debí quedarme y pelear la única batalla que de verdad importaba.

—Esa guerra ya no existe.

—Pues sí. —Con la otra mano, tomó una de las mías y se la puso en el pecho—. Eres el amor de mi vida y no quiero tener que vivir más sin ti.

Me quedé en silencio, sintiendo cómo su corazón latía a toda velocidad bajo su camisa mientras nos mirábamos fijamente.

Durante todo este tiempo, había soñado con tenerlo frente a mí, diciéndome que me amaba y que todo volvería a ser como antes... Pero en ese momento sentí miedo. Ya había sufrido demasiado para arriesgarme de nuevo.

—Tengo que recoger a mi hija. —Traté de esquivar.

—Nuestra hija —me corrigió.

—¡Como quieras! Tengo que irme.

—¡Detente! —La mano que sostenía la mía en su pecho se movió para sostenerme el rostro entre las dos palmas.

—John... —No tuve tiempo de protestar porque tomó mis labios entre los suyos en un beso lleno de los sentimientos de los últimos cinco años.

Fue real, tan distinto a las memorias que me habían alimentado durante su ausencia. Cuando nuestras lenguas se encontraron, toda mi resistencia se desmoronó. Mi mano subió de su pecho hacia su cuello, y mi cuerpo siguió el ritmo que él marcaba, saboreando cada beso con más deseo.

Me estaba quedando sin aliento y no quería que se detuviera, y mucho menos que se alejara de mí. Sus manos se deslizaron por mis curvas hasta encontrar mis nalgas. Me apretó el culo bajo el pantalón de vestir y yo froté mi cuerpo contra el suyo, haciendo que cada célula de mí recordara todo el deseo y el calor que habíamos compartido.

Sus labios abandonaron los míos para mordisquear mi cuello, y un escalofrío recorrió mi piel. Me tensé, tratando de reprimir un gemido. Estábamos en mi trabajo, y lo último que necesitaba era que alguien nos viera.

—Sigues tan deliciosa como te recordaba —susurró en mi oído mientras metía una pierna entre las mías.

Le apreté los hombros ante el deseo irrefrenable de volver a estar con él.

Cada vez que cerraba los ojos lo tenía en mi mente, y ahora era real, John me envolvía y me hacía delirar de nuevo.

Levanté las manos y le apreté los hombros, apretando mis tetas contra su pecho mientras él volvía a besarme. Mi lengua buscaba la suya y era como si no tuviera suficiente saliva, porque cada vez tenía más sed.

Perdí toda racionalidad, entregándome al ritmo y al deseo que mi cuerpo no había olvidado. Me restregué contra su muslo, sintiendo cómo mi vulva se humedecía. John apretó mi culo con más fuerza, atrayéndome hacia él, como si quisiera eliminar cualquier distancia entre nosotros.

John me mordisqueó el labio mientras yo le subía las manos por la nuca y le tiraba del pelo. El beso desenfrenado me pareció lo más sabroso que podía probar en el mundo.

Sus manos subieron de nuevo, se posaron en mi culo y terminaron en mis pechos, apretándolos, amasándolos de una forma que él siempre hacía tan bien. Nunca había permitido que otro hombre tocara mi cuerpo como lo hacía John.

Mi pecho se agitaba cuando me tocaba y las piernas me flaqueaban. Ansiaba que me tumbara y me metiera la verga por completo, pero no podíamos tener sexo allí.

—John —susurré contra sus labios—. John... —Lo aparté, interrumpiendo el beso que me robaba la racionalidad—. John... —Empecé a jadear como si hubiera corrido una maratón.

—¿Te sientes mal? —preguntó preocupado, alejándose un poco para mirarme.

—Un poco.

—¿Qué sientes?

—Me falta el aire, pero ya se me pasará... No podemos seguir con esto.

—Crystal, amor...

—Jennie... La escuela...

—Vamos a buscarla.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

—¿Puedo conducir? —Me tendió la mano pidiéndome la llave del coche.

—Sí.

Me subí al asiento del copiloto mientras él se colocaba al volante. Por más que intentara negarlo, tenerlo de nuevo a mi lado se sentía como un sueño hecho realidad.



John

Capítulo veinticinco

Seguí las indicaciones de Cristal mientras conducía hacia el sur de Chicago, donde se encontraba la escuela de nuestra hija.

Me pasé la lengua, humedeciendo mis labios e intensificando el dulce sabor de su boca que seguía en la mía. Si por mí fuera, no habría dejado de besarla ni un segundo, salvo para ocuparme de otras partes de su cuerpo.

Sin embargo, la necesidad de saborearla se quedó en segundo plano cuando recordé que pronto vería a mi hija. Había perdido demasiado tiempo lejos de ellas por mis propios errores, y ahora tenía que recuperarlo.

—Puedes parar detrás de ese coche. —Cristal señaló un todoterreno rojo que estaba justo delante del colegio.

—De acuerdo.

Aparqué y ella salió primero. Me desabroché el cinturón y la seguí por la acera hasta la entrada, donde una mujer supervisaba la salida de los niños.

—¡Mami, llegaste tarde! —Escuché la vocecita de Jennie apenas vio a su madre.

Mi corazón se llenó de una alegría extraña y cálida al oír ese tono infantil, con ese encanto propio de los niños pequeños que a veces dicen las cosas mal. Había soñado con tener una familia junto a Cristal, y ahora ese momento estaba frente a mí.

—Lo siento, mi angelito, pero traje a alguien a verte.

—¿A quién?

Cristal se hizo a un lado y dejó que Jennie me viera. La niña levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Había curiosidad y miedo en su expresión. Quería tomarla en mis brazos, pero no sabía cómo actuar. Estaba recuperando mi lugar en sus vidas y no quería causar más dolor del que ya había causado.

—¿Papi?

—Sí. —Me arrodillé a su altura.

Sentía una mezcla abrumadora de felicidad y ansiedad. Quería ser el mismo hombre que, seis años atrás, le había pedido a Cristal que fuera mi novia, pero frente a mi hija me sentía como alguien completamente distinto.

Mi vida nunca volvería a ser la misma que antes de la ruptura, porque ahora era padre.

—Ven aquí. —Le abrí los brazos, animándola a acercarse.

Jennie miró a su madre, que asintió, y luego volvió a mirarme a mí. Pronto dejó a un lado sus reservas y corrió a mis brazos. La estreché contra mi pecho, intentando no apretarla demasiado, aunque el deseo de tenerla conmigo era incontrolable.

—Papi, ¿dónde estabas?

—Lejos, Jennie.

—¿Por qué no estuviste con nosotras?

—Papá cometió un terrible error, pero ahora ha vuelto y va a cuidar de ti y de tu madre.

La apreté un poco más, aspirando el suave aroma a manzanilla de su cabello y sintiendo la delicadeza de su piel infantil.

No estaba preparado para ese momento, que terminó siendo el más hermoso de mi vida.

A diferencia de otros hombres que, como yo, nacieron en el seno de una familia poderosa, siempre había querido formar mi propia familia. Pensaba que estaba listo, pero me di cuenta de que no lo estaba.

Resoplé, intentando contener las lágrimas, y seguí abrazando a mi hija.

Eric tenía razón, era mi culpa, toda mi culpa... Si no me hubiera dejado llevar por la ira y la decepción, no me habría perdido los primeros años de Jennie, ni un tiempo precioso con Cristal. Me sentía increíblemente feliz de tener a mi hija en brazos, pero también una tristeza desgarradora por las preguntas que me hacía sobre mi ausencia.

—Vámonos. —Cristal me puso la mano en el hombro, llamando mi atención.

—Sí.

Me levanté, me desenredé del abrazo de Jennie y le tomé la manita.

—¿Papi?

—¿Qué pasa?

—¿Vienes a casa con nosotras?

—Sí, voy —respondí sin dejar que Cristal dijera nada.

Ya me había perdido demasiados momentos con mi hija e iba a compensarla de alguna manera.

Caminamos hasta el coche y Cristal puso a Jennie en el asiento trasero, acomodándola en la sillita. Luego se sentó en el asiento del copiloto, mientras yo me ponía al volante.

Conduje hacia el apartamento donde vivía con sus padres y estacioné en la plaza que Cristal me indicó.

—¡Estás aquí! —Jennie me abrazó la pierna mientras caminábamos hacia la puerta del edificio.

—Sí, aquí estoy.

La alegría que inundaba a mi hija también me contagiaba a mí. Por suerte, ella parecía demasiado pequeña para guardar rencor por mi ausencia, lo que me daba la esperanza de que pudiera demostrarle que quería estar presente para siempre. Pero sabía que con Cristal no la tendría tan fácil.

Quizás necesitaba más tiempo para convencerla de que quería quedarme con las dos y no me iría. Me esforzaría por dejar la mierda que había hecho por la actitud de mi hermano en el pasado.

Cristal sacó una llave de su bolso y abrió la puerta. Jennie entró corriendo por la sala, dando saltitos y llamando la atención de sus abuelos.

—¿Qué hace él aquí? —Juan Castilho se levantó inmediatamente de su sillón al verme.

—¡Es papá! —Jennie se acercó emocionada a su abuelo—. ¡Ha vuelto!

—Aquí no eres bienvenido. —El hombre apretó los dientes y adoptó una postura defensiva. Sabía que no se alegraba en absoluto de verme. Imaginé que en su mente solo podía verme como el que había abandonado a su hija embarazada, dejándola criar sola a nuestra niña sin un marido que la apoyara.

—Lo siento mucho.

—Las disculpas no son para nosotros, muchacho —intervino Isabel, la madre de Cristal, con el mismo tono hostil.

—Sé que lo que diga no arreglará lo que he hecho.

—Me alegro de que tengas conciencia. —Isabel resopló.

—No hagan esto —dijo Cristal de repente, sorprendiéndonos a todos—. No delante de Jennie. Ella no entiende lo que pasa, y está contenta de ver a su papá.

—¿Y cuánto crees que va a durar esa felicidad? —masculló Juan, sin ceder un centímetro en su desconfianza hacia mí.

—¡Papi, ven a ver! —Jennie tiró de mi mano, haciéndome mirarla.

—¿Qué cosa, amor?

—Las muñecas.

Me dejé arrastrar por ella, sabiendo que tendría que enfrentar a sus abuelos más tarde. Seguimos por el pasillo angosto del pequeño apartamento. El lugar se veía aún peor que en los días en que Cristal y yo estábamos juntos. Aunque todo estaba limpio, las paredes mostraban señales de humedad y la pintura se estaba descascarando en varios puntos. Había intentado en el pasado ofrecerles un lugar mejor, pero nunca aceptaron mi ayuda.

Jennie merecía crecer en mejores condiciones, pero antes tenía que recuperar mi lugar en sus vidas. No podía llegar imponiendo nada.

—¡Mira, papá! —Jennie señaló una estantería que contenía media docena de sencillas muñecas.

—¿Esas?

—¡Sí! —dijo, asintiendo emocionada.

—Son preciosas.

—¡Sí!

—¿Cuál te gusta más?

—Aquella. —Me señaló a una pelirroja con sombrero y ropa ranchera, que tomé.

—¿Esta?

—¡Sí! ¡Es genial!

—Sí, muy bonita.

Mientras mi hija abrazaba la muñeca con entusiasmo, aproveché para echar un vistazo al cuarto. Antes solo había una cama matrimonial, pero ahora había dos camas individuales, haciendo que el espacio se sintiera mucho más reducido. Sin embargo, todo estaba impecable y en orden. No tenía dudas de que Cristal había hecho su mejor esfuerzo para criar a Jennie sin mi ayuda.

—¡Papá!

—¿Qué pasa, pequeña?

—¿No crees que es bonita?

—Sí, claro que sí, pero ¿sabes quién es más bonita?

—¿Quién?

—¡Tú! —La levanté y le besé la barriguita.

Jennie se retorció como un insecto dado vuelta, riendo a carcajadas mientras intentaba escaparse, pero estaba disfrutando el momento.

—¿Jennie? —Cristal apareció en la puerta del dormitorio.

—Estamos jugando, mamá.

—Ya veo —respondió ella, poniéndose las manos en la cintura—. Pero es hora de que tomes un baño.

—No quiero bañarme.

—Sí, toca bañarse.

—Ve con mamá —animé a la niña.

—¿De verdad tengo que ir?

—Sí, tienes que ir, mi amor. —Le acaricié la carita y le acomodé el cabello detrás de la oreja.

—¿Vas a quedarte aquí, papi?

—Sí. Esperaré a que vuelvas.

—Bueno, está bien.

Jennie siguió a su madre al cuarto de baño y yo me quedé solo en el dormitorio. Me senté en la cama, examinando sus cosas desde lejos.

Sabía que tarde o temprano tendría que irme, pero mientras pudiera quedarme, aprovecharía cada segundo.



Cristal

Capítulo veintiséis

Llevé a Jennie al cuarto de baño y cerré la puerta antes de empezar a desnudarla.

—¿Se quedará con nosotras?

—¿Quién? —Estaba distraída y me tomó un momento procesar su pregunta.

—Papá. ¿Va a vivir aquí?

—No, hija.

—¿Por qué? —Frunció los ojos con una expresión triste que me partió el alma.

—Tu padre tiene su propia casa.

—Pero puede quedarse.

—Aquí no hay espacio para más gente, mi amor.

—Podría dormir contigo.

—No cabemos los dos en la cama, hija mía.

—¿Y conmigo?

—Jennie... —Le besé cariñosamente la frente y mi hija me dedicó una sonrisa.

—¿Sí?

—A veces los padres no viven juntos, pero no tienes que preocuparte por eso.

—Yo quiero.

—Lo sé, pero todo va a salir bien. —Seguí abrazándola hasta que la expresión triste de mi hija desapareció.

—¿No se va a ir otra vez?

Tragué saliva cuando aquella pregunta se me atascó en la garganta. Jennie no era la única que tenía miedo, haber estado lejos de John todo ese tiempo me había hecho cultivar un camión de miedo y una buena dosis de dolor. Sin embargo, una cosa era que él me dejara a mí y otra muy distinta que dejara a nuestra hija. Yo era una mujer adulta y podía sobrevivir a otro golpe, pero Jennie era solo una niña y lo único que quería en el mundo era que nunca sufriera.

John tenía un maldito encanto que atrapaba a todos, y no solo me había enganchado a mí. Bastaron unas pocas horas con su hija para que Jennie se sintiera fascinada por él.

—Vamos a ducharnos. —Esquivé la pregunta.

Aún no confiaba del todo en que él se quedaría, y no podía darle falsas esperanzas.

La coloqué bajo la ducha, le entregué el jabón para que se lavara, y luego terminé de enjuagarla, secarla y ponerle un pijama limpio.

En cuanto salí al pasillo, vi que mi padre me miraba con una expresión firme y suspicaz que me hizo dar un paso atrás.

—Hola, papá.

—¿Por qué sigue aquí?

—Quiere estar con Jennie.

—¿Por qué no se quedó hace cuatro años?

—Para mí tampoco es fácil, papá.

—Solo quiero que tengas cuidado, hija mía. Los hombres como él creen que pueden hacer cualquier cosa y no se preocupan por las consecuencias.

—Lo sé. —Recordé muy bien lo que Jason me había hecho pasar.

—No quiero que te haga daño.

—Gracias, papá.

—¡Vamos con papi! —Jennie se agitó en mis brazos, emocionada.

Estaba claro que no les gustaba que John estuviera allí, sin duda por todo lo que yo había pasado, pero también eran conscientes de que las decisiones que yo tomara con respecto a su regreso a nuestras vidas serían totalmente mías.

Volvimos al dormitorio y vi a John de pie hojeando un álbum de fotos que contenía imágenes de los primeros años de nuestra hija.

—Perdón, no sabía si podía verlo. —Cerró el álbum y se volteó hacia mí, como si hubiera cometido un delito.

—Imagino que tienes curiosidad.

—Sí.

—¡Yo quiero, papi! —Jennie dio un salto y fue hasta él, arrebatándole el álbum para mostrarle sus fotos favoritas.

—¿Aquí estabas disfrazada de mariquita? —John señaló una foto, tratando de adivinar.

—¡No era mariquita!

—Entonces, ¿qué era?

—Lady Bug.

—Ah... —murmuró, y pude ver que no tenía ni idea de lo que Jennie le estaba diciendo, pero fingió entender para no decepcionarla.

—¡Sí!

—¿Y te gustó? —John se sentó en la cama y acomodó a Jennie sobre una pierna, con el álbum en la otra.

—¡Me encantó! Mamá hizo el pastel.

—¿Tu mamá hizo el pastel?

—¡Sí!

John se giró hacia mí, que estaba apoyada en la puerta, observando las reacciones.

—¿Qué edad tenía?

—Tres. —Sacó las manos de los bolsillos y se acercó para sentarse a mi lado—. Le encantaba esa caricatura, así que le organicé una fiesta.

—Hiciste un buen trabajo.

—Hice lo que pude y Donna me ayudó.

—No me refiero solo a la fiesta. —Se inclinó y besó a nuestra hija en la cabeza—. Sé que no estuve aquí y que no tengo derecho a decir nada, pero Jennie es maravillosa.

—Gracias.

—¿Cristal? —Mi madre apareció en la puerta del dormitorio y nos miró a los tres—. He hecho la cena. Deben tener hambre.

—Gracias, mamá.

—¡Vamos a comer, papi! —Jennie se bajó del regazo de John y lo jaló con entusiasmo para llevarlo al comedor.

Intercambiamos una mirada rápida, y luego le hice un gesto para que fuera delante. Jennie lo arrastraba emocionada, feliz de tener a su papá cerca. Traté de enfocarme en ese momento y dejar el dolor a un lado, porque mi hija se merecía esta alegría.



John

Capítulo veintisiete

Acosté a Jennie, somnolienta, en su cama y me incliné para darle un beso en la frente. Mi hija se encogió, como si disfrutara de mi contacto, y abrió una sonrisa tierna. La emoción que sentía al estar cerca de ella era indescriptible; ni siquiera parecía que era nuestro primer día juntos. Era como si hubiera estado presente en cada uno de sus pasos, aunque había un vacío por todo el tiempo que habíamos perdido.

Me alejé de la cama y me detuve junto a Cristal, que nos observaba.

—Es tan hermosa. —Suspiré de emoción al verla removerse y caer en un sueño aún más profundo.

—Sí, mucho. —Cristal sonrió.

—Se parece a ti.

—Mentiroso. —Hizo una mueca.

—Lo digo en serio.

—Es rubia con ojos verdes como... —Se giró hacia mí, viéndome completar mentalmente el resto de la frase.

—Pero mira eso. —Señalé—. La forma de su nariz, los rasgos de su rostro, e incluso la manera en que abraza la almohada mientras duerme, es igual a la tuya.

—Parece que recuerdas cómo duermo. —Se encogió de hombros.

—Nunca lo he olvidado —dije con firmeza, lo que hizo que ella hiciera una mueca de dolor.

Cristal apartó la mirada y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, fingiendo concentrarse por completo en nuestra hija.

—Creo que es hora de que te vayas.

—¿Es necesario?

—Sí, lo es. —Cruzó los brazos.

Pensé que había vuelto a sus vidas y que podría recuperar el tiempo perdido, pero iba a ser mucho más difícil.

—De acuerdo. —Asentí. Todo lo que quería era que me aceptara de nuevo, y forzar mi presencia no parecía la mejor opción.

Cristal hizo un gesto hacia la puerta y yo pasé primero. El apartamento seguía siendo el mismo de hace cinco años y conocía muy bien la salida. No vi a sus padres en la sala y se lo agradecí; sería más fácil mantener un ambiente relajado sin sus miradas de juicio sobre mí.

—Buenas noches. —Cristal me abrió la puerta para que me fuera.

—Buenas noches. —Di un paso hacia el pasillo antes de volver a mirarla. Me detuve con la mano en el marco de la puerta para evitar que la cerrara.

—No puedo dejarte mi coche, lo necesitaré mañana. —Se frotó las manos a los lados del cuerpo y me di cuenta de que estaba tensa.

—No hay problema, pediré un taxi o un conductor de app.

—Perfecto. Buenas noches.

—¡Cristal, espera! —Sostuve la puerta, impidiendo que la cerrara en mi cara.

—John...

—Quiero a mi hija, pero también te quiero a ti.

—Ha pasado mucho tiempo. Creo que...

—Nunca te he olvidado —le impedí terminar la frase—. Estoy segura de que tú tampoco me has olvidado.

—No puedes decir eso.

—No has podido abrirle tu corazón a nadie más.

Se quedó callada y tragó saliva. Su falta de palabras me bastó para estar seguro.

La abracé por la cintura y se detuvo, con las manos en mi pecho. Cristal levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron. Sentí cómo su respiración comenzaba a agitarse mientras sus pupilas se dilataban por la excitación que le provocaba. Podía sentir que nuestro amor era lo suficientemente fuerte como para no haberse destruido con el tiempo y las tormentas.

—John...

—Podemos dejar atrás todo lo que ha pasado.

—Es imposible. —Movi6 los labios, humedeci6ndolos y apret6ndolos, lo que atrajo a6n m6s mi atenci6n hacia ellos.

—Entonces dame la oportunidad de enmendar mis errores contigo para recuperarte.

—Yo no... —Mientras hablaba, baj6 la cabeza y busqu6 su cuello. Mordisque6 la piel y sub6 hasta su oreja, haciendo que se estremeciera entre mis brazos—. John...

Volv6 a subir para encontrarme con su mirada y ella sigui6 mir6ndome fijamente hasta que me di cuenta de que poco a poco iba cediendo y bajando las barreras. Apret6 a Cristal, acerc6ndola a mi pecho, lo que la hizo jadear y r6pidamente cerr6 la puerta y la apoy6 en la superficie de madera.

Sus manos subieron por mi pecho, arrugando mi camisa hasta que se sostuvieron en mis hombros justo cuando acerqu6 mi boca a la suya. Ella inclin6 la cabeza y la sostuve con una mano. Cuando hund6 mi lengua, sent6 c6mo retorc6a mi camisa con los dedos.

El sabor adictivo de su beso me abrum6 y me hizo desear m6s, mucho m6s. Echaba de menos cada momento de ese contacto en los a6os que hab6amos pasado separados. Mi coraz6n, que se hab6a roto, pareci6 restablecerse r6pidamente ante la verdad y la posibilidad de un nuevo comienzo, especialmente con mi hija.

Presion6 a6n m6s su cuerpo contra el m6o, mientras la mano que sosten6a su cintura se aventuraba hacia su trasero de manera peligrosa y excitante. El cuerpo de Cristal, que siempre me hab6a vuelto loco, no hab6a cambiado mucho, incluso despu6s del embarazo. La fricci6n de nuestros labios y otras partes de nuestros cuerpos me excit6 de inmediato. Mi miembro lat6a firme y lo presion6 contra ella.

Le apret6 el culo y me encant6 el gemidito que Cristal dej6 escapar contra mis labios mientras la besaba con todo mi deseo y fervor.

Baj6 la boca, disfrutando del perfume y la suavidad de su cuello. Lo mordisque6, provocando gemidos que me hac6an sentir a6n m6s duro. Si dependiera de m6, habr6a tenido sexo con ella all6 mismo en el pasillo. Estaba desesperado y hambriento por tenerla en mis brazos toda la noche y muchas m6s.

—John...

Mov6 la mano de su culo a su cintura, mientras la que ten6a en la cara ca6a sobre su pecho derecho. Estaba a punto de desabrocharle la camisa para acceder directamente a ellos cuando Cristal me empuj6, haci6ndome tambalear unos pasos hacia atr6s.

—Tienes que parar.

—Estoy loco por tenerte de nuevo.

—Aqu6 no. —Apret6 los dientes, mirando a un lado y a otro, como si esperara que apareciera alguien—. No donde puedan vernos, y menos en la puerta de la casa de mis padres. No son tus mayores fans en este momento.

—Lo s6 y lo siento. —Inclin6 la cabeza torpemente y me met6 las manos en los bolsillos.

—¿Necesitas ayuda para llamar a un coche? —Se pas6 la mano por el pelo, poni6ndoselo en su sitio.

—No.

—Entonces voy a entrar. —Sujetó el picaporte de la puerta.

—Espera.

—John, por favor...

—¿Pueden tus padres o Donna cuidar de Jennie mañana?

—¿Por qué? —Frunció el ceño.

—Quiero invitarte a salir.

—No lo creo...

—Por favor. Tenemos que hablar de Jennie, de nosotros...

—Hablaré con ellos, pero no puedo prometer nada.

—¡Estupendo! —No pude evitar sonreír—. Te recogeré en el edificio mañana...

—No, aquí a las ocho de la noche.

—Trato hecho. —Me mordí los labios, preguntándome si tendría la oportunidad de volver a besarla, pero antes de que pudiera, Cristal entró en el apartamento y me cerró la puerta en la cara.

Saqué el móvil y pedí un coche para volver a casa y esperé a que se acercara antes de salir a la calle, porque si no recordaba mal, el barrio donde vivía Cristal solía ser muy peligroso a esas horas de la noche.

Estaba ansioso por que todo volviera a ser como si el terrible incidente causado por Jason nunca hubiera sucedido. Cristal sería mía y criaríamos a nuestra hija juntos. Sabía que aún tenía mucho tiempo para recompensarlas, especialmente a Jennie, pero haría lo posible por darles lo mejor de mí.



Cristal

Capítulo veintiocho

Había pasado mucho tiempo, había dolor, resentimiento e incluso rabia. Aun así, no había nada que me pusiera más ansiosa que salir con John. Mi amor por ese hombre no había muerto, me gustara admitirlo o no.

Después de arreglarme, tomé el móvil de la cómoda y vi algunos mensajes de Donna.

Donna:

¿Ya estás en casa? ¿Fue todo bien en la escuela con Jennie?

Cristal:

No me siento mal, si es lo que quieres saber.

Donna:

¿Y la respiración?

Cristal:

Un poco pesado, pero no creo que me desmaye ni nada.

Donna:

¿Estás tomando la medicación?

Cristal:

Sí, señora. Justo como me indicó Eric. Creo que finalmente está empezando a hacer efecto, porque me siento mejor.

Donna:

¡Qué bien!

Sabes lo preocupada que estoy por ti.

Cristal:

Lo sé, amiga. Te lo agradezco.

Donna:

No te vayas a sentir mal hoy...

Cristal:

Lo intentaré.

Donna:

Lo digo en serio.

Cristal:

Tal vez sea mejor cancelar con él.

Donna:

De ninguna manera, amas a este hombre.

Cristal:

Es mucho más complicado que eso.

Donna:

Deja las preocupaciones a un lado, tal vez así sufras un poco menos.

Cristal:

Tal vez.

Donna:

Después de tanto tiempo, puede ser el momento de que ustedes se reconcilien.

Cristal:

Tengo miedo.

Donna:

Creo que después de haber visto a Jennie, John se habrá dado cuenta de lo que su hermano psicópata te hizo pasar.

Cristal:

Eso espero.

Donna:

Ahora ve a prepararte. Diviértete.

Cristal:

Gracias.

Volví a dejar el móvil en la cómoda y me miré en el espejo de cuerpo entero que estaba clavado en una de las paredes. Me pasé la mano por el pelo, intentando colocar las ondas en su sitio, cuando vi el reflejo de mi hija de pie detrás de mí.

—Hola, mi amor. —Giré mi cuerpo para mirarla.

—Hola, mamá. —Jennie corrió para acortar la distancia que nos separaba y se detuvo delante de mí.

Me agaché para poner mis ojos a la altura de los suyos y le pasé un mechón de su fino cabello por detrás de la oreja.

—¿Te vas?

—Sí, me voy.

—¿Con papi? —Estiró su cuerpecito, toda excitada.

Miré fijamente a mi hija y reflexioné un momento antes de plantearme responderle.

—Sí, con tu padre.

—¡Genial! Ahora yo tengo un papá y una mamá como Sarah.

—¿Quién es Sarah?

—Mi amiguita de la escuela.

—Ah. —Seguí acariciando su carita—. Princesita, es mucho más complicado de lo que parece.

—A mí me gusta. ¿A ti no?

—Me gusta.

—Quédate con él.

—Mamá va a resolver la situación, ¿de acuerdo?

Ella movió la cabeza afirmativamente y abrí los brazos para envolverla. Sentí que mi corazón se calmaba con su presencia. Sin duda, no había nada más importante y significativo para mí que Jennie. Si me dijeran que tenía que pasar por todo de nuevo solo para tenerla, lo haría sin pensarlo dos veces.

—Te amo, Jennie.

—Yo también te amo, mami.

La colmé de besos, apretándola contra mí hasta que mi hija se quejó y la solté.

Oímos que llamaban a la puerta y salió corriendo antes de que pudiera detenerla.

—¡Papá!

Estaba demasiado emocionada por el regreso de John a nuestras vidas, y eso era lo que más me ponía nerviosa. Él podría destruirme, hacerme trizas y dejarme de nuevo, pero no iba a permitir que lastimara a nuestra hija. Sentía en lo profundo de mi ser que estaba dispuesta a todo para protegerla, incluso a renunciar a una segunda oportunidad con el hombre que amaba.

Fui tras ella y vi a Jennie colgándose de la puerta, intentando abrirla. Afortunadamente, la cerradura estaba cerrada, porque era peligroso dejarla salir del apartamento mientras no estábamos mirando.

—Espera aquí un momento. —Coloqué la mano sobre su pecho y la empujé suavemente hacia atrás, intentando protegerla de quien fuera que estuviera afuera.

Destrabé la puerta y la abrí, encontrándome con John, que sostenía un ramo de rosas blancas en una mano y un enorme oso de peluche en la otra, más grande que nuestra hija. No pude evitar que ella se escurriera detrás de mí para ir hacia él.

—¡Papá!

—Hola, princesa. —John se arrodilló.

—¿Es para mí?

—Sí, y las flores son para mamá.

—Están bonitas. —Jennie abrazó al oso, pero como pesaba demasiado, casi se cae, aunque John la sujetó antes de que tropezara.

—Debería haber traído uno más pequeño. —Levantó la cabeza, buscando mi mirada.

—Probablemente, pero se las arreglará.

—Me llevé todos los lirios que había en la florería del hospital y pensé que tal vez tirarías las rosas también.

—Hoy no lo creo. —Acepté el ramo y me lo acerqué a la nariz para oler el aroma de las flores.

—Me alegra oír eso. —Sonrió.

—Papá, ¿me ayudas a llevarlo a la cama?

—Por supuesto, niña. —John sostuvo el oso para que Jennie pudiera cargarlo, acompañándola hasta su habitación.

Mi madre, que estaba sentada tranquilamente en el sofá, lo saludó con un movimiento de cabeza cuando John pasó junto a ella y se levantó para acercarse a mí.

—¿Quieres que ponga las flores en un jarrón? —Extendió la mano para tomar el ramo.

—Por favor.

Mi madre miró las flores y luego a mí antes de expresar por fin lo que se le pasaba por la cabeza.

—¿Estás segura de que es buena idea volver a involucrarte con este tipo? Ya te ha hecho bastante daño, hija mía.

Inhalé profundo y contuve la respiración por un instante. Su comentario tocaba una herida abierta. Los últimos cinco años no habían sido fáciles, y aunque la cautela me empujaba a ir con cuidado, la idea de ver feliz a mi hija -y tal vez a mí también- era difícil de ignorar.

—Es el padre de Jennie, mamá.

—Cuidamos de la niña sin él.

—Lo sé, pero espero que ahora sea diferente, porque será mejor para ella. Mi hija siempre ha pedido a su padre y por fin está aquí. No puedo alejarlo de ella.

—Ya era hora de que asumiera su responsabilidad como padre, pero eso no es lo que más me preocupa.

—Yo sé cuidarme sola, mamá.

—Eso espero.

—¿Podemos irnos? —John regresó a la sala justo cuando nuestra conversación llegaba a su fin. Mi mamá lo miró y luego relajó el rostro, como si diera por terminado el tema por ahora.

Yo también estaba preocupada, tanto como ella, aunque por diferentes motivos. Mi corazón quería volver a entregarse a John, pero era complicado. Si no fuera por Jennie, habría caído de cabeza en esta relación sin pensarlo dos veces. Sin embargo, ya no era la misma mujer que hace cinco años, y ahora tenía a alguien que estaba por encima de todo en mi vida.

—Avísame si necesitas algo —le dije a mi madre.

—La nena va a estar bien, hija.

—Solo avísame si pasa algo.

—Claro, disfruta.

—Gracias, mamá.

Tomé mi bolso del sofá y dejé que John pusiera su mano en mi espalda para guiarme fuera del apartamento. Bajamos en silencio hasta la calle, donde él había estacionado su auto. Un deportivo elegante e importado, que seguía atrayendo miradas igual que antes. Era una clara señal de que algunas cosas en John no habían cambiado.

—Jennie es una niña muy lista.

—No viste nada aún. —Me reí mientras me acomodaba en el asiento del copiloto.

—Estoy seguro de que has hecho un gran trabajo.

—Lo mejor que pude con la ayuda de mis padres y Donna.

—Me arrepentiré toda la vida por haberte dejado sola durante el embarazo y perderme los primeros años de ella.

—No creo que haya mucho que hacer ahora. —Me encogí de hombros mientras miraba a los niños que jugaban a la pelota en la acera justo cuando John arrancaba el coche.

—Puedes estar segura de que si hay algo que pueda hacer para compensar mi ausencia, lo haré —prometió de una forma que hizo que mi corazón palpitara y me costó resistirme a esa necesidad de tenerlo de vuelta.

—Solo no la abandones. Es todo lo que pido. Yo puedo soportar el golpe, pero Jennie quería que estuvieras allí y perderte va a ser muy duro para ella.

—Te lo juro. —Quitó una mano del volante y la colocó sobre mi pierna, haciéndome voltear hacia él—. No pienso alejarme ni de ella ni de ti nunca más.

—Tu hermano... —Me impidió continuar.

—Fui un idiota al permitir que Jason nos hiciera tanto daño, pero eso no va a volver a pasar. Confía en mí.

—¿De verdad puedo confiar?

—No voy a volver a huir a la primera pelea. Sé que fue una mierda para ti, sobre todo por todo lo que te hizo pasar Jason, pero no hubo un solo día en Afganistán en el que no pensara en cómo era estar contigo.

—¿Por qué no volviste?

—Porque fui un idiota orgulloso. Y me costó caro. Perdí casi cinco años de la vida de mi hija, y ahora entiendo que huir del dolor de no tenerte fue la peor decisión.

—Todavía tengo miedo.

—Si me das una oportunidad, voy a demostrarte que puedes confiar en mí otra vez. —Apretó mi muslo.

—Eso espero.

Siguió acariciándome y acabé cubriendo su mano con la mía. Toda aquella angustia en medio de una terrible aflicción me estaba volviendo loca. Mi miedo era lanzarme de cabeza y encontrarme con otra terrible decepción.

No pregunté adónde íbamos. Lo último que quería era terminar en casa de su familia. Por más que siempre me llevé bien con James y Jaqueline, sobre todo con ella, la sola idea de cruzarme con Jason me helaba la sangre. Sería un desastre toparnos con el principal responsable de nuestra ruptura.

Llegamos a la cochera de un edificio de lujo, y cuando estacionó en su lugar asignado, miré a mi alrededor, confundida.

—¿Dónde estamos? —Finalmente expresé mi pregunta.

—En mi apartamento.

—¿Ya no vives en la mansión? —Fruncí el ceño.

—Creo que si me vuelvo a encontrar con mi hermano haré algo más que mandarlo al dentista.

—Quizás se lo merezca.

—No tengo dudas, pero seguro que la policía no pensaría lo mismo, y acabaría en la cárcel

sin poder criar a mi hija. En ese caso, Jason ganaría de nuevo. —Su tono estaba cargado de frustración, pero también de una lógica fría—. ¿Vamos? —John rodeó el auto y me tendió la mano.

Puse mi mano sobre la suya y bajé del asiento del copiloto. Caminamos por el estacionamiento bien iluminado hasta los elevadores. Entramos en el primero que llegó, y presionó el botón del ático. Él siempre había tenido dinero, y eso fue lo que más nos separó. La gente decía que no había finales felices para un príncipe y una plebeya, y durante mucho tiempo creí que tenían razón. Pero, en ese momento, más que nada, quería que todos estuvieran equivocados. Incluso yo.

—¿Cristal? —Entrelazó sus dedos con los míos y su llamada me hizo mirarlo fijamente.

—¿Sí?

—Sé que hiciste lo mejor por Jennie, pero ahora estoy aquí y quiero ser parte de su vida, también en lo económico. Siempre fuiste muy orgullosa con ese tema, pero ella es mi responsabilidad, y ya me desentendí por demasiado tiempo.

—Guarda el dinero para su universidad. —Le dediqué una sonrisa tensa, y él se rió.

—Lo haré, pero no es solo eso. Podemos ponerla en una escuela privada, donde tenga mejores recursos y atención personalizada.

—¿Y si lo hablamos luego?

—Claro. —Estaba pisando con cuidado, tratando de no parecer autoritario con el tema del dinero. Sabía que había sido un punto de conflicto antes, y dudaba que ahora fuera distinto.

Jennie ya había pasado por un proceso de adaptación en la escuela. Cambiarla ahora que empezaba a hacer amigos no parecía lo mejor. Además, meterla en un ambiente donde los niños venían de un mundo tan distinto al suyo podía complicarlo todo.

—No quiero que sea un golpe demasiado duro para Jennie.

—Lo entiendo. —Con su mano libre, acarició mi rostro, haciendo que cerrara los ojos para disfrutar de ese calor que tanto me relajaba, igual que cuando éramos novios.

Habían pasado cinco años, pero su tacto seguía siendo lo que más me relajaba y me hacía suspirar.

La puerta del ascensor se abrió y John deslizó su mano por mi espalda, rodeando mi cuerpo con su cintura y conduciéndome hacia la entrada del apartamento.

Al abrir la puerta, me encontré con una sala en penumbra, iluminada por pequeñas velas repartidas por todo el lugar, acompañadas de arreglos de lirios y flores silvestres, exactamente como a mí me gustaban.

—Ahora entiendo por qué te llevaste todos los lirios de la floristería —dije, girando hacia él. John me sonrió con un gesto cómplice.

—Valió la pena. —Me agarró el mentón y lo levantó para que sus labios tocaran los míos.

Ver la sala así me hizo recordar la primera vez que estuve con él. Llevábamos saliendo dos meses cuando me llevó a un hotel decorado igual que ahora, y esa noche hizo que me enamorara

aún más.

—¿Como la primera vez? —murmuré, buscando sus ojos.

—Para que sea tan inolvidable como entonces.

—No sé si deberíamos tener sexo ahora.

—¿Vas a decirme que no me extrañas? —Sus dedos subieron lentamente por mi brazo, rozando mi piel hasta llegar al hombro y dejándome un rastro de escalofríos. Él siguió cada movimiento con la mirada—. Mi toque... mis besos... —Abrió la boca sobre mi cuello, arrancándome un suspiro que hizo que mi cuerpo se arquease involuntariamente.

—John... —Puse los ojos en blanco cuando su contacto despertó en mí efectos que habían estado latentes.

—Quiero tenerte de nuevo, completamente.

—¿Y mi corazón?

—¿Estás tomando la medicación que te dio Eric?

Asentí en silencio.

—Si empiezas a sentirte mal, házmelo saber. Estarás en buenas manos conmigo.

Tal vez no era mi cardiopatía lo que más temía, sino entregarme de nuevo a John y perderlo. No había sido fácil la primera vez y, para ser sincera conmigo misma, aún no lo había superado.

Al mismo tiempo que había mucho resentimiento, por un segundo lejos de la lucidez, solo quería volver a sentir su cuerpo. Era como si mi alma necesitara de nuevo esa conexión.

Dejé que mi bolso resbalara del brazo y cayera al suelo mientras ponía ambas manos sobre sus hombros. John rodeó mi cintura y sus manos recorrieron mi espalda, atrayéndome más hacia él.

Me entregué a su beso como si fuera el primero y el último, permitiendo que no solo dominara mi boca, sino que encendiera cada rincón de mi cuerpo y me recordara que mi corazón siempre había sido suyo.

Me giró y mi espalda chocó contra la pared. Estiré el cuerpo, cerrando los ojos y poniéndome de puntas. Sus manos descendieron por mis muslos, subiendo despacio hasta alcanzar el broche del pantalón. Mientras lo desabrochaba, su boca se deslizaba por mi cuello, acariciando el borde de mis tetas que sobresalían del escote. Mordisqueó uno y solté un gemido suave.

John bajó mis pantalones, y yo me deshice de las sandalias. Luego, sus manos volvieron a subir por mis piernas hasta apretar mi culo, apenas cubierto por la delgada tela de la tanga.

Volvió a moverse, enredando los dedos en mi cabello y haciendo que inclinara la cabeza hacia un lado antes de que su boca se acercara a mi oído.

—Cómo me moría por tu olor, tu piel, por tenerte de nuevo. —Me estremecí cuando me mordió el lóbulo de la oreja.

No lo admití en voz alta, pero había una parte aterradoramente incontrolable de mí que ansiaba ser atrapada así. Me tocó mover las manos hacia su cintura y subir hasta su cuello para empezar a abrir los botones de su camisa de vestir, lo más rápido posible.

Su pecho estaba aún más definido de lo que recordaba, probablemente el tiempo en el ejército y el entrenamiento habían afectado a su forma física. Recorrí con los dedos su abdomen, los músculos rígidos, y subí las manos hasta su cara. John sonrió y volvió a besarme en la boca, rendido con la misión de dejarme sin aliento.

Con la lengua moviéndose con la mía en una danza vertiginosa, volvió a apretar mis nalgas, empujándome contra él. Su pierna se interpuso entre las mías, y sin pensarlo, rocé mi sexo caliente y pulsante contra su muslo. Mi blusa cayó al suelo y nuestros ojos se encontraron. Nos quedamos mirándonos, atrapados en un segundo eterno, recordando la conexión y el amor que habíamos compartido.

John me levantó en sus brazos, y yo envolví su cintura con mis piernas, dejándome llevar. Cruzamos el pasillo hasta entrar en una habitación decorada, pero en lugar de lirios, había pétalos de rosas rojas sobre la cama. Me recostó sobre las sábanas blancas.

A la tenue luz del cuarto, su cabello dorado brillaba ligeramente. Pasé la mano por su rostro, trazando la línea marcada de su mandíbula, y bajé hasta su pantalón, desabrochándolo. Era imposible negar que mi cuerpo entero vibraba con un deseo urgente de ser suyo.

Cuando se deshizo de toda la ropa, dejó mi tanga para el final. Besó mi abdomen, descendiendo hasta colocarse entre mis piernas y separarlas un poco más con su aliento cálido, anticipando lo que vendría.

Aferré las sábanas, enredando los dedos en ellas mientras su boca me tocaba con devoción. Mi cuerpo se arqueó cuando él besó mi vulva, haciéndome mover las caderas contra el colchón sin control.

—Extrañaba tanto tu sabor... —murmuró, justo antes de que su lengua se deslizara por mis pliegues.

Arqueé la espalda, inclinándome sobre la cama mientras él se deslizaba por mis labios vaginales hasta tocar directamente mi clítoris.

Placer...

Aquella pequeña palabra sublime me llenó de una forma desquiciada en el instante en que John me agarró el culo y me hizo prisionera de su boca. Sin contención ni pudor, me lamía, chupaba y besaba, alimentándose de los gemidos que arrancaba de mí. Creo que había olvidado lo bueno que era.

Con los ojos cerrados, me dejé abrumar por todos aquellos maravillosos efectos. Mi corazón se aceleraba y mi respiración entrecortada parecía ignorarse fácilmente en el momento.

Sentía los espasmos intensificarse mientras su lengua danzaba sobre mi clítoris, y sus manos recorrían mi trasero y muslos, despertando cada rincón de mi piel. Era como si cinco años no hubieran bastado para que olvidara cada línea del mapa de mi cuerpo. Sus dedos se hundieron en mis nalgas al penetrarme con la lengua, provocando que un gemido más profundo escapara de mi garganta.

Mi cuerpo temblaba de deseo, pidiendo más a medida que me movía contra él. Cuando John deslizó un dedo dentro de mí, ese estímulo adicional fue suficiente para que todo en mi interior explotara en una oleada exquisita.

Dejé que algunos gemidos agudos se escaparan, y él me alentó a seguir, lamiéndome sin detenerse hasta que disfrutara la última gota de mi orgasmo.

John se subió encima de mí y volvimos a estar frente a frente. Me temblaban las manos cuando le toqué el tríceps.

—¿Cómo te encuentras?

—Fue increíble. —Apenas podía hablar por mi respiración acelerada.

—Es un pronóstico excelente.

—Qué bueno, doctor... —Me reí suavemente, pero me detuve al sentir la punta de su miembro rozando entre mis piernas.

—Cristal, te amo. —Me sujetó la cara en el instante en que lo sentí meterme la verga, sin previo aviso, pero yo ya estaba completamente preparada para recibirlo.

—Yo también te amo, John —confesé, una verdad que sentía que ya no necesitaba ocultar.

Apoyó ambas manos en la cama y empezó a moverse. El roce de su piel contra la mía, todo el calor y el sudor del contacto me recordaron los mejores momentos de mi vida. Había sido feliz con John y parecía posible volver a serlo.

Subí las manos por su cuello, agarrándole del cabello en la base de la nuca, y lo atraje hacia un beso profundo, donde su lengua imitaba los movimientos de su cadera. Crucé las piernas alrededor de su cintura, pegándonos aún más.

Hacer el amor con John era increíble, no por nada había quedado embarazada de Jennie. Si no quería terminar con otro bebé, iba a necesitar un método anticonceptivo distinto, porque las pastillas habían fallado la primera vez.

Dejé de pensar racionalmente cuando su boca abandonó la mía y se dirigió a mi cuello. Sus mordiscos, besos y chupetones me alucinaron y me hicieron extasiarme aún más de estar juntos.

Entonces me giró sin salirse de mí, dejándome encima. Apoyé las manos en su pecho y sonreí mientras comenzaba a moverme con un vaivén que sabía que lo enloquecía.

—Hermosa... —murmuró, sonriendo también, y puso las manos en mis caderas para acompañar mis movimientos. Sus ojos alternaban entre mirarme a los ojos y seguir el ritmo de mis pechos al moverse.

Me impulsaba sobre él, sintiendo cómo se contenía para no acabar. Supe con certeza que estaba al borde cuando bajó una mano hasta mi clítoris y empezó a estimularme. Eché el cuerpo hacia atrás y seguí cabalgando sobre él hasta que otra explosión me sacudió por completo. Me desplomé sobre su pecho, sintiendo su cálido líquido llenar mi interior.

—Creo que esto es lo mejor de haber vuelto de Afganistán —dijo, acariciando mi cabello y pasándolo entre sus dedos mientras ambos recuperábamos el aliento.

—¿El sexo?

—Tú... y Jennie, claro.

—¿Así que el sexo no es tan importante?

—Graciosa. —Se rió—. El sexo es importante. Tú lo eres. Todo tu cuerpo... —Me envolvió en sus brazos—. Tu olor... —murmuró, aspirando el aroma de mi cuello.

—¿No hubo nadie más?

—No.

—¿De verdad? —Giré sobre su pecho para mirarlo.

John negó con la cabeza, confirmando su respuesta.

—Mentiroso.

—Lo digo en serio. Tampoco es que hubiera muchas mujeres disponibles en el campamento militar.

—¿Ni siquiera las lugareñas?

—Las mujeres con burka no son las más seductoras.

Me reí de la mueca que hizo.

—Creo que me has convencido.

—Qué bueno. —Me giró otra vez, dejándome debajo de él—. ¿Cómo está tu corazón?

—Un poco acelerado... Me cuesta respirar. —Le sonreí, nerviosa.

—Déjame comprobarlo. —John empezó a levantarse de la cama, pero lo agarré por los brazos.

—Quédate aquí.

—Solo voy por mi estetoscopio, no tardo nada.

—De acuerdo. —Finalmente consentí, pero solo con una excusa para verlo caminar desnudo hacia su bolso.

¡Dios mío! Seguía siendo tan maravilloso como lo recordaba. Cada detalle de su cuerpo parecía perfectamente en orden y me dejaba salivando.

—¿Qué pasa? —preguntó con una sonrisa al notar que humedecía mis labios.

—Nada. —Intenté disuadirme.

—¿Quieres más? —Alternaba la mirada entre su verga y yo de una forma que me ponía roja y lo hacía reír.

—Quizás más tarde —confesé. Ya había terminado dos veces y necesitaba un momento para recuperarme.

—Déjame examinarte primero. —Se arrodilló en la cama y se inclinó sobre mí.

—¿Vas a hacerme un chequeo completo después de cada vez que tengamos sexo?

—En caso necesario, sí. —Su expresión se volvió tensa y me di cuenta de que ya no bromeaba, lo que me incomodó.

—No estoy tan mal, ¿o sí?

—La arritmia es controlable, pero puede ser fatal si se descuida. Ya te perdí una vez, y no pienso arriesgarme a que pase de nuevo.

—No puedo dejar a Jennie. —Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas.

—No lo harás. Vamos a cuidarte. Quiero que vuelvas a ver a Eric y te hagas chequeos periódicos para asegurarnos de que el tratamiento esté funcionando.

—Le había dicho a Eric que iba a buscar otro cardiólogo.

—Creo que ya superamos eso, ¿no? Además, no hay un equipo de cardiología mejor en todo Chicago que el nuestro.

—No sé si mi seguro médico cubrirá todos estos gastos.

John frunció los labios y me dirigió una mirada reprobatoria.

—Eres la pareja del presidente del hospital. Ese debería ser el menor de tus problemas.

—Tu familia...

Me interrumpió posando un dedo en mis labios y negando suavemente con la cabeza.

—Después de todo lo que hemos pasado, darte la mejor atención es lo mínimo que pueden hacer. Además, estamos hablando de Eric. Siempre estuvo de tu lado.

—¿Ah, sí? —Alcé las cejas, sorprendida.

—Sí. —John añadió un tensiómetro a su estetoscopio mientras me examinaba—. Siempre se dio cuenta antes que yo de lo hijo de puta que era mi hermano.

—¿Y no le hiciste caso?

—No. —John bajó la cabeza, su expresión de culpa visible—. Fui un idiota y mi mejor amigo no me dejará olvidarlo.

—Me cae mejor ahora.

—Gracias.

—Es verdad. —Me encogí de hombros.

John resopló, pero luego se rió, relajando un poco la postura.

—¿Cómo estoy?

—Quédate quieta y en silencio para poder medir tu presión.

Asentí mientras esperaba a que el aparato procesara.

—Tu presión arterial es normal. Eso es bueno, porque la arritmia tiende a bajarla.

—¿Lo ves, doctor? Estoy bien.

—Quiero que sigas así.

—Estoy en las mejores manos de Chicago.

—Literalmente. —Me dedicó una sonrisa traviesa y lo empujé en el pecho.

—¡Tonto!

—Te amo mucho, Cristal. —Soltó el dispositivo de presión de la cama para tocarme la cara—. Estos años...

—Olvidémonos de eso por ahora.

—De acuerdo. —Se inclinó y me dio un beso rápido—. ¿Tienes hambre? —Me miró con atención.

—Un poco.

—Entonces vamos a cenar. —Se levantó de la cama y tomó una bata que estaba doblada sobre la cómoda, ofreciéndomela.

—¿Comida congelada? —Me vestí y me até la faja a la cintura.

—No. —Hizo una mueca.

—¿Aprendiste a cocinar en Afganistán? Porque cuando éramos novios ni siquiera sabías calentar leche.

—¿Dudas de mi habilidad con el microondas?

—Con la cocina.

—Desconfiada.

—Entonces, ¿cocinaste tú?

—Claro que no —me confesó mientras se ponía la bata y ambos reíamos—. Pensé en pedir en ese restaurante chino que te encantaba, pero luego me di cuenta de que tenía que ser algo más sano.

—¿Vas a sacar tu lado de médico incluso en nuestros ratos juntos?

—Así es.

Puse cara de fastidio, y él me dio otro beso rápido.

—Haré lo que sea para mantenerte sana, incluso comer ensalada.

—Vamos a ver qué preparaste. —Lo empujé suavemente hacia la sala.

Estar de nuevo con John había reavivado en mí una alegría inconmensurable, solo esperaba que no volviéramos a separarnos.

John acercó una silla y esperó a que me acomodara.

—¿Caballeroso?

—No me mires como si no hubiera sido así antes. —Me guiñó un ojo.

—Éramos más jóvenes, John, menos preocupados...

—Ahora no tienes que preocuparte por nada. —Se sentó al otro lado de la mesa y puso su

mano sobre la mía.

Involuntariamente, esbocé una sonrisa. En el fondo, no quería encontrar problemas en ese momento. Estar con John otra vez era lo que más había deseado durante todos esos años, aunque hubiera peleado contra ese impulso día y noche, volviéndome loca en el proceso.

Se levantó y fue a la cocina. Regresó con un plato de salmón a la parrilla con una salsa ligera y bastante ensalada.

—¿Vas a dedicarte a la nutrición además de a la cardiología? —Bromeé con él.

—Me preocupa tu salud.

—Lo sé.

—Deja de fastidiar, sé que te encanta el salmón.

Torcí los labios, pero no pude mantener la expresión mucho tiempo, y entonces volví a sonreír.

—Tienes razón.

—¿Vino blanco? —Sacó la botella.

—Sí. —Le di mi copa.

—Durante mi estancia en Afganistán, imaginé que nunca volvería a tener momentos como éste. —Agachó la cabeza mientras dejaba la botella sobre la mesa.

—He oído cosas terribles de otros veteranos.

—No es un lugar fácil para quedarse. —John tragó saliva.

—Supongo que no.

—Un día estaba de turno en el hospital de campaña, y trajeron heridos de una aldea inmediata al lugar. Había explotado una bomba cerca de una escuela, y muchos niños resultaron gravemente heridos... algunos murieron en el acto. Muchos tenían el tamaño de Jennie. El primero que atendí era un niño, tendría unos ocho años. Era muy delgado, y la bomba lo había alcanzado de lleno. Estaba cubierto de heridas, pero sobre todo tenía la pierna destrozada, y tuve que amputársela.

—Al menos le salvaste la vida.

—No lo sé. —John se frotó los ojos, dándose cuenta de lo mucho que le afectaban los recuerdos—. Ese día perdí a otros cinco niños. Cuando por fin dejamos de atender heridos, nunca me había sentido tan agotado en mi vida.

Extendí la mano, completamente influenciada por su historia, y le acaricié el dorso de la mano, mostrándole un poco de mi afecto. Durante el tiempo que habíamos pasado separados, no me había dado cuenta de que podía estar sufriendo así.

—¿Por qué fuiste allí? —No pude detener la pregunta—. Tu reputación como cirujano es grande y nunca te han faltado recursos.

—No podía arriesgarme a quedarme aquí y verte a la vuelta de la esquina.

—Hay muchos hospitales en el país que hubieran estado encantados de recibirte.

—Pensé que debía ayudar a los que realmente lo necesitaban.

—¿Y tuviste éxito?

—Lo intenté, pero quizá solo me castigué a mí mismo. Creía que tenía que quedarme en medio del sufrimiento porque ya no tenía derecho a ser feliz.

—No me había dado cuenta... —Me sorprendieron aún más sus revelaciones.

—Comamos y cambiemos de tema. —Empujó su plato hacia mí y me dedicó una sonrisa—. He vuelto, estamos juntos de nuevo y ya no tengo que preocuparme por lo que he sufrido.

—Estamos juntos, ¿verdad? —Alcé una ceja.

—No tienes permitido decirme que no.

—Qué autoridad, general.

—En realidad, solo fui capitán.

—¿Solo? —Hice una mueca y él se rió.

—Sí.

Asentí y con el tenedor tomé un trozo de pescado y me lo llevé a la boca.

Nuestra historia no había terminado, y era mucho más que la hija que teníamos en común. Daría lo que fuera por congelar ese momento y asegurarme de que no lo perdería nunca más.

Tomé un sorbo de vino mientras lo miraba fijamente. Era increíble, pero estábamos juntos de nuevo, después de tanto sufrimiento y separación.



John

Capítulo veintinueve

Me despertó el movimiento de Cristal en mis brazos, y en cuanto abrió los ojos, saltó de la cama.

—Llego tarde, no debería haber dormido aquí.

—Vuelve, ven conmigo —dije, intentando jalarla hacia mí para abrazarla de nuevo.

—¡No! Tengo que llegar a casa y preparar a Jennie para ir al colegio. —Cristal encontró su móvil en el bolso y se desesperó aún más—. ¡Solo faltan veinte minutos para que entre! ¡Dormí demasiado!

—Tranquilízate. —Me levanté de la cama cuando ella empezó a vestirse e hice lo mismo.

Cristal se llevó la mano al pecho y empezó a respirar rápidamente, dando claras señales de que le faltaba el aire.

—El corazón. Respira más despacio.

Movió la cabeza afirmativamente e intentó relajarse un poco.

—Todo va a salir bien. Vamos por Jennie y la llevamos a la escuela, ¿de acuerdo?

Sacudió la cabeza en señal de afirmación.

—No olvides tu medicación.

—Sí, las voy a tomar.

—Son importantes para que tengas una vida más tranquila.

—Lo entiendo, Doctor.

—Te amo, Cristal.

—Yo también te amo, John.

Por un momento pensé que se acercaría para besarme, pero se desvió hacia la puerta. Terminé de vestirme rápidamente y la seguí hasta la cochera. Subimos al auto y manejé lo más rápido posible hacia su apartamento, donde aún vivía con sus padres. Mi intención era que se mudara pronto al que había comprado, pero sabía que todo debía ser con calma. Habían pasado cinco años que necesitábamos recomponer.

Cristal subió corriendo las escaleras del edificio, y yo fui detrás de ella. Cuando abrió la puerta, encontramos a nuestra hija sentada en el sofá, al lado de su abuela.

—¿No voy a la escuela, mamá?

—Sí, mi amor. —Cristal se agachó para abrazarla, dándole tiempo a hablar de nuevo a pesar de su respiración agitada—. Mamá llega tarde, lo siento.

—Fue culpa mía —añadí desde la puerta.

—¡Papi! —Jennie se zafó de los brazos de su madre y vino corriendo, abrazándose a mi pierna.

—Hola, hija. —Me arrodillé para cargarla y la envolví con fuerza en mis brazos.

Aunque quedaban pocos días, sentía que nuestra cercanía crecía y lo único que deseaba por encima de todo era devolverle a mi hija mi ausencia de su vida y de la de su madre.

—¿Está lista, mamá?

—Sí, Cristal, ya la arreglé y le di el desayuno —respondió la abuela.

—Muchas gracias.

—De nada. Me encanta cuidar a mi nieta.

—¿Vamos a la escuela, Jennie? —Cristal se giró hacia nuestra hija.

—¡Quiero quedarme con papi! —Jennie me apretó el cuello con sus bracitos, y yo la acuné con fuerza.

—Tenemos que irnos, Jennie.

—¿Por qué no dejas que la lleve yo? —propuse—. Así tú te arreglas para el trabajo, y cuando termine, vengo por ti.

—No quiero hacerte dar tantas vueltas.

—No tienes que preocuparte por mí.

—La niña va a llegar tarde —recalcó la madre de Cristal para que se decidiera.

—Está bien. —Cristal asintió, tomó papel y lápiz, y escribió una nota autorizándome a llevar a Jennie. Luego me la entregó—. Dásela a la profesora.

—De acuerdo.

—¡La sillita! No puede ir sin su sillita. Mejor la llevo yo...

—Cristal, cálmate. —Intenté que volviera a respirar.

La abuela, sin más rodeos, tomó las llaves del coche y me las entregó.

—Gracias, señora Castilho.

—Vete ya, muchacho.

—¡Papá me va a llevar! —Jennie, emocionada, brincaba en mis brazos.

—Estaremos solos tú y yo, princesa —dije mientras bajábamos las escaleras.

—¡Estoy feliz!

—Yo también estoy feliz de estar contigo, hija. —Le di un beso en la frente—. Papá ya no se va a alejar de ti.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Y de mamá?

—Tampoco de tu madre.

—¡Sí!

Encontré el auto de Cristal, lo destrabé y acomodé a Jennie en su sillita antes de ponerme al volante. Quería aprovechar cada momento con ella, incluso para llevarla a la escuela.

Había cuidado a muchos niños durante mi tiempo en Afganistán, pero ahora era momento de dedicarme a mi propia hija. Mi prioridad era proteger y cuidar de mi familia. Había sido débil al permitir que mi hermano nos separara, pero no iba a permitir que eso volviera a pasar.

Manejé hasta la escuela pública cercana y estacioné detrás de una camioneta. Bajé del auto, liberé a Jennie de su sillita y la cargué en brazos para llevarla hasta la entrada.

—Vamos a la escuela, princesa.

—¿Vienes conmigo, papá?

—No, princesa. Tengo que trabajar.

—¿Y tú qué haces?

—Papá es médico.

—¿Curas a las personas?

—Sí, así es. Niña lista.

—¿Vas a cuidar de mamá?

—Siempre cuidaré de tu madre. —Tomé su manito entre las mías mientras caminábamos juntos por la acera hasta la entrada de la escuela.

No era exactamente el tipo de cuidado al que se refería mi hija, sino más bien a la

enfermedad de Cristal. Sin embargo, esperaba que el tratamiento y todo el seguimiento clínico de Eric fueran suficientes para garantizar que ella estuviera bien. Honestamente, tenía miedo de someterla a una cirugía, ya que siempre había riesgos, que no quería correr tratándose de Cristal.

Paramos frente a la escuela y la mujer en la calle alternó la mirada entre yo y mi hija.

—¿Jennie?

—Hola, señorita Gible. —Mi hija le sonrió.

—¿Te ha traído alguien nuevo? —Los ojos de la mujer se fijaron en mí antes de sonrojarse y esbozar una sonrisa incómoda.

En Afganistán había pasado mucho tiempo sin relacionarme con mujeres, aunque había algunas en los hospitales y batallones, lo que me hizo olvidar que tenía un efecto sobre ellas.

—¡Es mi papá! —Mi hija vibró de emoción.

—¿Tu padre? —Ella abrió los ojos, sorprendida.

—Sí, así es —dije con cierta dureza a la mujer, entregándole la nota que Cristal había rellenado ella misma.

—Lo siento, señor. Es solo que en el formulario la madre de Jennie dijo que era soltera y que no había otro tutor legal para la niña.

—Estuve un tiempo fuera, sirviendo en Afganistán, pero ahora he vuelto con mi mujer y mi hija.

—¿Mujer? —Se sintió aún más incómoda—. Gracias por tus servicios —se apresuró a decir, una frase habitual para los veteranos—. Es bueno que hayas vuelto, le harás mucho bien a tu hija.

—No solo para ella.

—¿Entramos, Jennie? —Le ofreció la mano a la chica, que la aceptó sin pensárselo mucho—. Tus compañeros ya están esperando a que empecemos.

—Que tengas una buena clase, hija.

—¡Adiós, papá! —Me saludó con la mano antes de entrar en el edificio con la mujer.

Sentí un nudo en el estómago al dejarla allí. No sabía cómo describir esa sensación, pero mi instinto era llevar a mi hija conmigo al hospital y estar pendiente de ella todo el tiempo. Tal vez sería más fácil lidiar con la necesidad de estar cerca de ella si dejara de culparme por mi ausencia en su vida.

Regresé a buscar a Cristal. Al estacionar, vi a varias personas alrededor de mi auto. Era común que el vehículo llamara la atención por esa zona, pero, afortunadamente, nunca había tenido problemas.

Subí al apartamento y toqué la puerta, que fue abierta por la madre de Cristal.

—¿Todo bien con mi nieta?

—La dejé en el colegio con su profesora.

—Bien. —La madre de Cristal todavía me miraba con desconfianza, y probablemente tardaría un tiempo en darse cuenta de que no era una gran amenaza para su hija.

—¿Puedo pasar? —Señalé el camino hacia el pasillo donde estaba el cuarto de Cristal.

La mujer asintió y retrocedió, permitiéndome avanzar. Me detuve en la puerta de la habitación, y Cristal, que se estaba poniendo un labial discreto, se giró hacia mí.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí.

—¡Qué bien!

—Te dejaré en el edificio.

—No es necesario.

—Insisto.

—John... —Torció los labios, pero mi expresión no se suavizó, lo que la convenció—. ¡Ok! ¿Vas a ser mi chófer?

—No me estoy quejando, pero probablemente por la noche no podré ir contigo a buscar a Jennie. Mandaré a un chofer a cuidar de ustedes dos.

—¿Por qué? —Cristal parecía ligeramente decepcionada.

—Tengo una valvuloplastia por la tarde.

—¿Vas a abrirle el pecho a alguien?

—Es parte del trabajo.

—Sea quien sea, estará en buenas manos.

—Es un príncipe de Arabia, cruzó el mundo solo para que yo le haga la cirugía.

—¿Me lo dices solo para saber lo bueno que eres? —Se rió entre dientes.

—Tal vez.

—Mis felicitaciones, doctor Vaughn.

—Gracias, gracias. —Me acerqué a ella y rodeé su cintura con mis brazos.

Incliné la cabeza, a punto de juntar mis labios con los suyos, pero antes de que pudiera hacerlo, oí a alguien resoplar.

La madre de Cristal estaba en la puerta del dormitorio e hizo que su hija se apartara de mí, completamente incómoda.

—¿Vas a salir ahora? Porque me ofrecí para ayudar a Gertrudis a hacer los pasteles que vamos a vender en la fiesta de la iglesia para recaudar fondos.

—Ya estamos saliendo, mamá. —Cristal me tomó de la camisa.

—Hasta luego, señora Castilho. —Saludé con la mano mientras nos dirigíamos al pasillo y salíamos del edificio.

Quería abrazar a Cristal y volver a besarla, pero tendría que esperar a otro momento a solas. Solo esperaba que fueran muchos.



Cristal

Capítulo treinta

—¡Buenos días, radiante!

—¡Hola, Donna! —Entré torpemente en la recepción al ver cómo me miraba mi mejor amiga.

Dejé mi bolso sobre el mostrador y lo guardé en el armario que estaba debajo.

—¿Te echaron varios polvos anoche?

—No exageres.

—¿Vas a decirme que la velada no fue lo que esperabas? Esperaba que fuera perfecta. Después de todo lo que has pasado, te lo mereces, amiga.

—Fue perfecta. —No pude contener la sonrisa.

Solo recordar el olor, el calor y el tacto de John me producía escalofríos y me hacía desear más.

—¡Guau! Quiero detalles...

—No te voy a contar nada.

—Oh, ¡qué mala! —Hizo un puchero infantil y se recostó sobre el mostrador.

—Lo extrañaba demasiado.

—Ah, ya lo sé. Me podías repetir mil veces que no querías saber nada más de John Vaughn, pero yo siempre supe que lo decías solo por decir.

—Qué buena amiga eres.

—Siempre he sido el mejor. —Me acarició el hombro y en ese punto no pude estar en desacuerdo.

Después de lo que Jason me había hecho y con la partida de John a Afganistán, nadie me ayudó más que Donna, aparte de mis padres. Habría sido mucho más difícil cuidar de mi hija si no hubiera contado con la ayuda de mi mejor amiga en todo lo que pudo.

—Uff, se viene tormenta. —Frunció el ceño mirando hacia la entrada.

La expresión de su cara me hizo girarme frente al edificio justo a tiempo para ver a una mujer rubia entrar en la recepción. La dama destilaba lujo y sofisticación. No era muy diferente de las demás personas que frecuentaban aquel edificio, pero el hecho que me desconcertó fue que sabía exactamente quién era.

Con un paso por delante del otro, sosteniendo un bolso de diseño en el antebrazo y enfundada en una chaqueta de cuero blanca, Mary Vaughn se acercó al mostrador.

—Cristal.

—Señora Vaughn. —Tragué saliva.

—Sabes que puedes llamarme Mary, querida. —Su extraña amabilidad me sorprendió.

Después de todo lo que había pasado, la matriarca de la familia médica no era mi mayor admiradora.

—Sé que tú y John volvieron.

—Las noticias vuelan —gruñó Donna, tan asustada como yo por la presencia de la mujer.

—Sé que no soy de tu agrado, Mary...

—No es eso, Cristal, para nada. Yo solo quiero lo mejor para mi hijo, y si él cree que lo mejor eres tú, nunca estuve en contra.

—Hasta que pasó lo que pasó.

—No sabía que Jason era el culpable. Ahora que eres madre, tal vez entiendas lo difícil que es para una madre no apoyar a sus propios hijos. Lo que Jason hizo fue imperdonable, lo sé ahora. No solo te alejó de John, sino también a John de su hija.

—Ahora Cristal ya no es la gran villana —siguió balbuceando Donna.

—Creí que tú habías alejado a John y provocado la pelea entre mis hijos. Me equivoqué, y te pido disculpas por eso.

—Está bien —respondí, queriendo terminar con un tema que ya había causado suficiente daño.

—Sé que hay mucho que remediar y que un lo siento no es suficiente, pero quería recalcar que antes eras bienvenida en mi casa y lo sigues siendo.

—Gracias.

—Quería invitarte a comer el domingo para que conozcamos a la niña. Mi marido se muere de ganas de ver a su nieta y reconozco que yo también.

—Lo siento, Mary, pero no creo que sea una buena idea.

—Nos hará bien a todos.

—¿Y Jason...?

—No te preocupes, lo dejaré fuera del almuerzo.

—¿Vas a excluir a tu hijo de la reunión familiar? —pregunté, incrédula.

—Cometió un error y tendrá que atenerse a las consecuencias.

—No quiero causar más problemas.

—Eres de la familia, Cristal. —Extendió la mano para tocar la mía, sorprendiéndome—. Eres la madre de mi nieta y mi John es mucho más feliz cuando está contigo.

Me sentí avergonzada y no supe qué decir. Nos miramos fijamente durante unos segundos hasta que ella se apartó y me dedicó una sonrisa.

—Te espero en mi casa el domingo.

—De acuerdo —acepté al final, aunque en el fondo tenía miedo de que fuera otra trampa. No quería confiar en esa familia solo para perderlo todo de nuevo.

—No molestaré más tu trabajo. Hasta pronto.

Asentí, siguiendo su mirada hasta que salió del edificio.

—No puedo creer que hayas aceptado. —Donna sacudió la cabeza indignada cuando nos quedamos solas.

—¿Querías que me negara?

—¡Sí!

—No es tan sencillo.

—¡Su hijo estúpido te obligó a criar sola a tu hija!

—Pero el otro es el amor de mi vida. Y luego están Jaqueline y James.

—James es un engreído. Puede que no sea un drogadicto como Jason, pero tiene un ego insoportable.

—Jaqueline siempre ha sido encantadora conmigo.

—Tal vez ella sea la única decente en esa familia.

—No exageres.

—Tú sabrás, pero yo andaré con mucho cuidado.

—Ya lo hago.

—¡Perfecto! Por el bien de mi ahijada.

—¿Estás en contra de que vuelva con John ahora? —Fruncí el ceño.

—No. Solo te estoy recordando quién fue el que los separó.

—Está bien, mejor sigamos trabajando.

—Vamos. —Donna recogió el correo que había llegado por la mañana y me dio la mitad para que lo ordenáramos y lo entregáramos en las respectivas oficinas.

Mentiría si dijera que no temía a la familia de John, pero Jennie formaba parte de ella y no quería que me etiquetaran como la villana de la historia.



John

Capítulo treinta y uno

Bajé a la planta de cardiología y me sorprendieron los hombres de traje negro que se habían repartido por el lugar.

—¿Quiénes son? —Me acerqué a la recepcionista.

—Los guardias de seguridad del príncipe.

—Ah, entonces ya llegó.

—Sí, ya comenzó su proceso de internación.

—¡Estupendo!

—¿Cómo se siente la estrella de este espectáculo? —Eric se acercó por detrás y me dio una palmada en la espalda.

—Estoy bien.

—La estrella de las cirugías ha vuelto, y el Chicago Life Medical otra vez está en la liga de las grandes operaciones.

—¿No había empezado mi hermano un ensayo quirúrgico para eliminar un tipo específico de aneurisma? La junta del hospital está muy entusiasmada con los resultados. Ahora estamos logrando salvar a tres de cada diez pacientes en fase terminal. Personas a las que cualquier otro neurocirujano les habría dicho que ya no había esperanza.

—¿Y a quién le importa ese presumido? —Eric hizo una mueca, lo que me sacó una sonrisa.

—A los inversionistas sí les importa.

—¿Y desde cuándo hablas así?

—Desde que soy el presidente.

—Ah, claro, se me olvida que además de ser un Vaughn, ahora eres el jefe de todo esto.

Me encogí de hombros sin decir nada.

—Extraño cuando solo te dedicabas a operar en lugar de lidiar con papeleo.

—Mi padre quería jubilarse y alguien tenía que hacerse cargo.

—Tienes razón. Y menos mal que fuiste tú. Imagínate si Jason se hubiera convertido en el CEO del hospital.

—No quiero ni pensar en qué convertiría este lugar.

—Yo tampoco. Mejor olvidémonos de Jason.

—Así es mejor.

Eric me arrastró hacia una máquina expendedora en el pasillo y sacó una barra de chocolate.

—Puedo ayudarte en la cirugía.

—Pero si ni siquiera eres cirujano.

—Sostengo tus guantes.

Moví la cabeza negativamente.

—¿No hay pacientes que ver?

—Los reprogramé. No me iba a perder la oportunidad de verte operando a un príncipe.

—Está bien, puedes acompañarme en la cirugía, pero voy a llevar a un residente con más experiencia para asistir. La jefa de residentes quiere que elija a un aprendiz para transmitirle lo que sé.

—¿Ya te pusieron a dar clases también?

—Hice mucha falta mientras estuve en Afganistán.

—Eso lo sé bien. Pero ya estás de vuelta y vas a poder salvar muchas vidas aquí.

—Eso espero. —Acaricié el hombro de mi mejor amigo—. Tengo que firmar unos documentos en mi despacho antes de ir al quirófano.

—No me dijiste cómo te fue con Cristal ayer.

Me limité a sonreír y Eric se echó a reír después de darle un mordisco al chocolate.

—Ve con calma, o en cualquier momento la dejas embarazada otra vez.

—No me molestaría. Tener una familia con la mujer que amo es todo lo que quiero.

—Tenemos una arritmia que tratar primero.

—Cuento contigo. —Me despedí de él y me dirigí a mi oficina para encargarme de los trámites antes de volver a ser el cirujano que siempre quise ser.



Cristal

Capítulo treinta y dos

Pasé el cepillo por el largo pelo rubio de mi hija antes de apartarlo un poco hacia un lado y colocarle un lazo rosa que la hacía parecer aún más una muñeca. Puede que fuera porque era mi hija, pero a mí me parecía la niña más guapa del mundo, probablemente por la genética de su padre.

—¿Mamá?

—Sí, Jennie.

—¿Adónde vamos? Me estoy poniendo un vestido nuevo. —Señaló la ropa que llevaba puesta.

—Vas a conocer a la familia de papá.

—¿Otro abuelo y abuela?

—Así es.

—¡Iuju!

Jennie mostraba alegría y lo único que yo quería era que no se sintiera decepcionada. Yo tenía todo el miedo del mundo y eso también me ponía más nerviosa de lo que quizás debería haber estado. Había sufrido lo suficiente como para pensar que debía estar en guardia.

—¿Va a ir papá?

—Sí, hija.

La miré durante un rato después de emprolijarla. Todo el tiempo pensaba en lo agradecida que estaba de tenerla en mi vida, incluso con todas las dificultades. Volvería a pasar por todo eso con tal de abrazarla todos los días.

Oí que llamaban a la puerta y me levanté.

—Quédate aquí, niña.

—¡Sí!

Salí del dormitorio y fui a la sala. Mis padres habían salido temprano para ir a una fiesta de la iglesia y ya me habían expresado su preocupación, pero también su apoyo a mi decisión de presentar a Jennie a la familia de su padre.

Vi quién era y abrí la puerta.

—John...

Se pasó la mano por el pelo rubio, echando hacia atrás el copete de una forma encantadora que me hizo soltar un suspiro y luego me sonrió.

—Hola.

—Hola... —Me humedecí los labios, tratando de contener el deseo de saborear los suyos.

—¿Dónde está Jennie?

—En el dormitorio.

—Bien.

—¡John! —intenté protestar cuando me rodeó la cintura con los brazos y tiró de mí fuera del apartamento, cerrando la puerta de entrada.

—¿Estás loco?

—Odio pasar el sábado en el hospital.

—Te necesitaban para una operación urgente.

—¿Sabes lo que realmente yo necesitaba? —Acercó su boca a mi cuello, haciéndome estremecer mientras sus manos se deslizaban hasta mi culo, apretándolo por encima de los pantalones.

—Estamos en medio del pasillo.

—Es mejor que nos vean los vecinos que nuestra hija. —Me tomó la boca mientras sus manos me apretaban sin freno.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, pero ignoré la respiración entrecortada porque no quería que se detuviera. Respondí al movimiento de su lengua, mientras mis manos se deslizaban desde sus hombros hasta sus tríceps.

La forma en que John me dominaba con sus besos hacía imposible resistir el insano impulso de corresponderlo. Ni siquiera quise evitar que sus manos recorrieran todo mi cuerpo, apretando cada parte de mí. Ya estaba pensando a dónde podríamos ir para no tener que seguir

besándonos cuando un vecino me habló y me hizo volver en mis cabales.

—¡Vayan a una habitación!

—¡John!

—Déjalo hablar...

—Nuestra hija... —Pensar en Jennie lo hizo recuperar algo de cordura y dar unos pasos atrás.

—Seguimos por la noche.

—Tal vez. —Me pasé la mano por el pelo, tratando de recomponerme y de que mi respiración volviera a su ritmo natural.

Se acercó de nuevo, arrimando su boca a mi oído.

—Quiero verte moviéndote sobre mí.

—Tienes que dejar de decir eso. —Mis mejillas se sonrojaron al instante.

—Antes te gustaba.

—Jennie nos está esperando. —Abrí la puerta y tiré de él hacia dentro, evitando el tema.

—De acuerdo.

En cuanto entramos en la sala, vi a mi hija sentada en el sofá, balanceando sus piecitos de un lado a otro.

—¡Papi! —Se levantó de un salto y corrió hacia él en cuanto lo vio.

—Mi princesa. —John la tomó en brazos—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Estás aún más guapa. —Le apretó la naricilla, haciéndola sonreír.

—¡Gracias!

—¿Lista para salir?

—Sí.

John movió la cabeza para encontrarse con mi mirada.

—Voy al dormitorio por mi bolso. Tenemos que sacar la silla de Jennie de mi coche y meterla en el tuyo.

—No hace falta. Compré una.

—¿De verdad? —Me sorprendió.

—Sí. Así no tenemos que moverla. Dejamos una en cada coche.

—Está bien.

—Toma tu bolso, Jennie y yo te esperaremos.

—¡Sí! —dijo ella, feliz, acurrucada en los brazos de su papá.

Ella no era la única que se sentía más feliz desde que él había vuelto. Tener a John de regreso en nuestras vidas era exactamente lo que necesitábamos para ser aún más felices.

Fui por mi bolso y regresé justo a tiempo para verlos jugando. John inflaba las mejillas mientras Jennie, divertida, las aplastaba con sus manitos. Tardaron en darse cuenta de que yo estaba ahí, observándolos.

—¿Vamos?

Asintieron, y John salió con nuestra hija en brazos. El auto estaba estacionado a la sombra de un árbol, al otro lado de la calle. Primero la acomodó en su silla en el asiento trasero, luego abrió la puerta del copiloto para mí.

—Gracias.

—¿Te ayudo con el cinturón? —Se inclinó un poco hacia mí.

—No es necesario.

—Solo quería una excusa para tocarte más.

—¡John! —mi grito fue contenido para que nuestra hija no se diera cuenta.

Se limitó a sonreír mientras se ponía al volante.

Durante el camino, me habló sobre el trasplante de corazón que había hecho el día anterior a un niño de diez años, mientras Jennie tarareaba en el asiento trasero. Ella siempre había sido una niña alegre, pero desde que estábamos juntos como familia, su felicidad era aún más evidente.

Fuimos del sur al norte de Chicago, saliendo de los edificios pobres y destastados para entrar en un barrio de mansiones. Mi hija sentía curiosidad y se retorció en el asiento del coche para ver mejor las casas y la gente que pasaba.

—¿Dónde estamos, mamá?

—En la casa de los abuelos. —Fue John quien respondió.

—Qué bonito.

—Sí —acepté.

—¿Vamos a vivir aquí?

—No, mi amor —me apresuré a decir.

—Vamos a vivir en el departamento de papá. Está más cerca del trabajo de mamá...

Miré torcidamente a John, haciendo que se detuviera a mitad de frase.

—No hablamos de ello.

—Imagino que es solo cuestión de tiempo.

—Hablares más tarde. —Me crucé de brazos.

—¿Habrá juguetes?

—Podemos comprar muchos juguetes, Jen —respondió John.

—¡Yuju!

Me sentí incómoda al ver cómo las ilusiones empezaban a crecer en la mente de Jennie. John y yo habíamos retomado nuestra relación, pero aún no habíamos hablado de vivir juntos ni nada por el estilo. Por más que quisiera estar con él, sabía que no podía apresurarme y arriesgarme a terminar decepcionada.

Poco después, cruzamos el portón de metal y entramos en la propiedad de los Vaughn. Más que una simple casa, era una enorme mansión con extensos jardines alrededor. John rodeó una fuente y estacionó cerca de la puerta principal.

Por más veces que había estado en esa propiedad, esta vez parecía la más aterradora. Temía el juicio que podrían lanzar sobre mí y, aún más, cómo reaccionarían con mi hija. Podían hacer lo que quisieran conmigo, pero no iba a permitir que dijeran nada sobre ella.

—¿Vamos, cariño? —La levanté de la silla y le ofrecí la mano para que me acompañara.

—¡Vamos! —Saltó de emoción.

John se puso a mi lado y me puso la mano en la cintura.

—Pensé que no podría haber un amor más grande que el que siento por ti. —Se giró, mirando a nuestra hija.

—Entiendo.

Ver a Jennie llenaba mi corazón de alegría. Cada sonrisa suya era mi mayor fuente de felicidad. Las noches en vela para amamantarla y calmar sus cólicos, así como la preocupación de cómo la mantendría, desaparecían cada vez que ella me miraba. Sin duda, mi hija era lo que más amaba en el mundo.

Estar con ella me daba la fuerza necesaria para enfrentar a los Vaughn si fuera necesario.

Ni siquiera tuvimos que entrar en la mansión para verlos a todos. Probablemente oyeron el ruido del coche. Mis ojos escudriñaron a la familia parada en la entrada y afortunadamente no vi a Jason.

—¡Cristal! —Mary se adelantó, mostrando una sonrisa carismática—. Me alegro mucho de que hayas venido.

—Era importante para Jennie también.

—Desde luego que sí. —Se arrodilló para mirar a su nieta a los ojos—. Hola, Jennie, soy la abuela Mary.

—¡Hola!

—Eres muy guapa.

—¡Gracias!

—Te pareces mucho a tu padre.

—¡Sí!

—¿Puedo darte un abrazo?

—¡Claro! —Mi hija soltó mi mano y extendió sus bracitos hacia la nueva abuela.

Confieso que sentí un poco de celos. Si hubiera podido, me habría llevado a mi hija de regreso a mi vientre, protegiéndola de todo el mundo. Sin embargo, también debía comprender la importancia de que viviera y formara lazos, lo que incluía tener una relación con la familia de su padre.

—¡Qué niñita más adorable! —Jaqueline se acercó a su sobrina—. La tía también quiere abrazarte.

—¡Sí!

—¡Oh! —Jaqueline la envolvió en un abrazo.

—Todos están mintiendo, eres mucho más bonita que tu padre.

—Métete en tus asuntos, James. —John miró torcidamente a su hermano, que se echó a reír.

—Vamos a entrar. —El señor Vaughn hizo un gesto para que lo siguiéramos.

Jennie alternaba la mirada entre los miembros de su nueva familia. Todos parecían competir por su atención, lo que la dejó un poco confundida, o tal vez solo era yo buscando una excusa para llevármela bajo el brazo y salir corriendo de allí.

—¿Eres mi abuelo? —Jennie se detuvo delante de Donald.

—Así es.

—Tienes cara de abuelo.

—Tu padre, cuando tenía tu edad, también era tan inteligente como tú.

—¿Inteligente?

—Exacto. Hacía que la niñera corriera de un lado a otro por toda la mansión. ¿Tú también cansas a tu mamá?

—¿Yo? ¿Cansar?

—Solo de vez en cuando —respondí por ella al darme cuenta de que se había perdido en la conversación.

—Sí, solo de vez en cuando —Jennie repitió lo que dije.

—Oh, quiero ponerla en un frasco, Cristal. —Jaqueline se acercó a mí, suspirando al ver a su sobrina—. Deberías haberme contado sobre ella, habría traído a John de vuelta, aunque fuera a rastras.

—Para mí era complicado. —Bajé la mirada.

—Supongo, pero hablemos de cosas buenas. —La alegría contagiosa de Jaqueline pronto llenó la sala—. Tengo muchas ganas de verlas a ustedes dos.

—Ve con calma. —John contuvo el entusiasmo de su hermana.

—Está bien.

—Vamos al comedor. —Indicó Mary—. Ya he pedido que nos sirvan la comida e imagino

que mi nieta estará hambrienta.

—¿Hambre? —Jennie movió la cabecita.

—Sí, ¿tienes hambre?

—¡Quiero comida!

—La abuela te alimentará. —Le ofreció la mano a Jennie.

—¡Iuju!

Me quedé observando a las dos caminar al frente, pero no me alejé de ellas.

Avanzamos hasta la sala de comedor de la mansión, que parecía exactamente igual después de cinco años. Hasta el viejo cuadro del abuelo de John seguía sobre la chimenea, mirando a todos como si estuviera vigilando cada uno de nuestros pasos. El médico era el pionero de la familia, que había fundado el hospital y dejado un legado que se extendería a sus nietos.

—Siéntate aquí, Jennie. —Mary sacó una silla para mi hija, que se acomodó, pero como era muy pequeña, quedó muy por debajo de la parte superior de la mesa.

—Papá va a traerte un almohadón —dijo John, dejando claro que él también estaba mirando.

—Gracias.

—Dime una cosa, Jennie. —James llamó la atención de su sobrina y ella giró la cabeza para mirarlo—. ¿Qué quieres ser cuando seas grande?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No sé...

—¿Nunca has pensado a qué te gustaría dedicarte? ¿Vas a ser doctora como tu padre?

—¿Doctora?

—Sí, para curar a los enfermos.

—Voy a ser una bailarina.

—Inteligente ella. —Jaqueline se rió de la respuesta de su sobrina—. Debe ser mucho menos agotador que los turnos de doce horas.

—Imagino que el personal ortopédico no está de acuerdo contigo, hermana. —John volvió a la sala y levantó a nuestra hija, colocando un almohadón grande debajo de ella para que estuviera a una altura más cómoda en la mesa—. Mucho mejor ahora, princesa.

—Gracias, papi.

—De nada, hija.

—Es muy linda. —Jaqueline no dejaba de mirar a mi hija.

—Siéntate tú también. —Donald, el patriarca de la familia, me indicó una silla para que

pudiera acomodarme y, tal vez, para que me quitara un poco la expresión seria que les dirigía a todos.

Era evidente que estaba en alerta; no podía ocultarlo y ya ni me molestaba en intentarlo. Sin embargo, ¿quién en mi posición no desconfiaría de esa familia? Había confiado plenamente en todos los Vaughn una vez, y eso me costó mi felicidad y la presencia del padre en la vida de mi hija.

Siempre supe que era muy diferente a ellos; no había nacido en una mansión, y mucho menos tenía un título de médico. De hecho, nunca había pisado una universidad para hacer algo. Tuve que empezar a trabajar temprano para ayudar a mis padres, que no tenían los miles de dólares que costaba una carrera. A pesar de estar en niveles muy distintos, me había esforzado al máximo por criar a mi hija y estaba orgullosa de la mujer en la que me había convertido en los últimos años.

—¿Sigues trabajando en el mismo sitio?

Parpadeé al darme cuenta de que Donald me hablaba a mí.

—Sí, hace siete años.

—Debe ser un buen trabajo.

—Al menos tiene seguro médico. —Me encogí de hombros y se echó a reír.

—Eso es muy importante. Los tratamientos médicos son responsables de muchas quiebras en el país.

—Así es —murmuré, esbozando una sonrisa forzada sin saber qué más decir.

—¿Comemos? —Jennie miró la comida de la mesa y luego a mí. En otros momentos le habría reprochado que no tuviera un poco de paciencia, pero aquella fue una buena excusa para que dejáramos el tema.

Mary sirvió a su nieta y la observó mientras Jennie comía sola. Era una niña de cuatro años, pero ya era bastante independiente y sabía arreglárselas bien por su cuenta. Probablemente era una característica que había heredado de mí.

Cuando todos estaban masticando, me serví.

Afortunadamente, Mary cumplió su promesa y Jason no apareció. Supuse que si el hermano menor de los Vaughn hubiera aparecido, me levantaría, incluso en medio de la comida, y me llevaría a mi hija conmigo.

Ese hombre ya me había hecho bastante daño.



John

Capítulo treinta y tres

Estacioné frente al edificio donde vivía Cristal esa noche de domingo y observé a mi hija a través del espejo retrovisor. Jennie ya estaba somnolienta, moviendo la cabeza de un lado a otro, dando señales de que se dormiría en cualquier momento.

—Gracias por haber venido —dije, apagando el motor y girándome hacia Cristal, que miraba hacia afuera.

—Fue bueno para Jennie.

—No todos son como Jason.

—Menos mal, ¿no? —Ella hizo una mueca que me hizo reír.

—Odio a mi hermano más que a nadie por lo que pasó. Si no nos hubiera separado, Jennie podría haber tenido una vida mucho mejor.

—Ella ha tenido una buena vida —Cristal se apresuró a corregirme—. No porque no tuviera tu dinero significa que no tuvo una infancia feliz y saludable.

—Lo sé... —intenté rectificar—. Pero no le di mi cariño. —Extendí la mano hacia atrás para acariciar su rostro y mi hija se acurrucó contra mí como una gatita mimosa.

—Ya pasó.

—Lamentablemente sí, pero haré lo mejor a partir de ahora.

—Eso es lo que espero.

—Confía en mí. —Puse mi mano en su muslo, atrayendo su mirada hacia mí.

Cristal respiró hondo, con el pecho agitado, y negó con la cabeza. Quise inclinarme hacia ella y tomar sus labios, pero detuve el impulso al recordar que nuestra hija seguía en el coche.

—Vamos a subir. —Ella desabrochó su cinturón.

—Déjame llevar a Jennie.

—Ella puede caminar.

—Tiene sueño, pobrecita. Yo la llevaré.

—Así la vas a malcriar.

—Ese era mi plan.

—Ah, ya para. —Frunció el ceño y apretó los dientes—. No me esforcé tanto por criarla para que llegues y lo arruines todo.

—Estoy seguro de que controlarás la situación. —Abrí la puerta trasera del coche, desabroché el cinturón de seguridad de Jennie y la levanté. Refunfuñó, pero dejó de hacerlo cuando la estreché contra mi pecho.

—No exageres. —Cristal seguía desconfiando.

—Lo intentaré.

Caminamos hacia el interior del edificio y subimos por las escaleras hasta el tercer piso, donde estaba el departamento. Cristal tomó la llave y entramos en la sala. El lugar estaba vacío y ella se dirigió a encender la luz.

—Creo que mis padres aún no han llegado de la iglesia.

—Deben estar disfrutando.

—Hoy es un día de celebración.

—Eso es lo que pensé. Voy a acostar a Jennie. —Pasé junto a Cristal hacia la pequeña habitación que compartía con nuestra hija.

Me acerqué a la cama apoyada en la pared y acomodé a Jennie sobre ella, dándole un beso en la frente. Le quité los zapatos, tiré una cobija sobre sus hombros y la pequeña se movió hasta abrazarla.

—Hoy ha sido un día agotador para ella. —Cristal se me acercó con las manos en los bolsillos.

—No creo que fuera solo para ella. —Rodeé su cintura con los brazos y acerqué a Cristal a mi pecho.

—John... —Se encogió cuando la besé en el cuello.

—¿Qué ocurre?

—Jennie está durmiendo allí.

—Vamos al pasillo. —La arrastré conmigo.

—No es solo por eso.

—¿No? —La empujé suavemente contra la pared, apoyando mis manos sobre la superficie y atrayendo su mirada, manteniéndola fija en mí.

—Ahora tenemos que preocuparnos por nuestra hija.

—¿Crees que no me preocupo? —Mantuve mi mirada firme y noté que ella se estremecía un poco más.

—Es que no puede vernos.

—Está dormida. —Volví a besarla en el cuello y Cristal me sujetó el hombro, presionándolo con las uñas.

—John...

—¿No quieres?

—No es eso.

—Tus padres no están aquí y Jennie está durmiendo. No hay por qué preocuparse.

—Si se despierta y estamos en medio del pasillo, no habrá tiempo de vestirse y...

Abrí la puerta del pequeño cuarto de baño y la metí dentro conmigo, cerrándola tras nosotros y poniendo la traba.

—Problema resuelto.

—¡Eh!

—Puedo llevarte a mi departamento. —Volví a besarle el cuello mientras mis manos recorrían su cuerpo y separaban sus nalgas.

—Mañana tengo que trabajar.

—Yo también, pero mañana será otro día. —La apreté contra mi pecho, arrancándole un profundo suspiro mientras mis manos la exploraban más a fondo.

—Dormiré aquí esta noche.

—Entonces nos quedaremos aquí.

—Y tú te irás a tu casa.

—¿Me estás echando? —Dejé de acariciarla y puse ambas manos en la puerta.

—No.

—Mejor así. —La besé de nuevo, hundiendo mi lengua en su boca, buscando la suya con deseo y ferocidad.

Adoraba disfrutar su sabor; era como el vino, había mejorado con el tiempo. Hice girar mi dedo en su cintura y abrí el cierre de su pantalón, bajándolo hasta la mitad de los muslos. Mis manos rodearon su cintura y bajaron hasta sus nalgas, presionando su piel suave. Ella se movió sobre mis palmas, indicando que disfrutaba de mi toque.

Si había algo que echaba de menos durante ese tiempo separados, era tomarla así en mis brazos y hacerla gemir mientras marcaba su cuerpo con el mío.

Bajé su tanga hasta la mitad de los muslos, uniendo las prendas, y me aparté para girarla, colocándola con el rostro hacia la puerta mientras me acomodaba detrás de ella. Cristal inclinó la cabeza hacia un lado y mordí su oreja, haciendo que frotara su culo desnudo contra el bulto que se había formado en mi pantalón.

Bajé una mano y le di una palmada en la nalga, sacándole un gritito ahogado. Una de mis manos se deslizó hacia adelante, recorriendo el interior de su muslo hasta alcanzar su vulva. Su cuerpo tembló cuando bajé el dedo y encontré su clítoris, moviéndolo con provocación.

Noté que apretaba los labios, tratando de mantenerlos bien cerrados para que los gemidos no se escaparan y nos delataran. Con la mano libre, tiré de su cabello para acercarme a su oído. La mordí, provocando aún más espasmos mientras se frotaba contra mí.

Mi erección pulsaba dentro de los pantalones, deseando estar dentro de ella, y abandoné la noble intención de prolongar el momento. Abrí mi cremallera, sacando mi verga y acercándola en la unión de las piernas de Cristal. Froté mi sexo contra el suyo, sin meterla, pero podía sentirla húmeda y latiendo. Me coloqué mejor y la penetré despacio, haciendo que Cristal gimiera con mi invasión y se moviera contra mí.

Puse una mano en su cintura y la otra subió por dentro de su camisa, entrando bajo el sujetador para agarrar su pecho izquierdo directamente.

Deliraba con sus contracciones, los músculos de su canal presionándome a cada movimiento y haciendo que el sexo fuera aún más placentero. Comprimí los dedos que la sostenían, convirtiéndola en rehén de mis movimientos. La forma en que Cristal se movía y se frotaba contra mí indicaba que estaba disfrutando bastante de lo que hacíamos.

—Qué placer... —Mordisqueé su cuello y lamí hasta su oreja.

—¡Ah, John!

—Extrañaba echarte un polvo. —Seguí moviéndome.

—Me encanta. —Sacó el culo un poco más, permitiéndome entrar más profundamente en su canal.

Me di la vuelta y salí de ella para girarla hacia mí. Terminé de bajarme los pantalones y los calzoncillos. Cuando por fin cayeron al suelo, rodeé mi cadera con una de sus piernas y volví a penetrarla. Esta vez Cristal no pudo contener un gemido, estaba completamente avergonzada, pero su rubor se disolvió y solo quedó una expresión de placer.

Me sostuvo la cara, sosteniendo mi mirada mientras yo continuaba en una intensa búsqueda para llevarnos a ambos al orgasmo. Volví a besarla, sintiendo el sabor del fuego y la pasión en sus labios. No había nada más delicioso que estar así.

No me retiré ni dejé de moverme cuando sentí que se acercaba el placer, me dejé llevar por la intensidad del momento hasta que no pude contenerme más y eyaculé mi semen dentro de ella. Hice un esfuerzo por seguir moviéndome hasta que sentí que ella se unía a mí en el orgasmo.

Cristal apoyó la cabeza en mi hombro y yo le acaricié el pelo castaño mientras nos recuperábamos del momento.

—Me haces perder el aliento. —Apoyó la mano en el pecho, que subía y bajaba rápidamente.

—Como si no te gustara.

—Me encanta.

Le sonreí y Cristal me devolvió la sonrisa.

—Hija, ¿ya estás aquí? —Oí una voz femenina que venía de otra habitación.

—Son mis padres —susurró un poco aterrorizada. Apresurándose a empujarme, me hizo sacar mi verga de dentro de ella y mi semen corrió por sus muslos.

—¡Cálmate!

—¿Qué les voy a decir?

—No hace falta decir nada.

—Ellos...

—¿Cristal?

—Estoy en el baño, mamá.

—Me alegro de que estés aquí. Tu padre está hablando con un vecino abajo, pero subirá pronto.

—Enseguida salgo.

—De acuerdo.

—¿Cómo está tu corazón? —Le puse la mano en el pecho, pero Cristal me esquivó, metiéndose en la ducha para lavarse.

—Estoy bien.

—¿Segura? Mi equipo...

—No tienes que tomarme la tensión cada vez que tengamos sexo.

—Solo estoy preocupado por ti. —Puse la mano en la pared y me quedé mirándola mientras me salpicaban unas gotas de agua.

—Lo sé, John, pero estoy bien.

—¿Me prometes que me lo dirás si te sientes mal?

—Te lo prometo. Ahora vístete. —Me señaló la verga, que aún sobresalía de los pantalones.

—¡Listo! —Me limpié y me arreglé la ropa.

Esperé a que Cristal se vistiera antes de que abriera la puerta del baño y saliéramos juntos.

—Cristal, hija... —Su madre vino hacia nosotros, pero se detuvo cuando sus ojos se cruzaron con los míos.

—¡John!

—Buenas noches, señora Castilho.

—No sabía que estabas aquí.

—Ya se va. —Cristal me empujó hacia la puerta de entrada.

—¿Podemos vernos mañana a la hora de comer?

—Ok.

Sin preocuparme de que su madre nos estuviera mirando, atraje a Cristal hacia mí y le di un beso, en el que no pude profundizar demasiado.

—Hasta mañana, amor.

—Nos vemos.

Me acompañó hasta la puerta y me cerró.

Por más que volviéramos a estar juntos, no me gustaban las despedidas, creía que habíamos estado lejos demasiado tiempo.



Cristal

Capítulo treinta y cuatro

Dejé a Jennie en la escuela esa mañana, inusualmente soleada para un otoño, y me dirigí al edificio donde trabajaba. Sabía que Donna me iba a bombardear con preguntas en cuanto me viera, así que ya estaba preparada para eso.

Sentía un poco de opresión en el pecho, pero pensé que solo era tensión por los acontecimientos recientes. Tenía una cita con Eric dentro de dos días y esperaba que la medicación que me había recetado me mantuviera bien. Con una hija de cuatro años que criar, no podía dejar que nada, ni siquiera una afección cardíaca, me deprimiera.

—¡Buenos días!

—¡Hola, Donna!

—Te ves bien.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Fruncí el ceño mientras guardaba mi bolso antes de volver a mirarla.

—¿No visitaste ayer a la familia de John? ¿Cómo sobrevivió Jennie a los buitres de bata blanca?

—Eres un poco dramática.

—¿Yo, dramática? Me estás engañando... —Cruzó los brazos, inflando el pecho y haciendo un puchero que me hizo reír.

—Fue mejor de lo que imaginaba.

—¿A qué te refieres?

—Fueron amables con Jennie y conmigo. Parecía que al menos hacían un esfuerzo.

—¿Y Jason?

—No estaba allí.

—Ah, ¡menos mal! —Dejó escapar un largo y profundo suspiro de alivio, inclinándose sobre el mostrador—. Tobias pensó que me iba a dar un infarto de tanto que hablaba de eso.

—Pobre tu marido.

—¿De mi marido? —Hizo un puchero—. ¿Así es como consideras a tu mejor amiga?

—Sabes que pienso demasiado en ti.

—Mejor así.

Negué con la cabeza ante su drama, que afortunadamente no se prolongó porque llegaron visitantes a ser recibidos.

Después de rellenar todos los formularios y entregarles las acreditaciones para acceder a las plantas del edificio, saqué el móvil del bolso y me encontré con un mensaje de John.

John:

¿Vas a almorzar conmigo?

Cristal:

¿No tiene el prestigioso médico de Chicago ninguna operación importante que realizar hoy?

John:

En realidad, todo lo que tengo previsto es una mañana de papeleo. No sé cómo hacía mi papá para manejar todo esto.

Cristal:

Parece que le gustaba ser el presidente del hospital.

John:

Por eso decidió jubilarse, jaja.

Cristal:

Creo que todo el mundo merece jubilarse algún día.

John:

Puede ser, pero te estás saliendo del tema.

Cristal:

Puedes recogerme para el almuerzo.

John:

Estupendo.

Cristal:

Solo tengo una hora.

John:

Haré que dure.

Volví a guardar el móvil en el bolso con una sonrisa, que sin duda me delató ante Donna.

—¿Era tu cirujano favorito?

—Sí, quiere que almuerce con él.

—¿Un restaurante elegante? ¿Puedo acompañarte?

—¡Donna!

—Solo bromeaba. —Ella se rió.

—Graciosa. —Hice un puchero que no duró mucho.

Volví a centrarme en mi trabajo, ajustando una lista de invitados que acudían a un acto en el auditorio del edificio. Me perdí entre nombres y documentos de identidad hasta que mi mejor amiga me dio un codazo.

Levanté la cabeza de la pantalla del ordenador y lo vi entrar en el vestíbulo. Llevaba traje y una amplia sonrisa.

—Hola, John.

—Hola, amor.

—Hola a ti también. —Donna lo saludó.

—¿Cómo estás? —interactuó con mi mejor amiga.

—Bien.

—¿Puedo robarte a Cristal para comer?

—¿Tengo elección?

—No.

—Entonces, siéntete libre.

Se rieron el uno del otro.

—¿Vamos? —John me ofreció la mano. Me agaché para recoger mi bolso antes de aceptarla y salimos juntos del edificio.

Nos detuvimos en la calle y pidió un taxi.

—¿No vamos en coche?

—Tenemos poco tiempo y no quiero preocuparme por el estacionamiento.

—Qué inteligente.

Me guiñó un ojo, asintiendo.

Me senté primero en el asiento trasero y John esperó a que me acomodara antes de sentarse a mi lado.

—¿Cómo estaba Jennie esta mañana?

—Estupenda.

—¿Y en la escuela?

—Cada vez le gusta más ir. Ya ni parece el primer día.

—¡Qué bien!

—Dímelo a mí.

John dio instrucciones al chofer, que nos llevó a un restaurante elegante no muy lejos de allí. No me sorprendía, no era la primera vez que me llevaba a un lugar así. Durante los cinco años que salimos, en varias ocasiones me mostró parte de su mundo y todo lo que el dinero de su familia podía ofrecer.

Me puso la mano en la cintura y me guió dentro del restaurante hasta la recepción, donde una mujer recibía a la gente.

—¡Buenos días!

—Hice una reserva a nombre de John Vaughn. Una mesa para dos —dijo con firmeza.

—¡Ah, señor Vaughn! —Los ojos de la mujer se abrieron de par en par al oír el apellido. La familia era importante y no había persona en Chicago que no hubiera oído hablar de ellos—. Acompáñenos, por favor. —La mujer abrió paso unos instantes después de salir de su desconcierto.

—¿Dijo algo tu madre sobre lo de ayer? —Acercó su cabeza a la mía y susurró.

—No, por suerte.

—Somos adultos.

—Pero es mejor que no lo sepa, le preocupará que acabe embarazada otra vez.

—No estaría mal.

—¡John!

—Por favor, pónganse cómodos aquí. —La mujer indicó una mesa que estaba cerca de la ventana, lo que daba una hermosa vista de toda la ciudad.

—Gracias.

Ella asintió y John me acercó una silla y se sentó frente a mí.

—Sin mariscos hoy —dije al recibir el menú.

—Pensé que te gustaban. —John hojeó el suyo.

—No todo el tiempo.

—De acuerdo.

Hojeé la carta y elegí carne roja antes de devolvérsela al camarero que esperaba para tomar nuestros pedidos.

—Eric me recordó tu consulta.

—Está bien, Doctor.

Se inclinó sobre la mesa, me tomó de la mano y me obligó a mirarlo.

—No quiero perderte otra vez, por nada del mundo.

—No lo harás —le aseguré, porque mi certeza tenía que bastar para que todo saliera bien.

—¡Te amo! —Entrelazó sus dedos con los míos.

—Yo también te amo, John.

—Jaqueline ha venido hoy a mi despacho para decirme lo mucho que le ha gustado conocer a Jennie.

—Siempre fue muy amable.

—Creo que el mérito es de nuestra hija, seguro contagia a todos. Igual que tú.

—No sé si lo mío sea tan cierto.

—Apuesto a que sí.

—Gracias.

Llegaron nuestros platos y nos apartamos para que el camarero los colocara en la mesa. Esperé a que acomodara todo antes de tomar los cubiertos para servirme.

—Hablando de que ella contagia a todos, quiero que Jennie conozca a Eric. Es mi mejor amigo y le encantará verla.

—Solo hay que coordinarlo.

—Probablemente le gustará más que James.

—De eso no tengo ninguna duda. —No estaba bromeando, pero John se rió de todos modos.

Corté un trozo de mi filete mientras lo miraba. Su sonrisa contagiosa y sus hipnotizadores ojos verdes me contuvieron por completo. Por un momento sentí como si no hubiéramos pasado cinco años separados y él nunca se hubiera ido de mi lado.

Nuestro amor mutuo seguía siendo exactamente el mismo. Volvía a sumergirme en aquel cuento de hadas y esperaba que esta vez encontrara mi final feliz.

—¿Quieres un buen final después de esta comida?

—John, no voy a ir contigo al baño del restaurante a tener sexo.

—¿Baño? —Se hizo el incomprendido—. Hablo de postres. Todavía te gusta el petit gâteau, supongo.

—Me gusta.

John hizo una señal al camarero, que se acercó a servirnos.

—Trae los postres —dije y me volví hacia Cristal—. Lleva a Jennie a mi casa.

—Ella tiene que despertarse temprano para la escuela mañana —evadí.

—La dejaremos juntos en la escuela.

—¿Y dónde dormiré, entre los dos en la cama?

—Claro que no. En su habitación.

—¿Tiene una habitación para ella? —Enarqué una ceja sorprendida por lo que oía.

—Sí. Es que no tuve tiempo de enseñártela la última vez.

Abrí la boca varias veces sin poder emitir sonido; me sentí un poco incómoda y honestamente no esperaba que hubiera pensado en ese detalle.

—Por supuesto, le falta un poco más de color y estilo, pero estoy seguro de que podríamos solucionarlo en una visita a algún comercio de decoración.

—Es increíble, John, pero creo que va a ser un poco confuso para Jennie.

—¿Confuso? —Se reclinó en la silla.

—Sí. Ella tiene que compartir un cuarto conmigo, mientras que en tu departamento tiene uno solo para ella. Está bien que duerma allí de vez en cuando, pero...

—Cristal, ya no tienes que compartir habitación con Jennie. Quiero que compartas una habitación solo conmigo.

—John, yo...

—No digas nada ahora. —Levantó la mano para detenerme, intentando hacerme callar.

—¿Qué ocurre?

Un mesero se acercó con un carrito lleno de flores, mientras otro ponía un plato frente a mí, donde había una salsa que decía: **¿Quieres casarte conmigo?**

Antes de que pudiera procesarlo, John sacó una cajita de su bolsillo y se arrodilló frente a mí.

—Cristal, ¿quieres casarte conmigo?

Intenté controlar la respiración mientras el corazón se me aceleraba. Era un mal momento para estar enferma y no quería que ocurriera justo en ese momento.

—Cristal, ¿va todo bien?

—Sí... —Respiré entrecortadamente—. ¿No crees que esto va un poco rápido para un pedido así?

—Para ser sincero, no quiero que se posponga más. Llevo cinco años con ese anillo escondido. —Se levantó y me tocó la cara con cariño.

—¿Me ibas a pedir matrimonio antes? —Me sentí abrumada por una mezcla de sorpresa y

tristeza.

—Lo habría hecho esa misma semana si Jason no hubiera hecho de las suyas.

—¿Crees que él lo sabía?

—No lo sé, pero no quiero pensar en ello ni dejar de estar cerca de ti. Por favor, Cristal, cástate conmigo.

—Sí. —Esbocé una sonrisa del tamaño del mundo. —Claro que me voy a casar.

Se acercó para darme un beso y me lancé a sus brazos, abrazándolo con fuerza.

Los demás clientes del restaurante empezaron a aplaudir y a felicitarnos por el momento.

Después de que colocó el anillo en mi dedo, volví a mi silla y disfruté del postre con un sabor especial, recordando el pedido de matrimonio. Nunca creí que ese momento llegaría, pero finalmente mi vida parecía volver al camino que más me hacía feliz.



John

Capítulo treinta y cinco

Estaba analizando el estado financiero del hospital del mes pasado cuando escuché un golpe en la puerta.

—¿Grace?

—¿Puede entrar el señor Chan?

—Por supuesto.

Desapareció de mi vista, haciendo sitio para que mi mejor amigo entrara en mi salón. Eric se paró frente a mí y me analizó.

—¿Qué ocurre?

—¿Hiciste la propuesta?

Moví la cabeza afirmativamente y la sonrisa creció en mi rostro antes de que pudiera contenerla.

—Por la expresión de su cara, imagino que aceptó.

—¡Estoy tan feliz, amigo!

—Imagino que sí.

—¡Por fin va a ser mi mujer!

—Menos mal. Ya pensaba que eso nunca iba a suceder.

—¡Cierra la boca!

—¿Cómo está su corazón? —Eric se acercó a la mesa para analizarme mejor.

—Se veía bien.

—Qué bueno. Voy a organizar tu despedida de soltero.

—¡Vamos con calma, Eric!

—No más calma. Cástate con esta mujer de inmediato.

Nos reímos juntos.

—Gracias por tu apoyo.

—Para eso están los amigos. Ahora tengo que atender a dos pacientes, pero llámame si necesitas algo.

—No hay problema.

Eric asintió y salió de mi despacho.

Antes de volver al papeleo, saqué el móvil y envié un mensaje a Cristal.

John:

¿Vas a dormir en mi apartamento?

Cristal:

Tal vez si lo acordamos para otro día.

John:

No huyas de mí, futura esposa.

Cristal:

Tengo que pasar por la casa de mis padres a recoger ropa para mí y para Jennie.

John:

Ve a buscar a Jennie, yo me encargaré de la ropa.

Cristal:

No es necesario que compres cosas nuevas.

John:

Te espero en mi apartamento.

Cristal:

Está bien, me convenciste.

John:

Serás bien recompensada por aceptar.

Cristal:

Cuento con ello.

John:

Te amo, hasta luego.

Cristal:

Yo también te amo.

Guardé el móvil y volví a la burocracia administrativa, deseando que llegara nuestro reencuentro.



Cristal

Capítulo treinta y seis

—¡Mamá! —Mi hija soltó la mano de la maestra, que estaba parada en la entrada de la escuela, y corrió hacia mí.

—Hola, mi amor. —La abracé y nos quedamos así el tiempo que consideré necesario para matar la nostalgia de haber pasado todo el día lejos de ella—. ¿Cómo te fue en clase, angelito?

—Genial.

—Qué bueno. —Me aparté un poco para mirar su carita, colocando un mechón de su cabello detrás de la oreja.

—Qué anillo tan bonito.

—¿Este? —Extendí la mano con un enorme diamante para que mi hija pudiera verlo. El peso de la joya me recordaba que la tormenta de estar lejos de John iba a terminar, y finalmente estaríamos juntos, lo que me hacía aún más feliz—. Tu papá me lo dio.

—Me gusta.

—A mí también. Hablando de tu padre, vamos a su casa.

—¿De mi otro abuelo?

—No, donde tu padre vive solo.

—¡Ah! Vamos.

Guié a mi hija hasta el coche y la senté en su sillita, acomodándola para conducir hasta el departamento de John. Él me había dado la dirección y seguí el GPS hasta llegar al edificio.

Nos dejaron pasar en la entrada y subimos hasta el penthouse. Cuando entramos, sentí un olor a comida tan pronto como John abrió la puerta.

—Mira a las mujeres de mi vida.

—¡Papi! —Jennie se abrazó a su pierna.

—¡Hija! —Se agachó para levantarla.

La niña se abrazó al cuello de su padre, pero eso no impidió que él se inclinara para darme un beso rápido.

—¡Qué asco! —Jennie hizo una mueca y nos reímos.

—¿No te gustan los besos? —John la besó en la frente y luego en la mejilla, haciéndola estremecerse.

Me uní a ellos y colmé de besos a mi hija hasta que nos pidió que paráramos.

La abracé y nos quedamos los tres juntos hasta que me separé.

—Bonito anillo, papi.

—¿Te lo enseñó mamá?

—Sí.

—¿Te ha dicho lo que significa?

Jennie negó con la cabeza.

—Que ustedes dos van a venir a vivir aquí conmigo y seremos la familia que deberíamos haber sido desde el principio.

—¡Sí!

—Pero va a llevar un tiempo. —Contuve la emoción de mi hija antes de que empezara a pensar que a partir de ese día viviríamos con su padre.

—No mucho, espero. —John me miró.

—Los preparativos de una boda pueden llevar mucho tiempo.

—No cuando tienes los recursos.

Sonreí con un tono forzado y no dije nada más. A veces olvidaba cuánto dinero tenía, y eso me hacía sentir incómoda. Solo esperaba que toda esa fortuna no se interpusiera entre nosotros.

—¿Vemos tu habitación, princesa?

—¿La mía? —Los ojitos verdes de Jennie se abrieron de par en par, completamente sorprendida.

—Sí, la tuya.

Los seguí por el pasillo hasta que John abrió una puerta. En la habitación había una cama

individual y un armario. Sobre el colchón había varias bolsas y cajas envueltas en papel de regalo.

—¿Es para mí?

—Puedes ir a abrirlos. —John la bajó al suelo y la dejó explorar todos los regalos que había comprado para ella.

—Exageraste. —Me detuve seriamente a su lado.

—Se lo merece.

—¿Qué dije de no mimarla demasiado? —Me crucé de brazos, no quería ser la gruñona, pero a Jennie le costaría mucho más entender cualquier cambio y mi mayor temor era que lo perdiera todo...

—¿Por qué no la dejas disfrutar y vienes a ver a los tuyos?

—¿Cómo que los míos?

John no respondió, solo me empujó hacia la puerta de la suite, revelando las bolsas sobre la cama matrimonial.

—No deberías haber comprado todo esto.

—Necesitabas ropa nueva.

—Tengo ropa en casa.

John se detuvo detrás de mí, subió sus manos por mis brazos hasta que sujetó mis hombros y apoyó su cabeza en la mía.

—Quiero que este sea tu hogar.

—Esperemos a la boda.

—Por mí, puede ser mañana.

—Hemos esperado cinco años, podemos esperar un poco más.

John me agarró de la cintura, me dio la vuelta y me puso contra la pared, haciéndome quedar de cara a él. Apoyé las manos en su pecho, sintiendo cómo latía, y levanté lentamente la cabeza hasta que mis ojos se encontraron con los suyos.

—Es justamente por eso. —Sostuvo mi mentón, convirtiéndome en prisionera de su mirada—. Hemos esperado demasiado.

—Las bodas están llenas de detalles y preparativos. Seguro que Donna estará encantada...

—Déjalo en manos de mi madre, tiene tiempo de sobra para ocuparse de toda la burocracia.

—¿Y volverme loca en el proceso?

—Sí, puede que no sea tan buena idea...

—Así es.

Continuó con las manos en mi cintura y bajó hasta mi culo, apretándolo por encima del

pantalón.

—Podemos fugarnos y casarnos en la playa.

—¿Qué crees que dirá la prensa sobre eso? —Subí las manos, apretando su camisa hasta presionar sus hombros.

—Pensé que no te preocupabas por eso, señorita Castilho.

—Eres un Vaughn, siempre se ha dicho.

—Es solo cuestión de tiempo que tú también seas. —Inclinó la cabeza en mi dirección y nuestros labios se acercaron.

John me apretó el culo con más fuerza, ajustando mi cuerpo al suyo, pero antes de que pudiera besarme, nuestra hija gritó.

—¡Mamá, mira!

Lo empujé por los hombros para que se apartara y Jennie no nos viera en una posición inapropiada.

—¿Qué pasa, hija?

—¡Mira! —La niña se detuvo a nuestro lado, saltando con una muñeca en las manos.

John había comprado una de esas caras que Jennie siempre veía en la televisión y pedía, pero que yo nunca pude comprar.

—Qué hermosa, mi amor.

—Es de esa.

—Lo sé, lo sé.

Jennie abrazó a la muñeca emocionada.

—¿Te gusta, hija mía? —John se arrodilló ante la niña.

—Muchísimo. —Seguía saltando de emoción—. ¡Gracias, papi! —Lo rodeó con los brazos y John le devolvió el abrazo, estrechándola contra sí.

—De nada, mi princesa.

—Me alegro de que estés con nosotras.

—Y yo me alegro mucho de estar contigo y con tu madre. —Le besó la coronilla y se giró para mirarme—. Demasiado me alegro.

—Yo digo lo mismo. —Suavicé un poco mi postura.

—¿Tienes hambre?

—¡Comida! —Jennie se animó—. Me quedará con la muñeca.

—Vamos entonces. —John se levantó, puso una mano sobre el hombro de su hija y con la otra me tomó de la cintura para guiarme hacia la cocina.

Él había comprado comida en un restaurante pensando en nuestra cena.



John

Capítulo treinta y siete

Serví a Jennie mientras Cristal colocaba la comida en nuestros platos. El brillo de felicidad en los ojos de mi hija me contagiaba. La niña no era la única emocionada de tener a la familia reunida y la vida que nos esperaba de ahora en adelante.

Amé a Cristal prácticamente desde el momento en que nos cruzamos en aquel bar cercano al hospital. Al principio se había mostrado bastante escurridiza y solo cedió cuando conseguí demostrarle que no era un vividor que buscaba divertirse con ella.

Si no hubiera sido por Jason, habría disfrutado de la felicidad de tener una familia durante mucho más tiempo. Mi madre solía decir que no debía odiarlo, que ella valoraba la armonía de los hermanos y por eso siempre acababa pasando por alto las estupideces que cometía el menor. Desde niño, parecía incapaz de ver la felicidad a su alrededor, tendía a destruir todo y fui demasiado ingenuo al pensar que no intentaría afectar mi relación.

Romper las muñecas de Jaqueline ya era un indicio de lo psicópata que era. Después de darme cuenta de cómo había conseguido dañar mi vida, solo podía pensar en lo bonito que sería que la próxima vez que lo ingresaran en una clínica de rehabilitación tiraran la llave y lo dejaran allí encerrado para siempre.

—¡Papi! —gritó Jennie, haciéndome desviar mis pensamientos de mi psicótico hermano.

—¿Qué pasa, hijita?

—A comer.

—Sí, vamos. —Tomé los cubiertos, pero Cristal me agarró la mano antes de que pudiera dar el primer bocado.

—¿Qué? —Enarqué una ceja y me giré hacia ella.

—Deja que Jennie rece una oración.

—De acuerdo. Puedes rezar, niña.

—Padre Celestial, bendice nuestra comida. Dásela a los que no la tienen. Gracias por la presencia de papá. Amén.

—Amén. —Cristal y yo hablamos juntos.

Empezamos a comer y entre bocado y bocado alternaba mi mirada entre mi mujer y mi hija. Me culpaba por haber huido y por haberme pasado el infierno castigándome en Afganistán mientras podría haber estado con ellas disfrutando de la vida familiar y siendo feliz.

Después de la cena, saqué helado, dejando que Jennie se llenara la cara de chocolate mientras Cristal me lanzaba una mirada de desaprobación. Quería darle el mundo a mi hija y, de algún modo, compensar mi ausencia, aunque su madre intentaba recordarme que, como toda niña, también necesitaba límites.

—Ahora vamos a bañarnos. —Cristal retiró los platos sucios y los dejó en el fregadero antes de volver junto a nuestra hija.

—No quiero.

—Sí, señorita. No te irás a dormir sudada y llena de chocolate, y además, he visto un pijama de cebra que te ha comprado tu padre. Estarás preciosa.

—Solo el pijama.

—¿Pijama sin baño?

Movió la cabeza afirmativamente y me sonrió con picardía, como si yo fuera cómplice de su arte.

—Nada de eso, hija. —Me levanté de la silla y la cargué en brazos—. Mamá dice que es hora de bañarse, y eso vamos a hacer.

—¡Oh, no, papá!

—Sí, las princesas se bañan.

—¿Todas? —Apoyó su cabecita en mi hombro.

—Sí. Todas. Por eso son tan hermosas. ¿Sabías que si no te bañas, te conviertes en bruja?

—No quiero ser una bruja. —Se encogió como si se hubiera asustado.

—Entonces, tienes que ir siempre que mamá te lo diga. Si no, la mugre te transformará en una bruja.

—¡Mamá!

—Así que vamos a darte un baño para que sigas siendo una princesa preciosa. —Cristal me quitó a nuestra hija de los brazos y me guiñó un ojo—. Bien hecho. —Movió los labios solo

para que yo la entendiera.

Le devolví el guiño.

Cristal fue al baño con Jennie mientras yo llevaba los platos a la máquina lavavajillas. Cuando ellas se mudaran al apartamento, pensaba contratar a una empleada para mantener el lugar siempre organizado y limpio.

Recorrí el pasillo y entré en la habitación de Jennie, viendo cómo Cristal terminaba de vestirla con uno de los pijamas que había comprado. La niña bostezó y su madre sacó las bolsas y las cajas de la cama para que pudiera acostarse.

—A dormir.

—¿Estás cansada, niña? —Me apoyé en el marco de la puerta.

Sacudió la cabeza, asintiendo.

Cristal la acomodó en la cama, echándole la manta sobre los hombros. Me acerqué y me senté en el borde.

—Buenas noches, hija. —La besé en la frente.

—Buenas noches, papá. Buenas noches, mamá.

Vigilamos a nuestra hija hasta que cerró los ojos y se durmió.

—Creo que ahora duerme toda la noche —comentó Cristal mientras salíamos al pasillo y yo cerraba la puerta.

—Es la hora de los adultos.

—John, tenemos que levantarnos temprano mañana.

—Eso es algo de lo que preocuparse dentro de un tiempo. —La tomé de la mano y tiré de ella hasta *nuestra habitación*.

Me apoyé en la puerta y la acerqué a mí, pasé la mano por su cuello y la besé. Le rodeé la nuca con los dedos mientras mi lengua dominaba su boca. Su sabor seguía siendo adictivo y me llenaba de excitación.

Mis manos empezaron a recorrer su cuerpo, trazando sus curvas y apretándola contra mí. La agarré por la cintura y fui subiendo hasta encontrar los botones de su camisa de vestir, abriéndolos uno a uno hasta que finalmente cayeron al suelo.

Cristal inclinó la cabeza hacia un lado, haciendo que su pelo volara con el movimiento, y yo le mordisqueé el cuello, mordisqueando la suave piel y provocando gemidos cuando mi lengua y mis dientes presionaron contra ella.

Percibí que contenía el aliento y controlaba la respiración para no gemir demasiado fuerte y acabar despertando a Jennie. Cuando salíamos antes, solía hacerla gritar toda la noche, pero la presencia de nuestra hija significaría que tendríamos que adaptarnos a una nueva rutina.

Le abrí los jeans, bajándoselos, mientras Cristal se deshacía de sus zapatillas y dirigía su atención a mi camiseta. Su tanga fue la última prenda que le quité antes de meternos en el baño del dormitorio.

Giré la compuerta de la ducha y mis manos siguieron el agua, recorriendo sus contornos mientras la miraba llena de excitación.

Cristal me puso la mano en el pecho y vi cómo deslizaba los dedos por mi miembro. Dejé escapar un gemido cuando sus dedos, finos y delicados, rodearon mi verga y empezaron a recorrerla.

—¿Te gusta? —Me lanzó una mirada provocativa.

—Sabes que sí. —Me mordí el labio, conteniendo mis propios impulsos mientras ella me estimulaba—. ¡Arrodíllate!

—Mi pelo se mojará.

—Te lo secaré luego.

La vergüenza con la que me miró solo duró una fracción de segundo antes de que Cristal se arrodillara frente a mí. Me alejé un paso para que no estuviera al alcance de la ducha y la observé de arriba abajo, con los pechos turgentes y el culo redondo, mientras su cabeza caía hacia mi verga.

Enredé mi mano en su pelo, sujetándolo en una coleta, y ella me tomó en su boca, deslizando su lengua hacia abajo hasta que mi miembro tocó el principio de su garganta. Su mano libre subió por mi muslo y lo apretó, clavando las uñas en él.

La visión de ella de rodillas, chupándomela, sumada a la presión que ejercían sus labios sobre mí, me produjo una deliciosa e intensa sensación. Le acaricié la cabeza para que siguiera mientras sus movimientos con los labios y la visión de su cuerpo desnudo me excitaban aún más.

Era muy sexy verla en esa posición. Sentía que controlaba la situación, pero al mismo tiempo sabía que estaba completamente a su merced. Con mi verga en su boca, Cristal me estaba volviendo loco.

Yo ponía los ojos en blanco con cada apretón y movimiento que ella hacía, moviendo la cabeza de un lado a otro, recorriendo toda mi longitud. Era demasiado delicioso...

—Crystal... —Le advertí cuando me di cuenta de que mi placer estaba cerca del orgasmo.

No dejó de chuparme y la maravillosa presión de sus labios me convirtió en un hombre muy satisfecho. Incluso con mi advertencia, ella no paró, permitiéndome alcanzar el ápice de su lengua y continuó estimulándome hasta que se dio cuenta de que estaba completamente llena de semen.

Con una sonrisa de satisfacción, se levantó y se limpió la boca con la punta de los dedos.

—¿Quieres volverme loco?

—Pensé que te gustaría —dijo en tono de broma.

—Eres maravillosa.

—Lo mismo digo. —Me agarró de los brazos y tiró de mí hacia ella.

Con mi cuerpo, la apreté contra la pared de la ducha. Ella dejó escapar un pequeño gemido de placer mientras yo frotaba mi piel contra la suya, dejando que la fricción y su calor me encendieran de nuevo.

La besé en la boca, luego saboreé su cuello y bajé a chupar uno de sus pechos. Lo succioné y jugué con el pezón con la punta de la lengua, mientras mis manos no le daban tregua, apretando sus muslos y su suave culo.

Cristal se frotó contra mí, demostrándome que iba por buen camino y que le gustaba lo que hacía. Rodeé su vulva con los dedos y bajé hasta sus labios mayores, presionando directamente sobre su clítoris y bajando hasta su raja. Aún no la había tocado, pero Cristal ya estaba muy mojada. La penetré con el dedo, sacando más líquido y untando mi mano con él mientras ella se retorció contra la pared de la ducha. Su canal se contrajo contra mi dedo, demostrando su deseo de tenerme dentro, y yo también tenía ganas de llenarla, con mi miembro palpitando.

—Ven aquí. —Tiré de uno de sus muslos y puse su pierna alrededor de mi cintura.

—¡Oh, John! —gimió, frotándose más fuerte contra mí, mostrando su necesidad de mí.

Deslicé mi glande en su húmeda entrada, haciéndola poner los ojos en blanco.

—Eres malo.

—¿Lo estoy bien? —Le mordí el labio, haciéndola gemir suavemente.

—Mucho. —Me pasó las uñas por la espalda y me apretó contra ella.

—¿Y entonces? —Me deslicé todo lo que pude, envuelto por su humedad y su calor. En cuanto sintió mi presencia, su cuerpo se contrajo, como si me abrazara, y sus manos me apretaron con más fuerza.

Cristal apoyó su cabeza en mi hombro mientras con una mano sujetaba sus nalgas, tirando de ella hacia mí para que pudiera penetrarla varias veces y con la otra me apoyaba en la mampara de la ducha.

Sus gemidos eran bajos y contenidos, pero suficientes para avivar mi excitación. Amaba a Cristal por completo y no podía negar que me gustaban aún más los momentos en los que estábamos así. Me encantaba amoldar su cuerpo al mío, frotar mi piel contra la suya y conectar con ella física y emocionalmente.

Empecé a moverme más deprisa y sus uñas se clavaron con más fuerza en mi espalda mientras su canal presionaba con más intensidad dentro de mí. Era deliciosa la forma en que me apretaba, pero no pude contener un segundo orgasmo. Luché por moverme hasta que ella se unió a mí.

Agotado, salí de su interior tambaleándome y tiré de ella hacia la ducha.

—Te amo. —Le di un beso más tranquilo después del desenfreno que nos había invadido.

—Yo también te amo. —Cristal se apoyó en mí mientras se recuperaba.



Cristal

Capítulo treinta y ocho

Era real. Después de todo lo que habíamos pasado, John y yo finalmente íbamos a casarnos. Sin más restricciones, nos tendríamos el uno al otro para siempre... al menos, esa era la idea, y me estaba aferrando a ella con todas mis fuerzas.

—¿Qué hace ella aquí? —Donna me dio un codazo cuando vio a Mary Vaughn entrar en la tienda de vestidos de novia.

—Ella me pidió venir.

—¿Y tú la dejaste?

—¿Y qué querías que hiciera?

—Di que no. —Frunció los labios en una mueca.

—Es la madre de John.

—También es la madre de Jason.

—No fue ella quien le dijo que me separara de John.

—No lo sé.

—Vamos a ser familia. Creo que tengo que aprender a llevarme mejor con ella.

—Como quieras —dijo Donna, encogiéndose de hombros, como si se lavara las manos sobre el tema.

También tenía todos los temores del mundo sobre los otros Vaughn, pero esperaba que Jason fuera la única manzana podrida de ese cesto.

—Cristal, cariño. —Mary se me acercó y me dio un abrazo—. Estoy segura de que serás la novia más hermosa de Chicago.

—Gracias.

Mi mamá, que estaba sentada en un sofá al fondo de la tienda quejándose de sus varices, se levantó para saludar a mi futura suegra. Las dos se abrazaron y cambiaron unas cuantas palabras antes de volver su atención hacia mí.

—Espero no haber llegado demasiado tarde para elegir el vestido —dijo Mary, sonriendo.

—Todavía ni siquiera he empezado a probarme nada.

—¡Perfecto! ¿Tienes alguna idea de lo que quieres? —Desvió la mirada y empezó a recorrer la tienda, observando los vestidos y el gran candelabro que adornaba el techo.

Sabía que John iba a hacerse cargo de todos los gastos de la boda, incluyendo mi vestido, pero me seguía pareciendo mucho dinero para un solo día. Aun así, me estaba permitiendo disfrutar el momento; después de todo lo que habíamos pasado, lo merecíamos.

—¿Cómo está mi nieta?

—Jennie está en la escuela.

—Es una niña muy brillante, seguro que pronto irá a la universidad.

—No creo que haya que saltarse etapas.

—Por supuesto que no. —Frunció el ceño ante mis palabras y se apartó un poco. Se acercó a un perchero y pasó los dedos por las perchas hasta que eligió uno de los vestidos—. ¿Qué te parece éste?

—¿No es demasiado voluminoso? —entrecerré los ojos, observando mejor el vestido.

—Es tu día para convertirte en princesa, querida.

—La princesa no necesita parecer una piñata envuelta —interrumpió Donna.

—¡Donna! —Me giré hacia mi mejor amiga, regañándola, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—Algo menos voluminoso entonces. —Torpemente, mi suegra devolvió el vestido al perchero—. ¿Has pensado en contratar a un diseñador? Conozco algunos excelentes que pueden crear un modelo exclusivo digno de una Vaughn.

—No creo que haga falta, Mary. Además, la boda es la próxima semana. No quiero tener que aplazarla solo por un vestido.

—No hay necesidad de retrasarlo y estoy segura de que será un vestido perfecto.

—Creo que puedo encontrar el adecuado aquí o en otra tienda de Chicago. No te preocupes.

—De acuerdo. —Mantuvo su postura altiva, tratando de no mostrar que estaba molesta por

mi reacción—. Estoy segura de que estarás preciosa de cualquier forma.

—Gracias.

—Puedes agradecermelo haciendo feliz a mi hijo.

—Es mi mayor misión.

—¡Estupendo!

—¡Cristal! —Me llamó mi madre y me giré hacia ella.

Me di cuenta de que estaba entre las perchas, conversando con una de las vendedoras de la tienda, y me acerqué para ver qué quería mostrarme.

—¿Qué pasa? —pregunté, poniendo las manos en la cintura.

—Mira éste. —Mi madre lo sacó y yo lo examiné, mirando la tela, las mangas y el encaje.

—Parece perfecto. —Me sobresalté al ver a Donna a mi lado.

—Pruébalo y verás —animó Mary.

—De acuerdo.

Tomé el vestido y me dirigí a uno de los vestidores para probármelo. Generalmente, piezas como esta necesitan ajustes, pero este me quedaba perfecto, moldeándose a mi cuerpo como si hubiera sido hecho a medida.

—¡Guau! —exclamó Donna cuando corrí la cortina y dejé que me vieran.

—Tiene muy buena pinta —dijo la madre de John.

—¿Será este? —preguntó mi mamá.

Asentí, deslizándome las manos por el tejido que cubría mis costados.

Era el vestido perfecto para el día más especial de mi vida.



John

Capítulo treinta y nueve

Ya había soñado con este momento y, por mucho tiempo, llegué a imaginar que nunca sucedería. Pero finalmente iba a tomar a Cristal como mi esposa y hacerla mía para siempre. Ninguna trampa, envidia o rebeldía de mi hermano iba a interponerse entre nosotros.

Podríamos haber celebrado la boda en el jardín de la mansión Vaughn, como era costumbre, pero para evitarlo elegí el salón de baile de un hotel. De ese modo, estaba seguro de poder mantener a Jason alejado de nuestra felicidad.

Mi cabeza me palpitaba, y no precisamente por la noche anterior, ya que la despedida de soltero que Eric me había organizado había sido bastante tranquila. Pasamos horas jugando billar en el bar de Julius, y aunque había moderado la cerveza, terminé perdiendo casi todas las partidas contra mi mejor amigo. Pero ya se sabe lo que dicen: mala suerte en el juego, suerte en el amor.

Parado frente al altar montado al fondo del salón, con todos los invitados mirándome, me acomodé la corbata, sintiendo una mezcla de nervios y emoción. Ese era el inicio de mi "felicidad para siempre" y no podría estar más ansioso.

Una sonrisa me cruzó el rostro cuando las puertas del salón se abrieron y vi entrar a Jennie. Con su vestido esponjado, mi pequeña dama de honor era la niña más bonita del mundo, la mezcla perfecta entre Cristal y yo. Ella me sonrió cuando me vio y caminó hacia mí, dejando caer pétalos de rosas sobre la alfombra roja. Al acercarse, aceleró el paso y vino directamente hacia mí.

—¡Papi!

—Princesa. —Me arrodillé para abrazarla.

—¿Lo hice bien?

—Estuviste perfecta.

—Ven conmigo, mariposa. —Donna le ofreció la mano para llevarla al altar en cuanto oí el sonido de la marcha nupcial.

Me puse de pie, enderecé mi postura, y las puertas se abrieron nuevamente. Esta vez, allí estaba el amor de mi vida. Cristal lucía radiante en un vestido de novia que cubría sus brazos y su cuello, pero la tela era tan fina que el bordado parecía estar hecho directamente sobre su piel. Su cabello castaño estaba recogido en un moño, con algunos rizos sueltos y una discreta tiara brillante sobre él.

Ella me miró y yo sonreí, como si no existiera nadie más. Estábamos rodeados de invitados, pero era como si solo estuviéramos nosotros dos. Cristal caminó hacia mí, del brazo de su padre, y fue como si hubiera tardado una eternidad. Solo quería rodearla con mis brazos y decirle al mundo que sería mía para siempre.

—John —susurró mi nombre al detenerse frente a mí.

—Cristal.

—Cuida de mi hija —advirtió su padre.

—Lo haré.

Abracé al hombre sin apartar la vista de ella. Besé el dorso de la mano de Cristal y la llevé conmigo hacia el altar.

—Señoras y señores, estamos aquí para celebrar el amor. Bendigamos juntos la unión de John y Cristal, una pareja que ha sobrevivido a las dificultades, pero que ha demostrado que no hay nada más fuerte que la pasión del uno por el otro —comenzó el celebrante.

Cristal y yo nos miramos, y mientras lo hacíamos, escuché algunos sollozos; me di cuenta de que algunos invitados ya estaban emocionados. Mi madre siempre se conmovía en las bodas, y en la mía no iba a ser la excepción.

El celebrante siguió hablando de nuestra relación, diciendo cosas que había aprendido de la entrevista que nos había hecho antes, y toda mi atención se centró en la mujer que estaba a mi lado. Estaba más guapa y radiante que nunca.

Quería guardar cada instante de ese momento en mi mente para poder revivirlo siempre que quisiera.

Parpadeé cuando el hombre me pasó el micrófono para que pudiera pronunciar mis votos. Había pensado en cómo expresaría mis sentimientos desde que le había pedido que se casara conmigo, los había escrito y tirado varias veces, hasta que decidí no tomar ningún papel y dejar hablar a mi corazón.

—Cristal. —Tomé su mano y atraje su mirada—. Intenté muchas veces poner en palabras lo que siento cuando estoy contigo, pero siempre fallé. Es inexplicable cómo el amor que siento

me cambia. Pensaba que tenía todo, hasta que entré en ese bar y te vi. Tenías la sonrisa más hermosa del mundo y una forma de ser que me atrapó al instante. Me di cuenta de que podía tener cualquier cosa, pero sin ti, seguiría siendo incompleto. Durante cinco años no hubo nada en lo que pensara más que en ti, aunque intenté huir. A tu lado es donde siempre he debido estar. Prometo dar lo mejor de mí para ser digno de tu amor y ser el mejor padre posible para Jennie y todos los hijos que tengamos.

Cristal se secó las lágrimas de emoción con la punta de los dedos antes de tomar el micrófono para pronunciar sus votos.

—Mi John. —Usó su otra mano para acariciar mi rostro—. Dicen que los príncipes encantados solo existen en los cuentos de hadas, pero tú entraste en mi vida usando una bata blanca en lugar de un caballo. —Nos reímos juntos—. Me diste los momentos más felices y me regalaste a la persona más importante en el mundo. —Dirigió la mirada hacia nuestra hija—. A veces, lo imposible y lo improbable es lo que más nos hace felices, así que después de cinco años volviste y trajiste el amor de regreso a mi vida. Lo único que más deseo es que este sea nuestro "felices para siempre".

—Lo será. —Lo prometí.

Nos entregaron los anillos y yo le puse el suyo y Cristal el mío. Estábamos casados como debía ser.

La besé en cuanto el celebrante dijo que podía hacerlo y oí los aplausos de nuestros invitados, que celebraban nuestra unión. Después de todo, merecíamos estar juntos.

Intenté mantener el beso breve, especialmente porque nuestra hija estaba mirando. Tendríamos toda la noche para saciar mi deseo por su cuerpo.

Los aplausos se detuvieron, pero hubo uno en particular que continuó, haciendo que Cristal y yo nos giráramos. Sobre la alfombra roja, no muy lejos de nosotros, estaba mi hermano menor, solo, llamando la atención de todos.

—Felicidades a los novios —dijo con un tono burlón que me hizo apretar los dientes—. Al fin se casaron, ¡qué lindo!

—Jason, ¿qué haces aquí? —gruñí.

—Perdona la tardanza, hermano. Supongo que mi invitación se perdió en el correo, así que llegué después de las bendiciones, pero lo importante es que estoy aquí, ¿no?

—¡Vete!

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que tu esposa se enamore de mí y cambie de opinión? En el pasado...

—¡Cállate!

—¡Jason! —Mi madre se levantó y corrió hacia él—. Tienes que irte, hijo mío. No puedes quedarte aquí.

—¿Tú también aceptaste mi exclusión de la lista de invitados?

—No puedes interponerte más en la felicidad de tu hermano. Tienes que dejar de hacerlo.

—¿Felicidad? —Jason soltó una carcajada—. Ese concepto ya está algo pasado de moda, ¿no crees, mamá? El querido John, el hijo perfecto, siempre tan feliz con su Cenicienta. Se enamoró de la chica pobre y ahora cree que es la mejor persona del mundo.

—¡Jason! —Era el turno de mi padre para unirse a mi madre.

—Otro más apoyando al queridito.

—Tienes que parar. —Mi padre fue más firme.

—¿No ven que soy el único que vive de verdad en esta maldita familia? Todos ustedes pretenden ser perfectos, ¡pero de perfectos no tienen nada!

Tal vez nunca entendería qué era lo que molestaba tanto a Jason con nuestra felicidad. Siempre fue el más mimado de todos, siendo el menor, pero eso solo parecía empeorar la situación. Su malicia no iba dirigida solo a mí; siempre que podía, interfería en la vida de mis otros hermanos. Era una bendición para todos cuando estaba internado.

—Vete, Jason. —Mis padres lo empujaron fuera del salón con ayuda de un guardia de seguridad, que debería haberlo detenido antes, pero seguramente no lo hizo cuando escuchó el apellido Vaughn.

—Ya no se interpondrá más en nuestra felicidad —decreté mientras me giraba hacia Cristal. Si teníamos cuidado, mi hermano no podría hacer nada más.

—John... —murmuró antes de desplomarse.

La abracé por reflejo, dándome cuenta de que se había desmayado cuando perdió completamente el conocimiento.

—¡Cristal!

Yo era médico, un reputado cirujano, y además había servido durante años en el campo de batalla, estaba acostumbrado a lidiar con situaciones de emergencia, pero en ese momento me transformé en un marido desesperado.

Al menos la mitad de nuestros invitados eran médicos y enfermeras, y Eric tuvo que contener a la manada antes de que se nos echaran todos encima.

—Déjenla respirar —ordenó mi mejor amigo.

—Apóyale la cabeza. —Mi hermano James se acercó a mí y puso a Cristal en mi regazo.

—¿Respira? —preguntó Jaqueline.

—Las señales son débiles —respondió James.

—Cristal tiene arritmia. El estrés con Jason debe haber sido un desencadenante de su desmayo —Eric explicó rápidamente—. ¡Vámonos! Hay un coche esperándote.

—¡Mami! —gritó Jennie, tratando de correr hacia nosotros, pero fue detenida por Donna, que me hizo un gesto con la cabeza, indicándome que cuidaría de mi hija.

Seguí a mi mejor amigo, que me abrió paso para que lo siguiera con mi mujer inconsciente en brazos. Jason tenía la manía de estropearme la felicidad y parecía haberlo conseguido de nuevo, pero esta vez había puesto en peligro la vida de Cristal.

Entré en el asiento trasero del auto y Eric fue al asiento del copiloto.

—Estará bien, ¿verdad?

—Llegaremos al hospital. —Mi mejor amigo también es médico, y en ese momento parecía lo único que podía prometerme.

Marvin condujo lo más rápido posible y detuvo el auto en la entrada de emergencias. Salí con Cristal en brazos, y la enfermera encargada del área de urgencias me vio. Todavía estaba de traje y mi esposa con su vestido de novia, suficiente para que entendiera la gravedad del momento.

—¡Doctor Vaughn! —Corrió hacia nosotros.

—Paciente de veintiséis años, antecedentes de arritmia, tuvo un pico de estrés.

—Llévenla a la sala ocho. —Señaló una de las salas de trauma, y coloqué a mi esposa en la cama.

Rápidamente, personal de emergencia y enfermeras se reunieron alrededor. Conectaron a Cristal a los monitores que registraban sus signos vitales, y los indicadores no eran nada alentadores.

—Presión ocho sobre cinco y bajando.

—¡Un miligramo de epinefrina! —grité a las enfermeras.

Eric se quitó el saco y tomó una bata que le habían pasado. Mi mejor amigo es clínico y no suele actuar en emergencias, pero estaba ahí para apoyarme si lo necesitaba. A lo lejos, vi a Jaqueline y a James, quienes, aunque no son especialistas en cardiología, también estaban listos para ayudar.

Las ondas que marcaban sus latidos se detuvieron, aumentando aún más mi desesperación.

—Se le paró el corazón —dijo el médico de guardia.

Aparté a los enfermeros y comencé a hacerle compresiones en el pecho, presionando rítmicamente en la línea entre sus senos, buscando que su corazón volviera a latir. Las paradas cardíacas y los infartos eran complicaciones comunes en la arritmia, pero con la medicación y el monitoreo de Eric, pensé que no le pasaría a Cristal. Sin embargo, Jason era un factor de riesgo que no debí haber ignorado.

Su corazón volvió a latir, pero el alivio no me duró mucho.

—Corre el riesgo de sufrir otra parada o un infarto —advirtió Eric, manteniendo la cabeza fría.

—Lo sé, lo sé. —Me pasé una mano por la cabeza, sintiendo el sudor correr por mi cara.

—Haz la cirugía.

—Hay riesgos.

—También hay riesgos si la dejamos así.

—Eric, es mi esposa.

—Y tú eres el mejor cirujano cardiotorácico del país.

Tragué saliva, dándome cuenta de que todos a mi alrededor esperaban mi decisión. Me aterraba someter a Cristal a una cirugía, pero la situación con Jason parecía haberlo vuelto inevitable.

—Preparen el quirófano y avisen que subimos —dije, quitándome el saco y dándoselo a una de las enfermeras.

—Cámbiese de ropa, doctor —me dijo la jefa de emergencia, poniendo una mano en mi hombro para darme apoyo—. Nosotros nos encargaremos de preparar a su esposa.

—Monitoriza las señales del corazón.

—Nos ocuparemos de todo.

—¿Quieres que te asista? —Eric se acercó.

—Sí.

Vi cómo se llevaban la camilla de Cristal mientras Eric y yo nos preparábamos.

Estaba acostumbrado a la sala de operaciones, había pasado momentos tensos ahí, pero también había sido el lugar donde construí mi reputación y elevé el nombre de mi familia. Había salvado muchas vidas en situaciones casi imposibles, aunque también había perdido otras. Pero esa vez no podía fallar.

No solía tener lazos con mis pacientes; entraban, los operaba y seguían con sus vidas. Con Cristal era distinto. La mujer de mi vida estaría sobre mi mesa, y mis manos y conocimientos decidirían el resultado de su cirugía.

Aunque para corregir la arritmia no era necesario abrirle el pecho, seguía habiendo complicaciones, como derrames cerebrales y estrechamiento de las venas.

Normalmente en casos así, un marido no operaba a su mujer, no estaba prohibido, pero se recomendaba evitar involucrarse, pero Eric tenía razón, yo era el mejor y había que usar mis habilidades para salvarla.

Me acerqué al lavabo y comencé a lavar mis manos. Eric hizo lo mismo a mi lado, junto con mi pupilo de residencia.

—Todo va a salir bien —profetizó mi mejor amigo, y yo moví la cabeza afirmativamente.

Entramos en el quirófano y vi a Cristal conectada a las máquinas, dormida bajo la anestesia.

Esa tenía que ser mi mejor cirugía y no podía permitir que su corazón se detuviera de nuevo.



Cristal

Capítulo cuarenta

Luché por abrir los ojos; los sentía increíblemente pesados, igual que el peso en mi pecho. Respirar era difícil, aunque fue haciéndose un poco más fácil con cada esfuerzo.

Parpadeé varias veces hasta que la imagen de John se fue enfocando frente a mí. Estaba vestido con un uniforme del hospital y una bata blanca con su nombre bordado en ella. Se sentó al borde de la cama y tomó mi mano, donde tenía un acceso intravenoso por el que el suero entraba en mis venas.

—Estoy en el hospital.

—Sí —respondió, aunque yo no le había hecho ninguna pregunta—. Me diste un buen susto.

—¿Qué ha pasado?

—Tuviste un pico de estrés cuando apareció Jason. Eso te causó una baja de presión y un paro cardíaco.

—¿Me he muerto?

—Durante unos segundos.

Tragué saliva. Aún me pesaba el pecho, pero ya no me faltaba el aire.

—¿Me operaste?

Se limitó a sacudir la cabeza, asintiendo.

—Todo ha ido bien, imagino.

—Corregí las vías eléctricas anormales del tejido cardíaco...

—¿Puede hablar mi idioma, doctor?

—Estarás bien.

—Gracias, gracias. —Apreté su mano, que sostenía la mía—. ¿Dónde está nuestra hija?

—Con tus padres; está preocupada por ti. Aún no tuve tiempo de hablar con ella, pero acabo de llamar a tu mamá, quien me dijo que ya la acostó.

—Pobrecita.

—Lo importante es que ella recuperará a su madre y yo tendré a mi mujer. —Se inclinó para besarme la frente.

—Nos casamos. —Esbocé una sonrisa.

—Sí, mi amor. Te amo, Cristal.

—Yo también te amo, John.

Oímos que llamaban a la puerta y mi marido se apartó de mí para abrir. Donna entró llevando unos globos y un ramo de flores.

—¡Hola!

—Nos diste un buen susto. —Me recriminó con la mirada mientras se acercaba.

—John dice que estaré bien.

—Menos mal que tu marido además de guapo es médico, ¿no?

Se rió del comentario de mi mejor amiga.

—¿Puedes vigilarla? —Se dirigió a Donna—. Vuelvo en un rato.

—No te preocupes, doctor, está en buenas manos.

—Cualquier cosa, pulsa ese botón. —Señaló uno en la pared.

Donna asintió.

—¿Adónde vas?

—No te preocupes, volveré pronto.

—John...

—Descansa, mi amor. —Me besó en la frente y salió de la habitación, dejándome sin respuesta.



John

Capítulo cuarenta y uno

—Señor, no puede entrar así. —El guardia de seguridad corrió detrás de mí cuando irrumpí en el edificio de mi hermano como un animal furioso.

Lo empujé lejos cuando intentó detenerme y me metí en el ascensor. Presioné el botón del piso donde vivía el hijo de puta y esperé hasta que las puertas se abrieron. Todavía llevaba la ropa del hospital y ni siquiera me molesté en cambiarme; estaba demasiado enojado para perder tiempo en algo así.

Salí al pasillo y avancé hacia la puerta como un tornado. Me lancé contra ella con el hombro, una, dos, tres veces, hasta que rompí la cerradura. Seguro terminaría con el brazo adolorido, pero eso era lo que menos me importaba en ese momento.

Jason estaba sentado en un sillón y había una mujer arrodillada entre sus piernas, haciéndole una mamada, pero ella se asustó y gritó cuando entré como un perro rabioso.

—Hola, John. —Jason soltó una risa burlona y dejó caer una jeringa.

—Maldito drogadicto de mierda.

—Cada uno encuentra la felicidad a su manera. Pensé que estarías en tu luna de miel. ¿O es que ella no la chupa tan bien?

Lo agarré por la camisa y lo levanté en el aire. Le di un puñetazo en la cara, lanzando su cabeza hacia un lado. El golpe fue tan fuerte que me dolieron los dedos, pero estaba tan furioso que no podía dejar de golpearlo, hasta que sentí unas manos fuertes agarrándome del hombro y

tirando de mí hacia atrás. Eran el vigilante y el portero del edificio, intentando evitar que le rompiera la cara a mi hermano.

—¡Señor Vaughn!

—Suéltense. —Me lancé hacia Jason de nuevo y cuando lo tomé del cuello de la camisa, él volvió a reír, como si le hubiera contado un chiste.

—¡Pégame, golpéame!

—¡Cabrón! —Rugí, mientras el vicioso solo parecía divertirse más con la situación.

—Vamos, mátame si eso te hace feliz. —Jason seguía animándome y alimentando mi rabia.

—¡Señor! —Los otros hombres estaban tratando de detenerme.

—¡Dejen que me mate! —Jason se estaba divirtiendo.

—Tendremos que llamar a la policía.

Volví a darle un puñetazo en la cara a mi hermano, que escupió sangre, y lo tiré al suelo como la basura que era.

—¡Pedazo de mierda!

—¿Ya te cansaste? —Se limpió el hilo de sangre del labio mientras intentaba apoyarse en la mesa de centro para levantarse.

—No voy a ir a la cárcel por tu culpa.

—Sería divertido, ¿no? Que me mataras y terminaras preso.

Le gruñí y Jason se encogió.

—Llaman a la clínica para que vuelvan a internar a este drogadicto —grité, antes de darle la espalda—. Mi esposa casi muere por tu culpa, maldito. Si te acercas a ella otra vez, te voy a hacer pudrir en un centro de rehabilitación.

Mi hermano era una causa perdida, pero lo mantendría lejos de mi hija y de mi mujer. Aunque tuviera que contratar a un guardia de seguridad para hacerlo.



Cristal

Capítulo cuarenta y dos

John me dio la mano y me ayudó a bajar del auto; aunque ya me sentía bien, él estaba siendo extremadamente cuidadoso conmigo, casi en exceso.

Los días siguientes a mi boda los pasé en el hospital, pero después de más de un mes, por fin me dieron el alta y pude volver a casa, a mi nuevo hogar en el departamento que había comprado John. Durante mi hospitalización me había visitado todo el mundo, mis padres e incluso mi hija, pero era tan bueno estar de vuelta.

Después de la operación fue como si hubiera vuelto a nacer, los síntomas que habían remitido con la medicación habían desaparecido para siempre y ya no me sentía pesada, sin aliento ni mareada.

John había reparado mi corazón de muchas maneras diferentes.

—Tendría que haber vuelto antes —refunfuñé a John.

—No solo yo, todos los médicos querían asegurarse de que estabas al cien por ciento.

—Exageraron.

—Con la mejor de las intenciones.

Fuimos al ascensor y subimos al ático.

—¡Está bien! —dije, rodando los ojos—. ¿Jennie está aquí?

Después de tanto tiempo extrañaba a mi hija, aunque venía a visitarme todos los días.

—Está con tus padres, la recogeré más tarde.

—Podemos recogerla ahora.

—Pensé en que llegaras y te relajaras un poco después de tanto tiempo en el hospital.

—Fuiste tú quien me hizo permanecer tanto tiempo en el hospital. —Pasé la mano por mi cabello y lo acomodé detrás de la oreja mientras miraba a mi esposo y le sonreía. Incluso con la inoportuna aparición de Jason, no había logrado impedir que selláramos nuestro compromiso.

—Pero pensaba lo mejor de ti.

—Podría haber estado aquí antes.

—Si tú lo dices... —Sonrió y se acercó, acariciando mi rostro y dándome un beso rápido.

Pasamos al salón y John me guió hasta el sofá.

—¿Cómo te encuentras?

—Por milésima vez, estoy bien.

—No me culpes por preocuparme. —Hizo un puchero.

—Me ha cuidado muy bien, doctor. —Pasé la mano por su brazo hasta tocar su cara, acariciándola.

—Es mi mayor misión.

—No debería serlo. —Sacudí la cabeza, negándolo.

—¿Por qué no? —Frunció el ceño, confundido por mi reacción.

—Tu misión más importante tiene cuatro años y sigue en casa de mis padres.

—Ella forma parte de la misión que te incluye a ti y a los demás hijos que tendremos juntos.

—Así está mejor. —Torcí los labios, pero mi expresión se suavizó en cuanto me dio otro beso rápido—. ¡Vamos a buscarla!

—¿No crees que está bien con tus padres?

—Sí, pero...

—Sé que la extrañas, Jennie también tiene muchas ganas de verte, pero ¿qué te parece si antes de verla tomamos un baño y nos quitamos un poco el peso del hospital?

—Está bien. —Acabé asintiendo ante su expresión lastimera y casi irresistible.

—Ven conmigo. —John volvió a ofrecerme la mano y me guió hasta la suite de la habitación principal.

Ya había visto la bañera las otras veces que había entrado al cuarto, pero nunca la habíamos usado. Sin embargo, para mi sorpresa, esta vez estaba llena, con pétalos de rosas y rodeada de arreglos de flores y velas en el suelo.

—John, ¡qué bonito! —Atrapé su mirada y sentí que se me saltaban las lágrimas por la

emoción del momento.

—Todavía no hemos tenido la oportunidad de tener una noche de bodas desde que nos casamos.

—Fue una locura cuando tu hermano...

Apoyó sus dedos en mis labios, silenciándome para que no siguiera hablando ni preocupándome por ello.

—Se acabó, te prometo que a partir de ahora haré todo lo posible para preservar tu seguridad y la de nuestra hija.

—No tienes la culpa de lo que hizo Jason.

—Pero lo he hecho por dejar que se acerque, pero eso ya no ocurrirá.

—De acuerdo.

—Te amo, Cristal.

—Yo también te amo, John.

Él envolvió mi cuerpo con sus brazos firmes y me entregué al beso que se hacía más intenso a medida que su lengua se adentraba en mi boca. Subí los dedos por su cuello, recorriendo la nuca y enredándolos en la base de su cabello suave.

Mientras me besaba, John empezó a quitarme la ropa, bajándome la blusa, deshaciéndose de mis pantalones y mi ropa interior. Yo hice lo mismo con los suyos y los abandonamos en el suelo antes de meternos en la bañera.

El agua cálida y acogedora nos envolvió y dejé escapar un largo suspiro de relajación, era como si mis hombros y todo mi cuerpo se sintieran más ligeros.

—Eres tan hermosa. —John me tocó la cara con su mano húmeda mientras me miraba fijamente de una forma que parecía poder ver dentro de mi alma.

—Tú también eres precioso. —Tiré de él por el cuello e hice que me besara de nuevo.

El calor de las velas, el agua y sus brazos a mi alrededor hicieron que el momento fuera extremadamente mágico e intenso.

John bajó su boca por mi cuello, y yo eché la cabeza hacia atrás, sin preocuparme de que mi cabello se mojara, disfrutando de los besos, mordiscos y lamidas que me provocaban más deseo.

Había hecho una cirugía, y él iba con calma, pero la forma en que me disfrutaba hacía que el momento fuera igualmente intenso.

Sus manos recorrieron mis muslos, y me levantó, haciendo que un poco del agua salpicara por todas partes. Se sentó al borde de la bañera y apartó las velas del camino, poniendo las que estaban cerca en el suelo, para que no corriera el riesgo de quemarme.

Se acercó más y me miró por un largo momento, manteniendo mi atención en él hasta que bajó la cabeza y la colocó entre mis muslos. Me incliné hacia atrás y me agarré del borde de la bañera, enterrando las uñas al sentir la cercanía de su aliento, que precedió al toque de su lengua

en la parte más sensible de mi cuerpo. Sus manos fuertes sostenían mis piernas mientras comenzaba a provocarme, deslizando su lengua por los labios vaginales hasta encontrar el clítoris.

Empecé a moverme en la orilla de la bañera, sintiendo el placer crecer cada vez más. Con John sosteniéndome, no podía escapar de su alcance. Estábamos solos en el apartamento, sin nuestra hija, así que no necesitaba preocuparme por contener los gemidos, dejándolos resonar.

Me provocó, estimulándome, lamiendo y chupando, demostrando que además de sus habilidades con las manos, que lo convertían en un excelente cirujano, también era muy bueno con la boca, y sabía exactamente qué y cómo hacer para hacerme sentir mucho placer.

—John... —gemí su nombre cuando estiré la mano para tocarle el pelo, animándolo a quedarse allí.

Pronto los espasmos empezaron a aumentar y me rendí a la cascada de efectos que el orgasmo estaba provocando en mi cuerpo.

Jadeando, eché la cabeza hacia delante y me encontré con sus ojos mientras se levantaba y me miraba fijamente.

—¿Cómo te encuentras?

Jadeaba, pero mi corazón parecía estar en perfectas condiciones.

—Estaré mejor después de sentarme sobre tu verga.

—Era exactamente lo que quería oír. —La sonrisa de John se ensanchó y retrocedió, acomodándose en la bañera y abriendo los brazos, abriéndome paso para que me acercara.

Fui hacia él y me acomodé, arrodillándome en el fondo de la bañera, con las piernas alrededor de las suyas. Bajé la cadera hasta que mi vulva se frotó contra su miembro.

John tiró de mí y deslizó su verga dentro de mí. Gemimos juntos mientras me giraba para que encajara bien.

El pelo mojado se me pegaba a la espalda y el agua que nos rodeaba aligeraba nuestros cuerpos, permitiéndome subir y bajar más rápido, mientras salpicaba gotas en todas direcciones.

John me agarró el culo, hundiendo sus dedos en mis nalgas y tomó el control de los movimientos, haciéndolos aún más rápidos hasta que volví a sentirme al borde del orgasmo. Me incliné para unir nuestros labios en un beso y me dejé llevar por el momento hasta encontrar un nuevo pico y sentirlo unirse a mí.

Incliné la cabeza, apoyándome en su hombro mientras me recuperaba del estallido.

—¡Guau!

—Te he extrañado tanto así.

—Ahora me tendrás para siempre.

—Así es...

John tomó mi rostro con ambas manos y me hizo volver a besarlo. Esta vez con mucha más calma y ternura, disfrutando del momento después de que ambos hubiéramos alcanzado el

clímax.



John

Capítulo cuarenta y tres

Cristal y yo subimos al apartamento de sus padres. Su cabello aún estaba mojado, lo que llenaba mi mente de recuerdos de lo que habíamos vivido hace instantes. No había nada que me hiciera más feliz que tenerla en mi vida y en mis brazos.

Llamó a la puerta porque no tenía llave y su padre tardó un rato en abrirle.

—¡Hija! Me alegro mucho de que hayas salido del hospital. —La abrazó—. Estaba muy preocupado.

—Estoy bien, papá.

—¡Gracias a Dios!

—¡Mami! —Oímos un pequeño grito de Jennie y nuestra hija dejó caer una muñeca en medio de la sala y vino corriendo hacia nosotros.

—Mi pequeño amor...

Cristal se separó de su padre y se arrodilló para abrazar a Jennie.

—Ah, ¿te curaste, mamita? —Jennie puso su mano en el pecho de su madre con una expresión preocupada.

—Estoy bien, hija.

—La abuela dijo que había que rezar. Todo iba a estar bien.

—Y así fue. —Cristal le dio un beso en la frente a su hija.

—¡Qué bien! —Jennie apoyó la cabeza en el hombro de su madre y le apretó el cuello con más fuerza—. Te amo, mamá.

—Yo también te amo, hija mía.

Las observé a las dos hasta que Jennie levantó la cabeza y me miró directamente.

—Hola, papá.

—Hola, hija.

—¿Te quedas aquí?

—En realidad, vinimos a recogerte para ir a casa.

—¿A casa? —Frunció el ceño, todavía un poco confusa. Imaginaba que a mi hija le llevaría un tiempo acostumbrarse a su nuevo hogar.

—Tú y mamá van a vivir conmigo en el departamento ahora.

—¿Dormiré en mi habitación?

—Así es.

—¡Iuju!

—Ahora es nuestro hogar, princesa. —Acaricié su suave pelo.

—Con mamá y papá.

—Nadie volverá a separarnos. —La besé para sellar una promesa que me estaba haciendo a mí mismo.

Cinco años ya habían sido demasiados para pasarlos castigándome lejos de mi familia. Por muchas vidas que pudiera salvar, mi existencia carecía de valor lejos de mis mujeres.

Jennie extendió el brazo y me acercó a su madre. Nos abrazamos durante un rato.



Cristal

Epílogo

Unos meses después...

Fui hacia el lavabo y tomé la tira de prueba, observando cómo la segunda línea roja aparecía después del tiempo indicado en el empaque. Ya había sentido esos síntomas antes, y a diferencia de la enfermedad del corazón, este examen traía buenas noticias. Las náuseas, el mareo y el enorme apetito eran señales de que estaba embarazada nuevamente.

John y yo íbamos a tener otro bebé, pero a diferencia de la primera vez, no tendría que afrontar ese momento sola.

—Buenos días. —Entró en el cuarto de baño estirándose y se acercó a mí, rodeándome la cintura con los brazos y besándome el cuello.

Sus ojos aún estaban entrecerrados. John no se había despertado del todo; probablemente por eso no se había dado cuenta de que tenía el test en las manos.

—¿Te has caído de la cama, amor? —me dijo mientras olfateaba mi nuca.

—Solo estaba ansiosa por saber algo.

—¿Qué cosa? —Movió la cabeza, mirando por encima de mi hombro y finalmente vio el test—. Cristal, tú...

—Estoy embarazada, John. Vamos a tener otro hijo.

—Oh, mi amor... —Se quedó en silencio por un momento, hasta que me dio la vuelta y se

arrodilló.

Sostuvo un lado de mi cuerpo y me dio tantos besos en la barriga que me hizo cosquillas, provocando que me retorciera.

—¡Qué gran noticia!

—Me alegra que te guste.

—¡Me encanta! —Volvió a besar mi barriga—. Te amo mucho, mi amor.

—Yo también te amo, John. —Le acaricié el pelo mientras mi marido seguía arrodillado a mis pies.

—Jennie se pondrá muy contenta al saber que va a tener una hermanita. —Se levantó y me tomó la cara entre las dos manos.

—O un hermanito.

—Necesito sacar los juguetes de Jennie del otro cuarto y conseguir los muebles...

—Cálmate, John. —Le agarré de los hombros, haciendo que volviera a mirarme—. Tenemos tiempo.

—Más o menos unos nueve meses. —Me acarició la barriga—. No me voy a alejar de tu lado.

—Sé que no lo harás. —Puse mis manos sobre las suyas.

Nuestro período separados había terminado, y de ahora en adelante siempre seríamos una familia. No permitiríamos que Jason ni nadie más nos separara.

Informazioni sull'autore

Jéssica Macedo, 28 anni, è brasiliana e fa parte della classifica Under 30 di Forbes Brasil, la classifica dei giovani più promettenti del Paese. Vive a Belo Horizonte con il marito, la figlia e tre gatti. Scrive per bambini e adulti, fantasy, avventura, romanticismo e, soprattutto, letteratura hot, un vero fenomeno editoriale tra i lettori.

È una delle autrici più vendute su Amazon in Brasile e in Europa e i suoi libri sono disponibili in sei lingue. Jessica ha iniziato a scrivere all'età di nove anni ed è diventata autrice all'età di 14 anni con l'uscita del suo primo libro, "Vale das Sombras". Con oltre 200 libri pubblicati, è scrittrice, editrice, designer e sceneggiatrice. Ha partecipato all'adattamento di uno dei suoi romanzi, "Eternamente Minha", in un lungometraggio trasmesso sulla piattaforma Cinebrac. Oggi Jéssica è il nome principale di un team di autrici, in maggioranza donne, che compongono il catalogo del Portale Editoriale Grupo, da lei fondato a partire dalle sue esperienze in altre case editrici.

Scopri gli altri libri dell'autore sui social.

Facebook - <http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/>

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sito web dell'autore Amazon - <https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X>



Leggi anche:



Link: <https://amzn.eu/d/2HfTcAg>

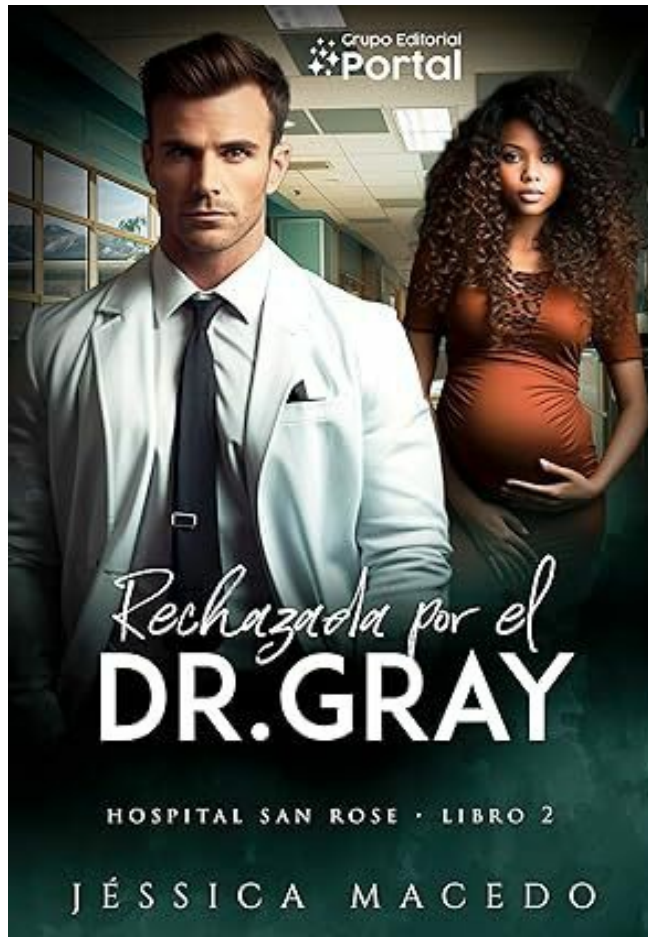
Sinossi:

Debería haber sido el día más feliz para una pareja, pero él le rompió el corazón...

Ian Gray es el director general del hospital San Rose, una institución que su familia fundó hace años. Detrás de su apariencia impecable y distante, esconde una herida profunda que lo ha sumergido en un mar de amargura.

Priscilla Menezes tenía el corazón hecho pedazos por el hombre que alguna vez creyó que era el amor de su vida. La dejó plantada en el altar, sin darle una sola explicación, dejándola con un vacío inmenso. Días después, descubrió que estaba embarazada, pero él no quiso escucharla, ni siquiera cuando intentó contarle que iba a tener una hija, fruto de ese amor con el que una vez se ilusionó, pensando que sería eterno.

Nunca imaginó que volvería a ese hospital, ni mucho menos que se reencontraría con el hombre que la destrozó. Sin embargo, un accidente con su bebé la dejó sin opciones, aunque sabía que no estaba preparada para enfrentarlo de nuevo, ni para lidiar con el dolor de su rechazo.



Link: <https://amzn.eu/d/d2kvtlX>

Sinossi:

Guapo, arrogante y lo bastante rico como para actuar como si fuera el dueño del mundo, el doctor Gray era odiado por la enfermera Yasmin Jackson.

Ivan Gray es un neurocirujano de renombre y heredero del hospital San Rose. Soltero empedernido y mujeriego, a diferencia de su hermano gemelo, nunca había pensado en comprometerse con nadie.

Yasmin Jackson es una enfermera dedicada que trabaja en uno de los hospitales más grandes de Miami. Es amable y querida por todo el personal y los pacientes, pero no soportaba tener que lidiar con el heredero prepotente del hospital. No quería asistir a un cóctel elegante de inversionistas, pero su supervisora insistió en que la acompañara. Después de unas copas de más, la tensión sexual entre ella y el doctor Gray estalló.

Al día siguiente, ambos prefirieron fingir que nada había pasado, pero fue imposible cuando Yasmin descubrió que estaba embarazada. Ivan decidió no creerle y rechazó la posibilidad de que el bebé fuera suyo.



Link: <https://amzn.eu/d/0sDY1W1>

Sinossi:

ENEMIES TO LOVERS , DE ENEMIGOS A AMANTES ,
SECUESTRACIÓN, VIRGEN Y MAFIOSO, ROMANTICISMO OSCURO

Pietro Bellucci nació en el corazón de la mafia italiana y fue enviado por el Don al lujo y el caos de Las Vegas tras la destrucción del motoclub que controlaba la ciudad. Decidido a enfrentarse a cualquier amenaza con tal de cumplir su misión de expandir su imperio criminal, Pietro estaba preparado para todo, excepto para la inesperada atracción de una joven indefensa que se cruzó en su camino.

Daniela vio cómo su mundo se ponía patas arriba cuando la separaron de su hermana y acabó en un terrible cautiverio. No esperaba ser rescatada por Pietro y acabar envuelta al peligroso italiano. Atrapada entre el deseo y el miedo, se vio enroscada en un mundo oscuro donde la violencia era la moneda de cambio y la lealtad una cuestión de vida o muerte. A medida que el vínculo entre Pietro y Daniela se intensificaba, tuvieron que navegar por una red de traiciones, enfrentándose a enemigos mortales y secretos devastadores.

Cuando La Santa, una organización enemiga, amenazó con hacerse con el control de Las Vegas, Pietro se vio dividido entre proteger a Daniela y eliminar a sus adversarios. En un mundo donde el poder era la moneda más valiosa, Pietro y Daniela descubrieron que el amor podía ser tanto una debilidad como una fuerza incontrolable.

Social network (*dall'editore*)

Sito web dell'editore: <https://grupoeditorialportal.com.br/>

Instagram: <https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/>

Facebook: <https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/>

Shopee: <https://shopee.com.br/grupoeditorialportal>

